

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Sociología y Estudios de Género
Convocatoria 2016-2018

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Sociología

Proyecciones de vida de mujeres jóvenes y sus generaciones de madres y abuelas, a partir de
las transformaciones del rol de la maternidad adolescente, desde 1980

Valeria Alexandra Mesías Rodríguez

Asesora: María Cristina Malong Cielo

Lectoras: Nathaly Llanes Díaz y Andrea Robertsdotter

Quito, abril de 2019

A mi madre

Tabla de contenidos

Resumen	VII
Agradecimientos	VIII
Introducción	1
Capítulo 1	10
Maternidad adolescente como discurso y experiencia	10
1.1. Adolescencia y socialización de género.....	15
1.2. Proyecto de vida	20
1.2.1. Maternidad adolescente y proyecto de vida	24
1.3. Introducción a las tipologías de maternidad adolescente.....	27
Capítulo 2	29
Maternidad cíclica. Primera generación de madres adolescentes (1970-1990).....	29
2.1. Santo Domingo, de rural a urbano entre 1950 y 1980	31
2.2. Origen campesino y trayectoria de movilidad espacial	38
2.3. Trabajo y economía de subsistencia. El campo provee	41
2.4. Educación y autonomía como vicios urbanos	44
2.5. Planificación familiar. Una mujer es madre, ¿sino para qué es mujer?.....	49
2.6. La vida no se planifica. El ciclo y la tradición como anulación del futuro.....	57
Capítulo 3	65
Maternidad modernizante. Segunda generación de madres adolescentes (1990-2010).....	65
3.1. Ser modernas cuando se nace en los márgenes. Orígenes de una cultura urbana	65
3.2. Marginalidad urbana regional, nacional y local	68
3.3. Entre el campo y la ciudad: la fantasía del progreso	72
3.4. El trabajo como amuleto. Sobrevivir al neoliberalismo en la ciudad	73
3.5. Educación: redención de las marginadas y estigma de las modernas.....	79
3.6. Planificación familiar. Entre el don y la afrenta, mejor las hormonas.....	87
3.7. Proyecto de vida. Precarias pero modernas.....	94
Capítulo 4	99
Maternidad liberal y tercera generación de madres adolescentes (2010-2018).....	99
4.1. El sujeto liberal en contextos de marginalidad urbana	99
4.2. Las mujeres en el modelo desarrollista de la Revolución Ciudadana.....	102
4.3. Origen urbano y trayectoria de movilidad espacial	103
4.4. Santo Domingo y lo urbano marginal.....	106

4.5. Cristo Vive: del barrio de las matanzas al de las oportunidades	109
4.6. El trabajo como anhelo y lejanía	111
4.7. Educarse es una cuestión de honor	114
4.8. Mi cuerpo es mío... Los hijos se planifican.....	120
4.9. Ser madre pero sobre todo ser mujer. El individuo que proyecta la vida	128
Conclusiones	132
Anexos	137
Anexo 1. Tablas con tipologías de maternidad adolescente	137
Anexo 2. Formato de Entrevista Semiestructurada	140
Anexo 3. Fotografías de archivo de cada generación de madres adolescentes.....	145
Lista de referencias	146

Ilustraciones

Figuras

Figura 1. Crecimiento urbano de la ciudad de Santo Domingo entre 1943 y 2010	35
Figura 2. Población de las categorías de NBI en porcentajes según año de estudio	107
Figura 3. Clasificación de la pobreza por NBI de Santo Domingo al 2001	108
Figura 4. Clasificación de la pobreza por NBI de Santo Domingo al 2010	109
Figura 5. Tasa neta de matrícula en educación secundaria en población femenina	115

Tablas

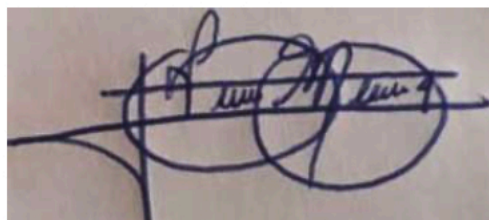
Tabla 1. Datos base sobre tipología de maternidad cíclica (1970-1990)	137
Tabla 2. Datos base sobre tipología de maternidad modernizante (1990-2010)	138
Tabla 3. Datos base sobre tipología de maternidad liberal (2010-2018)	139

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Valeria Alexandra Mesías Rodríguez, autora de la tesis titulada “Proyecciones de vida de mujeres jóvenes y sus generaciones de madres y abuelas, a partir de las transformaciones del rol de la maternidad adolescente, desde 1980” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de investigación en Sociología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, abril de 2019

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Valeria Mesías Rodríguez', written over a horizontal line.

Valeria Alexandra Mesías Rodríguez

Resumen

A través del tiempo, el discurso público ha construido un ideal normativo sobre la maternidad y el proyecto de vida de las adolescentes. En América Latina, a partir de 1980, el embarazo adolescente ha sido considerado un problema social y de salud pública. La perspectiva institucional, adultocéntrica, especializada y modernizadora lo ha categorizado como un indicador de subdesarrollo asociado a la adolescencia como una etapa de carencia. El discurso institucional convierte a la maternidad adolescente en un estado de riesgo y vulnerabilidad, desconociendo los sentidos que tiene en la experiencia individual y social de las mujeres.

Desde entonces, las exigencias de la maternidad como institución modernizante no han cambiado, mientras que los contextos y las realidades que cada generación experimenta, sí. De modo que para comprender las relaciones entre maternidad y proyecto de vida se ha elaborado un análisis situado que considera las diferentes formas en que las adolescentes experimentan la vida desde un espacio concreto y desde una posición específica de clase social, etnia, género, sexo y generación, categorías a partir de las cuales se han estructurado los sentidos de cada época y generación de mujeres madres de este estudio.

¿Cómo ha cambiado el rol de la maternidad y el proyecto de vida en tres generaciones de mujeres que han sido madres adolescentes durante tres períodos: (1970-1990), (1990-2010) y (2010-2018) en Cristo Vive, un barrio urbano marginal de Santo Domingo de los Colorados?, es la pregunta de investigación que será analizada a través de cuatro ejes: origen familiar y trayectoria de movilidad espacial, educación, trabajo y planificación familiar. Mediante 37 entrevistas semiestructuradas se contrastan: maternidad como discurso institucional y como experiencia social. Finalmente, se presentan tres tipologías de maternidad adolescente: cíclica, modernizante y liberal, que demuestran cómo esta ha ido cambiando a través del tiempo.

La maternidad adolescente, desde los propios marcos de sentido y reflexividad de las mujeres entrevistadas significa: coexistencia pacífica (rol biológico natural, alegría, no sacrificio, abnegación ni entrega absoluta) o conflictiva (problema y frente a ello, un derecho y una decisión personal). Asimismo, las tres generaciones comparten características como la ruptura del modelo de maternidad sacrificada y amor descendente; la crianza compartida, y el privilegiar la maternidad en su proyecto de vida que no es interrumpido por el embarazo adolescente, sino por sus trayectorias previas de pobreza y falta de oportunidades.

Agradecimientos

A la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO Ecuador por darme la oportunidad de encontrar en la Sociología una manera de comprender el mundo en toda su complejidad.

A Eduardo Henríquez, maestro por quien hace unos años conocí esta profesión que, sin saberlo, también yo habría de seguir con la misma vocación y asombro con los que se me enseñó.

A Cristina Cielo, por su valioso acompañamiento en este proyecto de investigación que fue para mí una suerte de escuela de la experiencia.

A Adela Yumbo, defensora comunitaria de Cristo Vive y a Saraí García, sin cuyo apoyo hubiera sido imposible establecer un vínculo con las mujeres entrevistadas para este estudio.

Introducción

El pensar a la maternidad adolescente como un problema desde mis propias expectativas y sesgos analíticos, desde el inicio de esta investigación, no me había permitido comprender el vasto universo simbólico en el que se inscriben las prácticas de las mujeres que viven la maternidad en condiciones específicas y diferentes a las mías y a las de cientos de otras mujeres para quienes, si bien, la maternidad tiene significados culturales universales y compartidos, también posee diversas representaciones y experiencias múltiples. Esto, junto con la necesidad de acercarme a la marginalidad urbana en Santo Domingo, la ciudad en la que crecí, para encontrar en los barrios periféricos a mujeres cuyos cuerpos y psiques han sido 'objeto' de intervención de la política pública y de los discursos religiosos, biomédicos y culturales, dieron origen a una búsqueda cuyos resultados presento en esta investigación.

A lo largo del presente estudio fui comprendiendo que son las mismas mujeres quienes experimentan, nunca de la misma manera, un hecho biológico y a la vez profundamente social como es la maternidad y que a la vez construyen la vida desde sus propios marcos de sentido, con los recursos que reciben y que les son dispuestos por su medio social. Con esa idea iniciamos esta investigación, en un intento por evidenciar las contradicciones que existen entre un discurso público prescriptivo respecto de las formas en que se es mujer y madre y que trata el embarazo adolescente como un fenómeno homogéneo; es decir, que tiene las mismas causas e impactos en la vida de todas las adolescentes, sin especificar su situación generacional, de clase social ni cómo va cambiando la experiencia social a través del tiempo.

El objetivo general de esta investigación fue: Observar cómo han cambiado el rol de la maternidad y el proyecto de vida en tres generaciones de mujeres que han sido madres adolescentes entre la década de 1970 y 2018. Asimismo, los objetivos específicos estuvieron orientados a:

- Comparar cómo los cambios económicos, políticos y socioculturales, desde la década de 1970, tanto a nivel nacional como local, han influido en las transformaciones de la experiencia de la maternidad adolescente.

- Analizar el impacto de la maternidad adolescente en los mecanismos de movilidad laboral, educativa y social, y en la realización individual y familiar de cada generación de mujeres.
- Distinguir la influencia de la maternidad adolescente en las proyecciones de vida de tres generaciones de mujeres.

En base a estos objetivos se organizaron los cuatro capítulos de esta tesis, en orden cronológico, partiendo, en el primero, de una discusión teórica sobre la maternidad adolescente como discurso y experiencia, en relación con categorías como: proyecto de vida, adolescencia y socialización de género. En el segundo, se introduce la primera tipología: maternidad cíclica y primera generación de mujeres que fueron madres adolescentes entre 1970 y 1990. Se hace un recorrido espacial explicando las transformaciones de lo rural a lo urbano en Santo Domingo entre 1950 y 1990. Se analizan: origen espacial, condiciones del mercado laboral, del sistema educativo, discursos y prácticas sobre planificación familiar y proyecto de vida de la época.

En el tercer capítulo se aborda la maternidad modernizante en la segunda generación de madres adolescentes que fueron madres entre la década de 1990 y 2010. El nacimiento de la marginalidad urbana en el contexto regional, nacional y local, obedece a procesos económicos que son el escenario para las transformaciones que experimenta esta generación en cuanto a un mayor grado de movilidad espacial, al trabajo, a la educación, a la planificación familiar y al mismo proyecto de vida, vividos todos en condiciones de mayor inestabilidad que en la primera generación. Este punto de transición entre lo tradicional y lo moderno, entre lo rural y lo urbano, se presenta como un camino a medias entre la búsqueda y el fracaso y se ve reforzado por una débil inserción de las mujeres en los sistemas de socialización ya descritos.

En el cuarto capítulo se analiza la maternidad liberal en la tercera generación de madres adolescentes, que fueron madres entre la década del 2010 y 2018, aproximadamente. Existe en este caso una reconfiguración del escenario político en el país que influye en el mercado de trabajo, en el sistema escolar y que proporciona una cierta estructura de oportunidades y accesos a la planificación familiar y el impulso, desde el discurso público, a la capacidad de las mujeres para construir un proyecto de vida moderno, en donde la inclusión de las mujeres madres es uno de los principales objetivos bajo el discurso del desarrollo nacional.

No obstante, en todos estos momentos de la historia nacional, desde 1970 hasta la actualidad, el embarazo adolescente no ha dejado de ser considerado un problema, abordado desde un mismo discurso público que oscila entre la modernización de las mujeres construidas como sujetos vulnerables y, paradójicamente, desde su condición de libertad individual y autonomía. De ahí la importancia de estudiar las condiciones materiales en que son socializadas las adolescentes, pero también los procesos de construcción cultural y simbólica que otorgan las mujeres a la maternidad como experiencia subjetiva.

Consideraciones metodológicas

El trabajo de campo tuvo una duración aproximada de cinco meses durante los cuales se hicieron 40 entrevistas semiestructuradas a mujeres de tres generaciones que clasificamos como: primera generación (abuelas), segunda generación (adultas) y tercera generación (jóvenes) entrevistadas sobre sus memorias del pasado y narradas desde un presente común. De las 40 entrevistas se descartaron tres: la primera, por tratarse de una mujer de la sierra ecuatoriana, región que hizo que su experiencia de la maternidad fuera completamente diferente de la que tuvieron las mujeres (costeñas) seleccionadas para este estudio.

La segunda, por ser una mujer con discapacidad intelectual, caso de estudio para el cual habríamos tenido que utilizar metodologías distintas y llegar a otro tipo de conclusiones que no eran nuestro objetivo. Y la tercera, por tratarse de una mujer que tuvo mayor movilidad social, pasando de vivir en el mismo barrio urbano marginal (Cristo Vive) a adquirir un habitus distinto al de las demás entrevistadas, por lo cual su experiencia de la maternidad y su proyecto de vida eran distintos a los de la mayoría de nuestra muestra, cuya experiencia sí era homogénea y nos permitía generalizar los resultados por generación.

Se utilizó el método comparativo para establecer patrones de parecidos y diferencias (Ragin 2007) entre las tres generaciones de mujeres, encontrando los significados atribuidos por cada generación a la maternidad adolescente y su impacto en las proyecciones de vida de cada una, desde el campo de la experiencia social. La “generación” como unidad de análisis nos permitió trascender de la maternidad como experiencia individual a la maternidad como experiencia social, reconociendo que existe una forma particular de ser y estar en el tiempo y en el espacio, como sujeto, como mujer y como madre, dado que la experiencia humana se ve influenciada por condiciones sociohistóricas concretas que configuran patrones de continuidad o de ruptura de una generación a otra.

Precisamente, esta es la contribución del estudio sociológico de las generaciones,¹ que revela que el espíritu de una época está marcado por las visiones del mundo que la gente tiene, como

¹ Desde el siglo XIX, la 'generación' fue tomada como categoría de análisis por la escuela positivista francesa con teóricos como Comte, que atribuían a las generaciones una explicación mecanicista del progreso social, con base en los factores biológicos como la edad o la juventud que determinarían el progreso lineal de la humanidad. Lo que estos autores pretendían era “encontrar una ley general del ritmo histórico” (Sánchez de la Yncera 1993, 210), partiendo de las etapas biológicas de la edad. Siguiendo este planteamiento, solo se calcularía el promedio temporal en que una generación tarda en ser sustituida por la otra. Para Comte, cada treinta años, una generación sustituye a otra, en un proceso continuo en donde el cambio es lineal y mecánico. No hay ruptura sino un reemplazo armónico y

resultado de la significación de vivencias y experiencias particulares con una estructura como base común (Sánchez de la Yncera 1993). En el curso de su acción los individuos persiguen intenciones que, independientemente de sus motivaciones, son parte de un conjunto estructurado, es decir, que tienen un significado objetivo –aunque el individuo no necesariamente sea consciente de ello– y que se debe interpretar, descubriendo la función de cada acontecimiento en el sistema total. De hecho, tanto generación como clase social, “limitan a los individuos a un determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y les sugieren así una modalidad específica de vivencia y pensamiento, de encajamiento en el proceso histórico” (Mannheim & Sánchez de la Yncera 1998, 203).

En ese sentido, la sociología es capaz de descubrir la identidad de las estructuras concretas, basándose en el carácter social del significado, más allá de la mera comprensión de la acción individual. En ese sentido, la generación no se refiere a un grupo concreto y delimitado como la familia. Tampoco es solamente un dato cronológico, biológico² o un factor natural. Quienes son parte de una misma generación se caracterizan por pensar y actuar de modo similar, en función de que ocupan un mismo lugar en la estructura social. Las experiencias producen significados (Tavares 2008) asociados a situaciones afines experimentadas por pertenecer a posiciones comunes en la escala social y por estar sujetos a ciertas influencias comunes y a una identidad de situación, concebida como un “modo definido de comportamiento, sentimiento y pensamiento” (Tavares 2008, 73).

Volviendo a las técnicas de investigación utilizadas, se entrevistó a 37 mujeres de la cooperativa de vivienda Cristo Vive,³ ubicada en la provincia Santo Domingo de los Tsáchilas. Esta cooperativa tiene aproximadamente 6.420 habitantes, distribuidos en seis

progresivo, una continuidad afín a la evolución humana. Posteriormente, la escuela del historicismo-romantismo alemán, entiende el tiempo y la contemporaneidad como experiencias subjetivas, de modo que las generaciones son útiles para el estudio del curso de los movimientos espirituales. El progreso o el desarrollo de la historia no siguen linealidades (Tavares 2008), al probar la discontinuidad del devenir histórico. Esto significa que lo esencial no es la cantidad de tiempo que determina la transición de una generación a otra, sino el sentido de identidad y la calidad de las experiencias compartidas por los miembros de una misma generación (Caballero & Baigorri 2013).

² Otro de los teóricos que rechazó los fundamentos biológicos de la generación, enfatizando en la historia como elemento sustancial de las generaciones, fue Julius Petersen, historiador alemán, quien sostuvo que las generaciones están marcadas por ocho factores: herencia, fecha de nacimiento, educación, comunidad personal, experiencias comunes, caudillaje, lenguaje generacional y agotamiento de la generación anterior (Caballero & Baigorri 2013, 9).

³ Los terrenos sobre los que se asienta Cristo Vive fueron tomados en 1999 por un grupo de personas armadas con machetes, encabezadas por el ex alcalde Ramiro Gallo. Era una hacienda de 114 hectáreas pertenecientes a la compañía agrícola Oleaginosas Cía. Ltda., de las cuales 50 fueron tomadas por Cristo Vive y lo demás, repartido entre los barrios urbano marginales Fernando Daquilema, Nuevo Amanecer, Macadamias 1 y 2 y Bendición de Dios

barrios y en alrededor de 1.700 familias, según el registro predial de la Dirección de Avalúos y Catastros de la Municipalidad de Santo Domingo (GAD Santo Domingo 2015 citado en Massón 2015).⁴ Es una zona considerada de alto riesgo social, por los niveles de pobreza por ingresos y por necesidades básicas insatisfechas de sus habitantes, delincuencia, violencia al interior y exterior del núcleo familiar y embarazos adolescentes.⁵

Respecto a los criterios de selección de la muestra, en la elección de las mujeres entrevistadas no se buscó representatividad numérica, sino que los elegidos fueran casos significativos en función de que la experiencia individual reafirmara la experiencia social de la respectiva generación de mujeres. El proceso de selección de los casos tardó tres meses más hasta la saturación de información. A la par de las entrevistas, íbamos clasificando a cada una según su generación y elaborando cuadros comparativos con los resultados. Esta estrategia analítica permitió tener mayor claridad sobre los múltiples criterios evaluados partiendo del cruce de categorías como: sexo, género, edad, generación y clase social, en un estudio transversal o intergeneracional en donde el tiempo fue una variable muy relevante.

Utilizamos una metodología que denominamos “ambulante” que, lejos de representar una amenaza para la realización de este estudio, fue la evidencia de que la precariedad, el riesgo y la incertidumbre son pistas para ir descubriendo la complejidad del ser madre adolescente en condiciones de pobreza y marginalidad urbana. Precisamente, entre las principales limitaciones que encontramos para llevar a efecto esta investigación estuvo la dificultad de establecer un puente para el intercambio estable de información cuando se trata de poblaciones flotantes o migrantes intraurbanas- interurbanas, que están en constante movilidad espacial, es decir, cambiándose de un barrio a otro permanentemente por su condición de clase social y por sus carencias de todo tipo.

Al inicio, habíamos planificado elaborar historias de vida con las narraciones de estas mujeres, no obstante, durante los primeros tiempos de entrevistas notamos que no era posible establecer un contacto que pudiera mantenerse en el tiempo, ni siquiera en el corto plazo. En

⁴ Está próxima a otros barrios urbano-marginales como: Unión Cívica Popular, Nuevo Amanecer, Alejandro Montesdeoca, Macadamias 1 y 2; Fernando Daquilema, Bellavista y Bendición de Dios, varios de ellos también invasiones.

⁵ Al 2012, en el Circuito de Salud Cristo Vive se registraron 51 casos de embarazo adolescente. En el 2013, la cifra incrementó a 65 casos y en el 2014, a 61, según información del Departamento de Estadística del Distrito de salud 23 D01 de Santo Domingo (MSP 2014 citado en Massón 2015).

otros casos, por cuestiones de violencia intrafamiliar se negaban a continuar en el proceso de narración de sus vidas. Estuve durante aproximadamente dos meses sin encontrar a mis casos de estudio, deambulando por el barrio he intentado establecer algún vínculo más duradero con las entrevistadas a quienes, para la segunda sesión de entrevistas, ya no encontraba.

De una investigación sobre maternidad adolescente que hizo en el barrio la trabajadora social Alma Massón en el 2015, se me facilitó una base de datos con información completa sobre las 71 adolescentes que fueron su muestra de estudio, pero no pude encontrar a ninguna ni con todas las especificaciones brindadas. Entonces, un tanto avanzado el proceso, nos decidimos más bien por la metodología ambulante para la selección de nuestros 37 casos de estudio. Mientras caminaba a lo largo de la vía principal de la cooperativa de vivienda Cristo Vive, iba entrevistando a todas las mujeres que podía. A decir verdad, fue una manera de exponernos, en menor medida, a los peligros que enfrenté los primeros días, aun acompañada por una mujer, defensora comunitaria respetada en el barrio en donde yo era una completa desconocida.

Al cabo de un tiempo, ya no tuve la compañía de la defensora comunitaria y esta vez acompañada por una compañera voluntaria, desconocida en el barrio como yo, seguimos con la metodología ambulante por la vía principal en donde había algunos negocios como tiendas, peluquerías y una UPC (Unidad de Policía Comunitaria), por los que, de alguna manera, nos sentíamos resguardadas. Todas las tardes las mujeres salían a esa vía, en donde también está ubicada la estación del autobús. Iban y volvían del centro. En ocasiones las abordé en el mismo bus hasta bajar con ellas y que me contaran sus historias de camino a su casa. También salían las mujeres más jóvenes con sus hijos en brazos o en cochecitos infantiles, hacia unas canchas de fútbol en donde jugaban por las tardes; a algunas las entrevistaba entre los medios tiempos de cada jugada o antes de que empezaran el partido.

Trabajar con poblaciones marginales o cuyo modo de vivienda es el asentamiento irregular es uno de los riesgos a considerar a la hora de investigar. Por esto, es importante que el investigador pueda adaptarse a sus casos de estudio. Comprender la inestabilidad en que experimentan la vida estas mujeres, nos supuso entender y aprender a aprovechar la fragilidad del vínculo que se podía establecer. Era yo quien debía buscarlas, seguirlas, procurarlas, extraer sus narraciones en el menor tiempo posible para completar las entrevistas en profundidad. Eran tardes fugaces, de riesgo. Algunos esposos se oponían; otras, las

madresolteras, tenían la ventaja del tiempo y la libertad para narrar, pero eran acuciadas por la necesidad y por el abrupto del cambio de domicilio, de barrio y de parejas.

Estas experiencias en la calle me aleccionaron sobre la naturaleza y la transitoriedad de las vidas precarias. A veces temía al pensar que la investigación “se iba a caer”, que no podría continuar. A las mujeres tenía que hacerles una única entrevista extendida, lo más que se pudiera, con la idea de muy probablemente no verlas más. Sobre todo si se trataba de las más jóvenes, que habían llegado al barrio a vivir con sus maridos y que tras cualquier riña o problema familiar, regresaban con sus familias o, sin más, abandonaban el barrio. Era un poco diferente con las mujeres de la primera generación, actualmente abuelas, colonas e invasoras fundacionales de Cristo Vive y con las mujeres de la segunda generación, que generalmente estaban trabajando y a quienes encontraba solo por las noches.

Por otra parte, hacer intersección entre biografía e historia, desde la propuesta analítica de Blanca Muratorio (2005), ha sido fundamental en este proceso, puesto que nos ha permitido observar las vinculaciones existentes entre estructura social (transformaciones históricas o macroprocesos) y estructura de la personalidad (experiencia individual o microprocesos), de las que gran parte de los estudios de género carecen, al ser generalizadores y no históricamente situados. Con esto, comprobamos que el tiempo biográfico está estrechamente relacionado con el tiempo social y con el acontecer histórico que, a su vez, alimentan la experiencia de las generaciones, esto es, la experiencia social.

Una de las limitaciones metodológicas encontradas al intentar reconstruir la memoria pasada desde el relato de las mujeres en el presente es que, aparentemente, todo tiempo pasado es considerado mejor desde la perspectiva actual. Uno pudiera pensar que las madres, al narrar sus experiencias de maternidad en la adolescencia, minimizaban el impacto que esta vivencia les había causado años atrás. No obstante, pensamos que esta hipótesis tendría un menor margen de error al verse la experiencia individual corroborada por la experiencia social y al ser esta objeto de un método comparativo que busca patrones de parecidos y diferencias entre las generaciones.

La contrastación entre la biografía individual y las evidencias históricas, también aminora esta limitación que, finalmente, se convierte en una fortaleza cuando se comprende que la única manera de narrar la historia de estas mujeres en condiciones de marginalidad es remitiéndose

a la memoria propia, y no únicamente a los documentos oficiales de la época que, más bien, representan a los discursos hegemónicos e institucionales y no precisamente a los deseos, sentidos y significados que la gente tiene de sus experiencias de vida, menos, de la maternidad, concebida como parte de la esfera privada de donde esos significados no suelen salir ni discutirse.

Finalmente, el enfoque espacial ha sido una estrategia transversal para pensar la clase social y, específicamente, lo urbano marginal, y comprobar que todo espacio está atravesado por relaciones de poder. Así, pertenecer a una región o lugar, indudablemente influye en la forma en que se experimenta la maternidad porque las opciones de realización personal de las mujeres están influidas por la composición social del espacio en que habitan y en donde son socializadas, con o sin una estructura de oportunidades para pensar la vida, el ser mujer y el ser madre.

Capítulo 1

Maternidad adolescente como discurso y experiencia

La maternidad temprana trastorna la vida de las jóvenes madres, pero mucho menos de lo que la gente cree [...] la particularidad del asunto tiene más que ver con cómo nuestra cultura política ha respondido a los problemas asociados con la pobreza, la sexualidad, las relaciones de género y cosas parecidas, que con la amenaza planteada por adolescentes teniendo bebés antes de que ellos o sus familias lo deseen, o antes de que la sociedad se pregunte si eso es bueno para su bienestar y el de su descendencia (Furstenberg 2003 citado en Hasicic 2012, 194).

La maternidad como instrumento biológico y cultural para la reproducción de la vida, es un discurso, un tipo ideal, un modelo y condición de la feminidad, pero también es experiencia individual y social. La maternidad en tanto institución está significada por la normatividad del discurso, de los roles y estereotipos con que se representa a la mujer madre desde la religión, el sistema de salud, el Estado o la familia, generando “una serie de mandatos relativos a su ejercicio, normas que se encarnan en los sujetos e instituciones y que son reproducidas en discursos, imágenes, y representaciones de todo tipo produciendo de esta forma un ideal maternal” (Saletti 2008, 183).

En cambio, la experiencia, enfoque desde el cual observaremos a la maternidad en este estudio, es para Dubet un fenómeno contradictorio: primero, “una manera de sentir, de ser invadido por un estado emocional lo suficientemente intenso como para que el actor, al tiempo que descubre la subjetividad personal, no se sienta ya dueño de sí” (Dubet 2010, 86), al modo de una experiencia o vivencia estética, amorosa o religiosa. Y segundo: “La superposición de la sociedad y de la conciencia individual” (Dubet 2010, 86), en donde el individuo olvida su Yo para fundirse en una emoción compartida, en la sociedad misma; como en la maternidad, cuando el ser madre supone un encuentro subjetivo con la experiencia pero también un modo compartido de vivenciar este fenómeno de acuerdo, por ejemplo, a la generación o a la clase social.

No obstante, de acuerdo con Dubet, no puede existir una socialización total de la experiencia, por lo tanto, el actor social nunca está totalmente socializado: “no porque el individuo escape de lo social, sino porque su experiencia se inscribe en registros múltiples y no congruentes”

(Dubet 2010, 89), esto es, en el plano en donde la acción social no puede reducirse a una experiencia única en tanto el individuo conserva su autonomía. La experiencia subjetiva e individual va más allá del rol objetivo e incluso de lo prefijado por la cultura. La experiencia social como categoría, enfatiza en la acción que trasciende la subjetividad, porque la experiencia individual es constitutiva de lo social, en este caso, de las generaciones de mujeres que han sido madres durante la adolescencia.

La maternidad es considerada una cuestión privada, íntima y biológica (Taillefer de Haya 2011), pese a ser no solamente una institución fundante de la subjetividad e identidad femenina, sino una construcción fundamental para la reproducción de la especie (De la Concha y Osborne 2004), de la cultura y de la sociedad. A pesar de que la maternidad se experimenta de forma distinta de acuerdo a la clase social, raza o etnia, edad, género, sexo biológico y según las concepciones, normas, creencias y valoraciones propias de cada cultura (Lagarde 2014), en el discurso público existen formas homogéneas de caracterizar a la maternidad, como sucede con las siguientes corrientes feministas.

Desde el feminismo liberal, la maternidad es asumida como un hecho que despersonaliza a las mujeres, expropiándolas y convirtiéndolas en un ser para los otros, que cumplen con un deber ser, asociado al irrenunciable amor maternal (Lagarde 2014). En ese sentido, el amor no es solamente una experiencia subjetiva, fisiológica o psicológica que concierne al ámbito privado, sino una práctica cultural distintiva de la división entre un hombre económico, racional, utilitario e individual y una mujer que se caracteriza por la entrega y la transferencia incondicional de afectos (Illouz 2009).

El concepto de amor descendente o ágape, como atributo de la cultura femenina de la abnegación reprobada desde el discurso liberal, justifica la renuncia personal, el autosacrificio, la consumación de tiempo, recursos e intereses propios.

En este caso, la identidad de buenas madres sería un imperativo filial idealizado para “mitigar el impacto que asumir la mayor parte de las tareas de crianza tiene en la vida de las mujeres” (Badinter 2011, 78) como la gran inversión de esfuerzo físico, psíquico y las renunciaciones personales que implica. Además, que oculta que produce sujetos intransigentes a su propia vulnerabilidad, culpa, cansancio y frustración ante el rol de la maternidad, que les dificulta u

obstaculiza participar en la esfera pública, acceder al poder político, económico y social, y cumplir con sus aspiraciones personales.

Así, para Badinter, las mujeres se enfrentan a una triple contradicción: 1) Social: la maternidad se considera la más importante realización de la mujer pero está socialmente devaluada: la familia tradicional culpa a las madres que trabajan; las empresas reprochan la maternidad. 2) Con la pareja y 3) Con la misma mujer, que se siente dividida entre su amor por el hijo y sus deseos personales, entre el individuo y la entrega maternal.

En la década de los 70s en Europa una minoría de mujeres de clase media alta puso en discusión el silencio en que se sufría la maternidad, protestando contra la alienación maternal, reivindicando los deseos femeninos y la posibilidad de elegir entre sus intereses como mujeres y sus deseos como madres. Esto, en el marco de una serie de transformaciones del trabajo y de la estructura familiar que posibilitaron la inserción de las mujeres en el campo profesional y en otras áreas de la vida social.

En el mismo contexto europeo la maternidad se había convertido en un modelo exigente (Badinter 2011) que demandaba una mayor inversión de tiempo y recursos. Los deberes maternos ya no se reducían a los cuidados corporales y afectivos del hijo, sino que se extendían a su desarrollo psicológico, intelectual y social. El resultado fue una gran mayoría de mujeres negándose a tener hijos, de modo que el crecimiento demográfico en los países de la Europa oriental se vio impactado por el descenso de los índices de natalidad.

Por otra parte, para el feminismo radical, la maternidad es una institución constitutiva de un sistema patriarcal que convierte los cuerpos en máquinas para la procreación. Es una forma de esclavitud que obliga a las mujeres al trabajo inmaterial y afectivo no remunerado del que se sirve el capitalismo desde finales del siglo XIX cuando, debido al auge de la industrialización en Europa, se necesitaba producir y reproducir fuerza de trabajo pagando solamente un salario al obrero e invisibilizando el trabajo reproductivo y de cuidado de las mujeres.

Según Lonzi (1970), el cuerpo de la mujer fue el primer elemento concebido como propiedad y objeto sexual con capacidad reproductiva. En las clases bajas, la sexualidad se degradaría todavía más: el cuerpo devendría en una máquina para la producción de fuerza de trabajo y la mujer, en una 'fábrica de hijos', ya no persona sino madre. En efecto, desde inicios de la

década de los 70, varios estudios feministas han expuesto las estrategias de control y violencia, sistemas de disciplinamiento y explotación del cuerpo y de su función reproductiva, anteriormente considerada una cuestión privada.

Para el feminismo marxista, el control del cuerpo y de la sexualidad de la mujer ha sido uno de los más grandes logros del capitalismo industrial y contemporáneo, dado que, a más cuerpos producidos, mayor fuerza de trabajo y mayor acumulación de riqueza. En tal sentido, es de notar que, desde el período de transición del Feudalismo al Capitalismo en Europa en el siglo XVI, la acumulación no solo fue posible por la expropiación de las tierras comunales del campesinado para la formación del trabajador 'libre' o por la conquista de América, India y África, sino también por el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo que excluyó a las mujeres del trabajo socialmente reconocido (Federici 2010).

Así se impuso la maternidad forzosa,⁶ los hijos pasaron a ser producción de sus madres, herederos privados de los hombres o súbditos, especialmente entre las clases obreras (Sacks 1979). Esta condición de servidumbre se reafirmó en el siglo XIX con la familia moderna cuando surgió un nuevo paradigma de feminidad, de mujer casta, pasiva, obediente, asexuada e infundida de instinto maternal. Para las feministas estructuralistas, la cultura de la abnegación característica de las mujeres, se reproduce mediante el habitus, bloqueando el sentido de incertidumbre, miedo o rechazo que pudiera ocasionar la maternidad, preparando ideológicamente a las mujeres para entregarse a una “servidumbre voluntaria”⁷ (Lagarde 2003, 132), a un tipo de sumisión paradójica o encantada (Bourdieu 2000).

De acuerdo con este enfoque, la idea de sumisión o servidumbre que encarna la maternidad, es una condición histórica de la mujer que nace, para algunos, con el patriarcado; para otros, con la familia y la propiedad privada, pero que se mantiene a través del tiempo. Un punto en el que convergen estas corrientes feministas es en que la maternidad no solamente produce efectos materiales como la experiencia de explotación objetiva,⁸ sino también en la

⁶En la Edad Media en Europa el control de las mujeres sobre la procreación fue criminalizado. Ante la resistencia, la respuesta fue el exterminio: pena de muerte por el uso de anticonceptivos y una campaña de terror organizada con la caza de brujas “que destruyó todo un mundo de prácticas femeninas, relaciones colectivas y sistemas de conocimiento que habían sido su base de poder” (Federici 2010, 55).

⁷ Categoría creada por Étienne de La Boétie en 1548 y tomada por Lagarde (2014).

⁸ Para Bourdieu (2000) la *violencia simbólica* no es una violencia puramente espiritual o que no cause efectos reales, al contrario, en las relaciones de dominación, se rescata la objetividad de la experiencia subjetiva.

subjetividad femenina, dado que genera dependencia, así como la no conciencia y la no voluntad para definir el sentido de la vida (Lagarde 2014).

Para el feminismo marxista, las mujeres entregan afectos como una condición para satisfacer carencias afectivas, un vacío emocional “más allá de las capas sociales y de la cultura” (Contreras et.al., 1991), una vez que todos sus espacios –cuerpo, sexualidad y subjetividad– han sido expropiados; en tales circunstancias, la maternidad sería vivida como un conflicto y bajo múltiples contradicciones.

Sin embargo, a través del presente estudio observaremos cómo la maternidad vinculada al ideal de autosacrificio, reprobada desde los feminismos liberal, marxista y radical, también puede ser interpretada como un acto afectivo experimentado desde una posición de entrega noble y positiva, como un vínculo o intercambio gratificante, y no como un acto de entrega en el que la madre pierde o no recibe nada a cambio, ni como un conflicto o una forma de explotación.

Uno de los casos más emblemáticos de los estudios antropológicos sobre la maternidad es el de Scheper-Hughes (1997) en donde se cuestiona la moral femenina tradicional que define a la maternidad como una práctica femenina asociada al cuidado y a la protección de la vida del hijo y que presenta una etnografía sobre madres que, en un contexto específico de pobreza extrema, en lugar de amor y protección, aprueban la muerte del hijo, una muerte sin dolor ni duelo, cuando la muerte es mejor que la vida. Esto nos demuestra que la maternidad es una experiencia históricamente situada que obedece a distintos contextos y, en ese sentido, sobrepasa los discursos normativos y exige ser estudiada desde la especificidad con que es vivida por las mismas mujeres madres.

Ahora bien, la experiencia de la maternidad también es distinta según la condición etaria de las madres. En América Latina, desde la década de los 80s, el embarazo adolescente es considerado un problema social y de salud pública. Se trata de la región del mundo con mayor número de nacimientos en mujeres adolescentes. La tasa de fecundidad adolescente es comparativamente elevada –solo el África Subsahariana registra un nivel superior–. A pesar de la caída de la fecundidad total en el resto de países del mundo y del mejoramiento gradual de las condiciones de vida de la población y de las adolescentes en la región, América Latina

está por encima del contexto mundial en las tendencias de menor descenso de la tasa de fecundidad adolescente (-12.9) en los últimos 20 años –1990-2010– (CEPAL 2014). Ecuador se encuentra entre los países con mayores tasas de fecundidad adolescente en la región. La tasa específica de nacimientos en mujeres de entre 15 y 19 años ha sido constantemente una cifra elevada: en 1980 fue de 87.03%, en 1990 disminuyó a un 73.62% y en casi una década (a 1999) alcanzó su cifra más alta (88.46%). Se mantuvo como tendencia hasta el 2012 (83, 97%) y en 2013 disminuyó por primera vez, casi en 10 puntos porcentuales, hasta alcanzar un 72.93% (INEC 2014), la cifra más baja de los últimos 25 años.

La perspectiva adultocéntrica, especializada, modernizadora y determinista ha categorizado al embarazo adolescente como un indicador de subdesarrollo, desconociendo los sentidos que tiene la maternidad en la experiencia de las mismas adolescentes; de ahí la necesidad de complejizar la comprensión de la maternidad a partir del análisis situado de la experiencia individual y social, esto es, en un contexto histórico específico.

El concepto de experiencia social propuesto por Dubet nos es útil para confrontar los discursos hegemónicos, institucionales, fijos y ahistóricos con la vivencia dinámica de la maternidad, de acuerdo a la edad, la clase social, la región y la generación. Esta postura intermedia entre agencia y estructura permite comprender que incluso “la dominación más absoluta no basta para reducir la experiencia de los actores a roles impuestos, constituyéndose, sin duda socialmente, una subjetividad propia” (Dubet 2010, 90). En consecuencia, presentamos un enfoque analítico que rescata la capacidad de agencia y de reflexividad de las madres adolescentes, aun en contextos de pobreza y marginalidad.

1.1. Adolescencia y socialización de género

La adolescencia es una etapa vital comprendida entre la finalización de la infancia y el comienzo de la edad adulta (entre 12 y 19 años). Sin embargo, esta categoría ha sido complejizada y reconocida desde la sociología y la antropología de la edad, como un período caracterizado por conductas, potencialidades, aspiraciones, lenguajes y praxis diferenciadas, antes que como un rango de edad específico (Feixa 1996; Brito 1996; Lahire 2006; Margulis & Urresti 2008). Es decir, que se trata de una condición constituida por la cultura, pero que tiene una base material vinculada con la edad (Genolet et. al., 2004) y que ha sido objeto de una serie de transformaciones, a través del tiempo y en distintos espacios.

Todas las culturas del mundo dividen la biografía en períodos a los que atribuyen ciertas condiciones y roles con los que categorizan a los individuos y pautan sus comportamientos en cada etapa del ciclo vital (Feixa 1996). A partir del siglo XVIII, con la Revolución Industrial y los cambios tecnológicos y sociales que produjo, se creó la categoría adolescencia como un período de formación y capacitación de los jóvenes fuera del campo de la producción, para que después se integraran a la vida productiva y social (Genolet et. al., 2004).

Ya en el siglo XIX, la adolescencia se convirtió en un período de permisividad o de moratoria social (Margulis & Urresti 2008) para los jóvenes de clases sociales acomodadas, que les facultaba gozar de ciertos privilegios, como dedicarse a estudiar durante períodos más largos, postergando los roles asignados socialmente a la juventud –formar una familia, trabajar o tener hijos– que justificaban su ingreso a una etapa de madurez social. Era, pues, una representación de la adolescencia restringida a los sujetos varones de clase media alta y de zonas urbanas.

No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX, que esta categoría adquirió relevancia para las mujeres, a raíz de la crisis poblacional denominada 'baby-boom', tras la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos. Fue una explosión en la tasa de fecundidad adolescente que en 1957 llegó al 96.3% por mil, es decir que 1 de cada 10 adolescentes tenía un bebé cada año (Hasicic 2012). Este hecho dio origen al control de las altas tasas de fecundidad (Genolet et. al., 2004) a través de la política pública. Anteriormente, se había incorporado el enfoque de género para reprobado el casamiento en la pubertad (período de preparación como buenas esposas y madres) de las niñas burguesas y nobles.

En América Latina, en la década de los 60, los jóvenes eran considerados agentes del cambio social, por influencia de eventos como el mayo francés, el movimiento estudiantil en EUA, la revolución cubana y el movimiento pacifista; pero en 1980, a raíz de la crisis mundial, se agravó la condición de pobreza y desempleo a nivel global, impactando negativamente en las condiciones de vida y en las expectativas futuras de los jóvenes, quienes se desenvolvían en un marco de desprotección social, de crisis de la familia, la escuela y el trabajo (Sánchez 2004). Fue así que aparecieron distintos mecanismos de discriminación y estigmatización que construyeron un imaginario social negativo de los jóvenes pobres, vistos como sujetos peligrosos vinculados al consumo de drogas, a la delincuencia y a enfermedades de transmisión sexual.

Desde el enfoque de riesgos, la falta de recursos económicos y sociales limita las posibilidades de inserción de los adolescentes en espacios de reconocimiento social como el sistema laboral o educativo. La experiencia de exclusión y segregación socioespacial conforma sus expectativas de vida, de modo que esta falta de vínculos los posiciona como “el grupo social más cercano a la exclusión y a la desafiliación, lo que torna inciertas sus búsquedas y su mirada hacia el futuro” (Sánchez 2004, 2).

Esto supone que en contextos de pobreza y marginalidad, las trayectorias escolares estén vinculadas “con las carencias económicas y la necesidad de trabajar” (Sánchez 2004, 8), incluyendo situaciones de repitencia, abandonos temporales, reinserciones y deserciones; y las trayectorias laborales con el desempleo, la precariedad, la informalidad y la desocupación (Roldán 2001); esto, generalmente, debido a la falta de capacitación profesional, de experiencia previa, a la edad, al sexo y a la falta de vínculos sociales.

Estos jóvenes de estratos marginales no experimentan la adolescencia como un período de moratoria social o de tiempo libre para el goce y la ligereza sino como un tiempo de forzada maduración social, al recibir responsabilidades económicas y cargas familiares tempranamente. De hecho, “frente a la crisis de socialización de los canales tradicionales (trabajo, familia, escuela,) los adolescentes articulan nuevos espacios de socialización” (Wortman 1992, 157) que se convierten en espacios de pertenencia frente a la segregación de su medio social y a la pérdida de expectativas de vida.

En 1990, en el contexto de globalización del modelo neoliberal, los jóvenes pobres continuaron siendo un problema, a causa de la aparición de altos niveles de desempleo, consumo de drogas, deserción escolar y embarazo adolescente. Al provenir de contextos marginales, fueron considerados una población en riesgo, un grupo vulnerable y peligroso (Brito 1996) estigmatizado y controlado mediante políticas de readaptación social; aunque a partir de 1989, con la Convención de los Derechos del Niño (CDN), los niños, niñas y adolescentes, en teoría, dejaban de ser vistos como beneficiarios pasivos de medidas de protección” y pasaban a ser sujetos plenos de derecho (Climent 2002).

La sociología de la cultura juvenil, la sociología funcionalista y la psicología del desarrollo, conceptualizaron a la adolescencia como una etapa del desarrollo psicobiológico, momento de crisis y proceso de transición caracterizado por la angustia, la confusión y la rebeldía, frente a

la incertidumbre de la vida adulta (Alpízar y Bernal 2003). En consecuencia, desde el enfoque institucional, se buscaba integrar social y productivamente a los jóvenes, cumpliendo con los objetivos impulsados por la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social en 1995.

En contraste, en los últimos 30 años, la antropología y la sociología han observado a la juventud como una categoría dinámica que requiere ser analizada de forma contextual y situada. Esta postura, adoptada en nuestra investigación, supone la deconstrucción del adultocentrismo que ha enjuiciado las prácticas de los jóvenes desde sus propios parámetros de validez y de legitimidad. Por el contrario, sugiere hacer un análisis histórico de la adolescencia, en diálogo con categorías como el género y la clase social.

La adolescencia es el producto de ciertas relaciones de poder entre las generaciones (Brito 1996). Las experiencias y sentidos de los adultos pueden transmitirse a los más jóvenes, deviniendo la adolescencia en un estado de control, subordinación y dependencia o puede convertirse en un momento de riesgo, incertidumbre y conflicto intergeneracional, cuando a los adultos no les es posible heredar sus propios sistemas de valores, sino que los adolescentes marcan rupturas frente al discurso adultocéntrico.

La adolescencia es el período en que coinciden desarrollo físico, habilidades cognoscitivas y expectativas sociales (Merino 1993); es cuando el individuo encuentra su lugar en la sociedad como sujeto y como mujer. Analizar la construcción social del género es necesario para comprender el embarazo adolescente no como una consecuencia o hecho aislado, sino como un proceso que depende de las formas de socialización de las mujeres en la familia, el barrio y la escuela (González 2010), delimitando sus expectativas de vida y las posibilidades de cumplirlas.

De acuerdo con la concepción liberal de proyecto de vida, en el proceso de construcción de la identidad femenina, el trabajo y la educación serían dos medios para que la mujer alcance autonomía, independencia y realización personal, sin embargo, en las familias de estratos marginales predominan otros patrones de socialización que “privilegian la maternidad como proyecto de vida para las mujeres” (González 2010, 191) y los roles domésticos (Climent 2002), antes que la educación o el trabajo.

Como el embarazo les otorga el estatus de adultas, “puede ser más ventajoso a corto plazo frente a otras alternativas como permanecer en el sistema educativo” (Galindo 2012, 141) o insertarse al mercado laboral, en donde solo participan en trabajos temporarios, con alta rotación de empleo, desempleo y subocupación.

Las representaciones que tienen las madres adolescentes acerca del modelo de maternidad y de familia; y los significados del cuerpo y de la sexualidad, están asociadas a diversas mediaciones, discursos y prácticas tradicionales moldeadas por la familia, el lugar de origen, el espacio de socialización, el contexto sociocultural y las redes de relaciones e interacciones sociales (Marcús 2006). De todas maneras, existen distintos modelos de socialización en base a diferentes contextos familiares que otorgan un lugar particular a la mujer, a la sexualidad y a la familia.

En ocasiones, los modelos de socialización no son tan rígidos, sobre todo entre las generaciones más jóvenes y de sectores urbanos, aunque sean marginales. En efecto, el grado en que las adolescentes se relacionan con los discursos y las prácticas de los estratos medios de la población, influye en que los modelos tradicionales de socialización del género, se vayan flexibilizando:

El modo en que se vivencia la maternidad no es el mismo si se trata de mujeres que residen en zonas marginales, en condiciones de pobreza, precariedad material, inestabilidad ocupacional, donde tienen menos posibilidades de traspasar las fronteras del propio grupo, que si se trata de mujeres que viven en hoteles pensión ubicados en la Ciudad de Buenos Aires, integrados en cierta medida a la dinámica de las instituciones sociales (ámbito laboral, establecimientos educacionales, ONGs, cooperativas, hospitales, etc.), interactuando constantemente con referentes culturales distintos de los propios, es decir, los sectores medios de la población (Marcús 2006, 100).

De la misma manera, para Sanhueza (2005), el género no es una condición estática, esencial ni inamovible. Al contrario, los modelos de género son construcciones identitarias que van cambiando a través del tiempo, junto con los modos de socialización, los repertorios de acción y las experiencias de vida de las mujeres. Esto nos demuestra cómo aun en medio de las formas de socialización más rígidas se pueden encontrar otras formas de agencialidad, de

ejercer la propia subjetividad, de experimentar el género y la maternidad y de que estas tengan sentido desde la reflexividad de las mismas mujeres.

1.2. Proyecto de vida

El proyecto de vida como concepto fue concebido a mediados del siglo XX, con el auge de los Estados de Bienestar (Llobet 2009, citado en Medan 2012) para denotar la autonomía del individuo tras el fin de la adolescencia, que se manifiesta con la elección de una profesión, el conseguir un empleo, la independencia económica y la formación de una familia propia, hechos que marcan la superación de ese estado de indefinición como era concebida la adolescencia, para afirmar al adulto en una posición de poder respecto de su pasado inestable. Se trata de una categoría asociada a la afirmación de un sujeto liberal que parte de la capacidad de elección del individuo, de un esfuerzo de la personalidad por alcanzar los objetivos personales. Destaca una subjetividad, una forma de 'desear' y 'anhelar' respaldada por lo motivacional, por la capacidad de resiliencia y de madurez psicológica del sujeto. Atribuye al individuo la labor de planificar la vida, al margen de una lectura objetiva de las condiciones estructurales que le rodean y de las condiciones reales de posibilidad de alcanzar sus metas.

El proyecto de vida pareciera no ser un objeto de estudio significativo para ningún campo de estudio científico, dado que más bien ha sido objeto de valoraciones éticas, morales y psicologizantes sobre cómo tener una vida 'exitosa' en términos de minimizar el riesgo y evitar el 'fracaso'. De modo que ha sido el centro de intervención de instituciones públicas de salud, planificación familiar, ONGs e instituciones educativas que enseñan a los adolescentes —esta población en riesgo, vulnerable y que en Ecuador es parte de los grupos de atención prioritaria junto con las mujeres, los niños, los discapacitados y las personas de la tercera edad— que esta etapa vital no es el tiempo adecuado para ser madre.

La perspectiva adultocéntrica, especializada y modernizadora ha categorizado al embarazo adolescente como un problema, como un indicador de subdesarrollo. Planificar el futuro es aprender a autogobernar la vida, como si hacerlo fuera tan solo una buena práctica de la gestión personal. El mismo uso del término 'proyecto' da cuenta de una noción de cálculo, de estimación de lo que se invierte en un propósito y de los resultados obtenidos en ciertos

plazos, como afirmando la previsibilidad de la trayectoria vital; normando, idealizando, en lugar de aproximarse a la especificidad y, a la vez, a la diversidad de la experiencia humana.⁹ Desde el enfoque de riesgos, el proyecto de vida se estima como un plan a largo plazo que, sobre todo, funciona como una protección y un elemento orientador contra conductas riesgosas (Castellanos, et. al., 2007) como el consumo de alcohol, drogas, delincuencia o, en las mujeres, el embarazo adolescente. Según esta perspectiva, el embarazo adolescente sería un acto generalmente inconsciente, atribuido al inicio temprano de la pubertad y de la vida sexual (precoz), al desconocimiento de los métodos de planificación familiar o a la reproducción de tendencias familiares. En otras palabras, representaría un riesgo, al ser la interrupción o desviación del proyecto de vida planificado desde el lugar del individuo.

Afines a este discurso, varios autores sugieren trabajar la sexualidad como un proyecto que no puede pensarse solamente en términos de la elección racional o de la reflexividad de los implicados –sobre todo considerando que el embarazo adolescente es el producto de decisiones individuales mediadas por un acto biológico– sino de las motivaciones conscientes e inconscientes de los sujetos, partiendo de “las representaciones que la gente tiene (...) pues no se decide sólo con argumentos intelectuales, pesan también, y generalmente más, las pasiones, los intereses y los miedos” (Pulido de Lalinde, Escobar & Escobar 1998, 98).

Existen realidades que desentonan con el ideal de proyecto de vida liberal, dadas las condiciones de inestabilidad e incertidumbre, en donde queda poco o ningún margen para la planificación de un proyecto de vida, sobre todo porque pensar en el futuro implica hacer una serie de inversiones que suponen: “sacrificar el consumo de algo en el presente y colocar un caudal de algo (tiempo, dinero, esfuerzo) en algún proceso para obtener mayores beneficios en el futuro que los que se conseguirían consumiendo esos recursos en el presente” (Medan 2012, 87). Es decir, que el sujeto invierte cuando dispone de un excedente que no necesita utilizar en el presente, pero si el sujeto no dispone de ninguno sino que vive 'al diario', aunque tuviere una noción de futuro, ¿qué y cómo invertiría?

⁹De acuerdo con Aedo (2010), existen poblaciones en las que en lugar de hablar de 'proyectos de vida', sería más pertinente hablar de 'cursos de vida', noción que refiere a una trayectoria, a un camino más abierto e impredecible que si se tratara de un proyecto como tal que denota una planificación previa y un control permanente de las acciones ejecutadas para conseguir un fin. No obstante, en este estudio seguiremos utilizando el término 'proyecto de vida', justamente para evidenciar la paradoja que supone planear la vida para estas poblaciones marginales.

La crítica de Medan a los proyectos de vida legitimados desde la institucionalidad del Estado, de la familia tradicional y del sistema educativo y religioso, es que estos proyectos “ponen el foco de la intervención en la condición etárea de los sujetos destinatarios [adolescentes] desde que los define como carentes de un proyecto de vida” (Medan 2012,88) reprobando los sentidos que ellos otorgan a sus propios deseos y elecciones.

Al situar al embarazo adolescente como un obstáculo para el logro de un proyecto de vida ideal y a la adolescencia como una etapa de carencia, se desplaza la discusión sobre las posiciones de clase y la desigualdad social que, en realidad, son la base del conflicto, ubicando el problema en el lugar de las decisiones individuales, asociadas a lo irracional del acto sexual, a la inmadurez de la adolescencia o a la cultura de la mujer costeña que vive reiterados embarazos 'precoces', sin pensar ni planificar el presente ni el futuro. Ante la 'falta' de un proyecto de vida o su ejecución fallida, en lugar de proponer un análisis de las condiciones estructurales en que crecen y son socializadas las adolescentes, se ofrecen soluciones culturales y soluciones psicologizantes que atribuyen a la voluntad, a la actitud del sujeto y al autocontrol, el éxito o el fracaso del proyecto vital.

Por su parte, desde la sociología, Aedo define el proyecto de vida como “una forma de combinación histórica y específica de la reflexividad agencial” (Aedo 2010, 29) compuesta por expectativas, recursos y metas que van configurando el curso de acción de las personas. El proyecto de vida está fundamentado sobre elementos tanto subjetivos o agenciales como estructurales, que son recursos y oportunidades disponibles, es decir, posiciones estructurales en las cuales los individuos nacen y desarrollan su experiencia vital.

Un proyecto de vida se construye poniendo en relación el pasado, el presente y el futuro. Tener visión de largo plazo significa identificar el futuro en el presente –es siempre un modelo en vías de realización– (D`Angelo Hernández 1986), dado que las acciones que se realizan en el cotidiano tienen como propósito dar sentido pleno a la existencia futura. Elaborar un proyecto de vida exige, por lo tanto, la estructuración del plan de acción del individuo. Esto requiere que tenga una amplia perspectiva temporal de sus acciones en las distintas esferas de la vida para alcanzar las metas que se ha propuesto a corto, mediano o largo plazo, siguiendo un orden jerárquico o prioritario de acciones.

Son proyectos de vida las prácticas intencionadas y reflexivas y son intencionadas y reflexivas porque un proyecto contempla las condiciones de posibilidad de los sujetos. No hay lugar para un proyecto libre en tanto los individuos son agentes sociales (Aedo 2010), con un contexto y con una serie de condiciones y posiciones sociales en las cuales están insertos. Esta posición teórica se ubica a medio término entre el colectivismo metodológico clásico para el estudio de las clases sociales y el individualismo metodológico o psicologismo, para situarse en el campo sociológico, en donde lo relevante es conocer los aspectos internos y subjetivos de las clases o estratos sociales.

Según Archer, si bien existen posiciones estructurales objetivas en que nacen y crecen los sujetos, estos, como agentes sociales y desde una reflexividad particular, asumen una postura frente a esa estructura, superando la noción de habitus en Bourdieu (2001) que es la forma en que se relaciona el sujeto con la estructura social, desde una posición más rígida en los campos: una manera de conectar las “esperanzas subjetivas y las probabilidades objetivas” de alcanzarlas (Bourdieu 2006,120). La crítica de Aedo es que el habitus bourdieiano logra la adaptación del sujeto a su posición de clase, rechazando las posibilidades que se le presentan como inalcanzables, “como en la fábula de la zorra y las uvas, donde no se quiere lo que no se puede alcanzar” (Aedo 2010, 31).

Esto significa que el sujeto se adapta a su posición social, al tener el habitus un sentido práctico que tiende sobre todo a la reproducción. No obstante, en las mujeres entrevistadas, sobre todo en las de la segunda y tercera generación, notaremos cómo pese a vivir en las condiciones en que se vive en los márgenes urbanos, desde la adolescencia como posición etaria fragilizada, desde su posición de género, clase social y espacios de socialización, estas mujeres muchas veces logran romper con los modelos tradicionales que atribuyen a la maternidad el rol exclusivo de la explotación, la abnegación y el sacrificio, porque así como las estructuras pueden condicionar las prácticas de los sujetos, los sujetos también pueden enfrentarse a esas estructuras mediante sus prácticas.

En esta investigación utilizaremos el concepto de 'reflexividad social' entendido como mediación y capacidad de agencia frente a una estructura que produce situaciones y donde las personas actúan con intencionalidad, construyendo sus proyectos o cursos de acción. La reflexividad se produce en diferentes escenarios: a) en el agente y sus posiciones en el campo social; b) en los individuos y sus roles; c) en la agencia y las instituciones; d) en las

poblaciones y en el nivel sistémico (Archer 2009, citado en Aedo 2010). La reflexividad también se produce en distintos niveles: a) reflexión inicial como deseo y b) reflexividad como producto práctico, como resultado y como curso de acción efectivo.

Ahora bien, un proyecto de vida es cualquier meta que el agente social tenga, “desde la satisfacción de necesidades biológicas hasta la transformación utópica de la sociedad” (Archer 2009 citado en Aedo 2010). En cada acción o expectativa, anhelo o logro real y concreto, los sujetos tienen una intencionalidad y ejercen su capacidad reflexiva. En tal sentido, Aedo establece un par de categorías para el análisis de dos tipos de proyecto de vida: a) proyectos profundamente reflexivos o b) proyectos utilitarios y con sentido práctico. Asimismo, propone varias dimensiones para el proyecto de vida, como: a) dimensión temporal; b) dimensión de reflexión agencial como expectativas y ordenación de prioridades; c) dimensión de estrategia (cómo actuar para conseguir un fin); y d) dimensión de logros –forma objetivada en metas– (Aedo 2010).

Esta última postura analítica confronta la concepción liberal de proyecto de vida que proclama el logro de la autonomía individual por sobre la posición social y las condiciones de posibilidad del sujeto. Reconoce que, para la materialización de las expectativas de vida, se deben tomar en cuenta las condiciones de ventaja o desventaja ofrecidas por el medio social, siendo las ventajas y beneficios objetivos, oportunidades subjetivas. Esto supone tener una meta y saber cuáles son los recursos que ofrece el entorno social para acercarse a dicho objetivo, en el siguiente orden: a) expectativas; b) medios y estrategias y d) metas.

1.2.1. Maternidad adolescente y proyecto de vida

Existe una extensa literatura que señala la inevitabilidad de las trayectorias sociales, a partir de la experiencia de la pobreza y de los condicionamientos sociales e institucionales que pudiera tener un sujeto. Esta se contrapone a otras posiciones epistemológicas críticas que, en cambio, observan desde los sentidos que tiene la maternidad para las mismas adolescentes, encontrando posibilidades de agencia, aun en las condiciones de pobreza y marginalidad en que son socializadas, así como formas muy particulares de construir sus expectativas de vida en torno o más allá de la maternidad como proyecto de vida.

En 1974, la OMS (Organización Mundial de la Salud) incorporó la maternidad precoz al concepto de salud adolescente. La contemplaba como un problema desde lo biológico, lo

psicológico, lo médico, lo ético, lo religioso, lo económico, lo demográfico y lo legal (Genolet et. al, 2004). Consideraba a la maternidad como un rol de la edad adulta que tenía consecuencias: “en la salud, en la reproducción intergeneracional de la pobreza, en la posible inestabilidad familiar, en la deserción escolar y en la inserción precaria en el mercado laboral” (Senplades 2013, 139).

A fines de la década de los 70, el enfoque tradicional de la demografía, la medicina y la psicología social, atribuía al embarazo adolescente la transmisión intergeneracional de la pobreza (Climent 2002). Esto, debido al abandono de la educación y del trabajo como mecanismos de movilidad social y como causas de la exclusión del sistema productivo. Es más, el enfoque de riesgo afirmaba que, como en contextos de marcada pobreza la prioridad es la subsistencia, “las posibilidades para planificar la vida, a mediano y largo plazo, son muy limitadas” (Larrea 1994, 42).

Sin embargo, varios autores han demostrado que el embarazo no es la causa de la pobreza ni el único factor que desencadena su reproducción, sino que son “las múltiples situaciones ligadas a la escolaridad, el trabajo y la familia que se traducen en oportunidades o limitaciones sociales, económicas y culturales de las mujeres que se convierten en madres adolescentes” (González 2010, 47). En otras palabras, la desigualdad de oportunidades parte de los mismos orígenes sociales de estas mujeres (Climent 2002) que no mejoran su situación de vida solamente con posponer el primer embarazo (García 2014). Por eso, el presente estudio plantea la necesidad de complejizar la experiencia de la maternidad en relación con las proyecciones de vida de las adolescentes, superando la categorización institucional de problema social que adquiere el embarazo 'precoz' como dato demográfico.

Ahora bien, la adolescencia es como un puente entre dos mundos: el infantil y el adulto, y entre dos tiempos: el pasado y el futuro (Merino 1993). La búsqueda de identidad está estrechamente relacionada con la capacidad de los sujetos de encontrar el sentido de su existencia en el tiempo. El futuro se conceptualiza de forma distinta de acuerdo con la fase de la adolescencia que se atraviesa. En la adolescencia temprana no existe aún un concepto operativo del futuro. Es en la adolescencia media (15 a 19 años) que el futuro adquiere mayor importancia cuando en base a las expectativas familiares y sociales se elaboran planes, estrategias y fines que van a organizar los aspectos cognitivos, afectivos y volitivos del adolescente para alcanzar sus metas de futuro.

Para Merino (1993), la identidad se consolida a partir de la calidad y firmeza de los planes de vida. Según este posicionamiento, las adolescentes que no construyen sus proyectos de vida de acuerdo con los roles que la sociedad adulta considera deseables, o incluso aquellas que, bien sea por su condición etaria, de clase o de género, no han pensado en el futuro ni han definido un proyecto de vida personal, tienen problemas de identidad; es más, fracasan en el paso hacia la vida adulta porque están desprovistas de metas y aspiraciones legítimas, porque sus proyectos no son sólidos ni estables, igual que sus vidas que transitan en la incertidumbre. Las visiones clásicas de la adolescencia 'normal', sostienen que los adolescentes que tienen un débil sentido de la identidad y que no tienen un plan de vida definido, “se precipitan en un rol adulto de padres de familia; otros ingresan, sin más, al desempeño de un rol laboral; muchos se alejan definitivamente de los planes de carrera; otros caen en un estado de verdadera crisis de identidad” (Merino 1993, 7). La perspectiva adultocéntrica aduce que esta crisis de identidad conduce a la precocidad y a una prolongada confusión de roles, hechos que condena como fracasos.

Entonces, partiendo del principio de que el devenir adulto supone desidealizar el “Yo” infantil y fortalecer el principio de realidad (Flechner 2007), sería pertinente preguntarse ¿cómo piensan el futuro (y el mismo presente) las mujeres adolescentes cuyos medios de socialización han sido la pobreza y la marginalidad? Existe un lugar social e históricamente asignado a la mujer, que la familia y el barrio enseñan como un rol a cumplir en la vida adulta. La familia, “como mediadora de la sociedad, juega un rol crucial en el proyecto de un individuo”, (Climent 2002, 325) al proporcionar modelos y un campo de experiencias previas, así como al reproducir la clase social, el género, los roles femenino y masculino; al regular la sexualidad y al asignar significados a la reproducción y a la maternidad (García 2014).

Sin embargo, existen otras formas de pensar en el proyecto de vida de las mujeres que son madres durante la adolescencia. De acuerdo con Zaldúa, que estas adolescentes vivan en situación de pobreza y vulnerabilidad social, no significa que tengan que ser víctimas de un destino prefijado. Más bien, otorga un papel relevante a los sujetos, a sus prácticas y a las distintas formas y oportunidades de subjetivación que pudieran encontrar, proponiendo comprender sus “disposiciones (sentidos, expectativas, deseos) y estrategias” (Zaldúa 2009, 307).

Observar a la maternidad como una experiencia desde los sentidos de las mismas adolescentes, “implica considerar a las madres adolescentes como actores que, aunque inmersos dentro de contextos socioeconómicos y culturales concretos, tienen la capacidad de transformar sus prácticas sociales” (Sanhueza 2005,34). En la misma línea, García plantea que: “Concebir a la maternidad entre las adolescentes como una experiencia subjetiva privilegia un nivel analítico que pone en el centro al individuo, y su construcción como sujeto a partir de las significaciones de sus vivencias” (García 2014, 50).

Si bien para las adolescentes de estratos urbano marginales, el proyecto de vida podría girar en torno a la satisfacción de unas necesidades materiales básicas como tener un lugar dónde vivir o conseguir alimentación y vestimenta; también podría involucrar la satisfacción de necesidades emocionales como: tener un hogar y cumplir con el deseo de ser madres. En este caso, la maternidad no es un hecho problemático, como es entendido desde el discurso adultocéntrico, sino una “posibilidad de contar con algo propio en situaciones de vulnerabilidad social y emocional” (Checa 2003, citada en Hasicic 2012); una estrategia de valorización, autoridad moral, legitimidad social y poder frente a la comunidad o un símbolo de independencia y madurez social.

En otros casos significa “una fuente de reconocimiento social para las jóvenes mujeres desprovistas de proyectos educativos y profesionales” (Gaviria 2000, citado en Galindo 2012, 142); una estrategia de movilidad social cuando han quedado excluidas de toda red de institucionalidad –escuela, trabajo, cultura, sociedad– (Marcús 2006). O un proyecto en sí mismo, cuando el embarazo es deseado y planeado y no afecta sus perspectivas futuras, en ese caso no es un accidente sino “un acto potencialmente táctico de identidad” (Bucholtz 2002 citado en Hasicic 2012, 20). Llanes Díaz (2012) incluso identifica una forma de agencialidad en el hecho de que las mujeres se enfrenten con una disposición distinta (de alegría, de satisfacción) ante el estigma social que, de por sí, provoca el embarazo adolescente.

1.3. Introducción a las tipologías de maternidad adolescente

La contribución del presente estudio es demostrar que la experiencia de la maternidad, más allá de ser presentada por el discurso público, adultocéntrico y modernizante como un fenómeno homogéneo, más bien es una experiencia históricamente situada y materialmente constituida por el género, la clase social, la edad y la generación. En consecuencia, se han construido tres tipologías de maternidad: cíclica, modernizante y liberal, que pretenden

ilustrar aquellas formas concretas en que se experimenta la maternidad, en interacción con variables que permiten historizar la experiencia subjetiva de las mujeres y conectarla con la experiencia social cada generación.

Estas tipologías fueron construidas a partir de 37 entrevistas a profundidad a mujeres de tres generaciones que fueron madres adolescentes entre 1980 y 2010. El barrio Cristo Vive ha sido el punto de encuentro para estas mujeres cuya experiencia común es la maternidad en la adolescencia en condiciones de marginalidad urbana. Cada una representa una forma particular de ser madre, atravesada por una experiencia generacional, espacial, migratoria y laboral específica. Las 37 entrevistadas provienen de la costa¹⁰ ecuatoriana, una región¹¹ que consta de siete provincias: Esmeraldas, Manabí, Santo Domingo de los Tsáchilas, Los Ríos, Guayas, Santa Elena y El Oro. Se trata de una apuesta que, a diferencia de la maternidad concebida desde el feminismo liberal, marxista y radical como una manifestación de opresión y despojo, observa los sentidos y expectativas de las mismas mujeres, situando en el centro su propia experiencia como proponen Zaldúa (2009), Sanhueza (2005) y García (2014).

¹⁰ El grupo de Guayaquil fue un grupo de escritores ecuatorianos de la corriente del Realismo Social fundado en 1930 y entre cuyos integrantes estaba José de la Cuadra, quien en su obra describe al habitante costeño o montubio como de cultura alegre, llamativa, bullanguera, fiestera y gran sociabilidad. A los campesinos costeños se suman como pobladores de la costa los negros, que llegaron a la costa ecuatoriana en el siglo XVI y cuyas costumbres reconocidas son: música alegre, bebidas y bailes, fuerza física y rebeldía anímica. En Baldomera (1938) de Alfredo Pareja Diezcanseco, existe un imaginario de mujer mulata de gran tamaño físico, fuerte y de espíritu rebelde. Una mujer pobre y fea, de barrio, trabajadora marginal, pero intrépida, de costumbres “primitivas”, fiestera, borracha, malhablada, belicosa, que golpea a los hombres que no la respetan (Handelsman 1994). Es enérgica y decidida a luchar ante el estigma de su origen social. De manera similar, en La Tigra (1930), José de la Cuadra retrata a la mujer costeña del campo como rebelde, instintiva, sin miedo, pero sin los “vicios” de Baldomera, la mujer marginal de la ciudad, aunque compartan la misma situación de clase.

¹¹ El Ecuador está dividido territorialmente en cuatro regiones llamadas «naturales»: costa (litoral), sierra (interandina), amazonía (oriental) y región insular (Galápagos).

Capítulo 2

Maternidad cíclica. Primera generación de madres adolescentes (1970-1990)

2.1.1. De la vida rural a la vida urbana

La experiencia humana está determinada por el espacio en que se habita (Tavares 2008), sea este central o periférico, rural, urbano o urbano marginal, ciudad capital o intermedia, desarrollada o subdesarrollada. El espacio ofrece ciertos marcos de socialización y una estructura de oportunidades para pensar la vida (el pasado, el presente y el futuro) y, además, influye en la forma en que las adolescentes han construido sus expectativas de vida y han vivido su experiencia de la maternidad a lo largo de las tres generaciones estudiadas.

La primera generación de mujeres entrevistadas fue madre adolescente aproximadamente entre la década de los 70s y los 90s, en un entorno predominantemente rural. La ruralidad tradicional presenta ciertas características como espacios de baja densidad y mayor homogeneidad,¹² esto refiere similitudes de origen, clase, cultura, lenguaje y tradiciones entre sus habitantes. Además, las personas están estrechamente relacionadas con la tierra. La actividad agrícola es entendida como un fenómeno que no puede ser controlado por el hombre sino que está regido por la naturaleza (Castro 2012), de ahí que la misma vida sea pensada como un conjunto de procesos naturales organizados en ciclos (Gómez 2001).

La población rural podría ser denominada tradicional en el sentido de que puede permanecer gran parte de su vida trabajando en el campo, sin ningún tipo de movilidad territorial y heredar ese oficio a sus hijos. En lugar de la alta ocupación poblacional, la vida del campo exige tener grandes espacios para el cultivo. Tal dispersión de la población rural genera un menor acceso a infraestructuras, educación, salud, vivienda, servicios básicos e intervención del Estado. Además, tiene sus consecuencias en los sistemas de integración social, dado que el contacto que establecen entre sí los habitantes del campo, es intenso pero el tipo de relación entre homogéneos dificulta conocer referentes culturales o laborales distintos a los propios. Entre los enfoques teóricos que existen para estudiar la ruralidad, se encuentra el enfoque dicotómico,¹³ en donde la evolución de la sociedad se interpreta de forma dual.

¹² En el campo existe un mayor grado de estratificación social. Del campo se expulsa hacia la ciudad a los pobladores muy ricos y a los muy pobres, quedando en él las poblaciones más homogéneas.

¹³ El segundo enfoque con el que se ha estudiado a lo rural es el del continuum rural-urbano que implica que la transición de lo rural a lo urbano se produce gradualmente, sin encontrar oposición, sino una continuidad entre ambos (García 1991).

Este enfoque apuesta por un concepto de desarrollo y por una noción de progreso que configura la linealidad de la historia, que va de un orden rural a un orden urbano, de la agricultura a la industria, de lo tradicional a lo moderno. Según este planteamiento, la ruralidad significa retraso, una inserción fallida en el desarrollo como tipo ideal. Bajo este enfoque se produjo una amplia literatura sobre lo que se denominó la 'cultura campesina'. Y a la vez, una ola de críticas ante lo que Gómez (2001) describía como una visión ahistórica y descontextualizada de lo rural y lo urbano, faltos de rigor científico, como el atribuir al habitante campesino características afines al subdesarrollo para justificar su posición en la estructura social.

En el primer cuarto del siglo XX, la urbanización en América Latina estaba entre los niveles de las regiones menos desarrolladas del mundo. No obstante, entre 1925 y 1975, su nivel de urbanización se aceleró, aproximándose al de las regiones más desarrolladas y superando a la urbanización en África y Asia (Lattes 1995). Estos procesos de urbanización basados en la periferización y en la transferencia de población de las áreas rurales a las áreas urbanas, produjeron un crecimiento demográfico acelerado –solo superado por África, en donde el nivel de urbanización era inferior–.

El número absoluto de pobres aumentó, convirtiéndose en un problema para la región. En 1970, el 37% de los pobres eran pobres urbanos. En 1980, ya sumaban el 57% (Lattes 1995). “América Latina, que se caracterizó por tener ciudades de campesinos, dio paso a las ciudades de pobres” (Carrión 1987,18). En el Ecuador, en la década de los 80, el nivel de urbanización fue del 47%; (Lattes 1995, 56 según informe de las Naciones Unidas al 2000). Para el caso ecuatoriano, tuvo un peso considerable la transferencia de población rural a las ciudades. En el período 1980-1990, el incremento urbano por este concepto fue del 48.3%. ¿Qué significa ser madre adolescente en un contexto de pobreza rural?, ¿cómo es diferente serlo en un contexto de marginalidad pero urbana, como fue el proceso de urbanización de la ciudad de Santo Domingo en esta primera generación?

Estas son interrogantes que intentaremos responder, partiendo de un contexto de modernización capitalista y de un modelo económico desarrollista en el Ecuador, que desde la década de los 80 caracterizaron un incipiente proceso de industrialización que fortaleció la

tendencia de concentración bicefálica y desigual en el país. Dos ciudades primarias, Quito y Guayaquil, fueron ejes de un proceso de urbanización concentrador y excluyente (Carrión 1987). Si bien es cierto, otras zonas del país se habían ido creando para ampliar la frontera agrícola (mediante estrategias como la Ley de Reforma Agraria, la Ley de Fomento Industrial y la Reforma Tributaria, como parte de los programas de la Alianza para el Progreso, ejecutados por la Junta Militar que gobernó durante el período 1963-1966), pero siempre de forma marginal frente al crecimiento de las otras ciudades.

Las ciudades intermedias ya habían tenido su origen con el auge agroexportador del banano en la década de los 50, cuando se consolidó una burguesía costeña, agroexportadora y bancaria, que aceleró los procesos de urbanización en las nacientes ciudades intermedias que, posteriormente, empezaron a recibir flujos migratorios de poblaciones pauperizadas. Ese es el caso de Santo Domingo de los Colorados que apenas en 1950 inició un fuerte proceso de colonización y ocupación de sus tierras rurales y que hacia 1980 ya superaba los índices de población rural, consolidando un fuerte proceso de expansión hacia lo urbano.

2.1. Santo Domingo, de rural a urbano entre 1950 y 1980

Las opciones de realización personal de las personas están, en gran parte, mediadas por la composición social del espacio (Kaztman 2001) en que son socializadas (Climent 2002); donde es constituida su identidad de género y delimitados los roles a asumir y los espacios a ocupar (González 2010). La misma experiencia de la maternidad se ve influida por diversas mediaciones, discursos y prácticas, que son una red de influencias (Lahire 2006) constituidas por la familia, el lugar de origen, el espacio de socialización, el contexto sociocultural y las relaciones e interacciones sociales entre las mujeres y otros referentes culturales.

De la misma manera, el pertenecer a un espacio es otro de los elementos que influye en la forma en que se experimenta la maternidad, en tanto el espacio es una construcción que refleja realidades humanas; es un espacio geográfico y a la vez un producto social, atravesado por relaciones de poder. Con este antecedente teórico, ubicamos a Santo Domingo, que aparece en el mapa político administrativo por primera vez en 1861 como parroquia de la provincia de Pichincha. Fue cantón desde 1967 y provincia apenas desde el 2007.

Es actualmente la cuarta provincia más poblada del Ecuador. En la década del 50, el paisaje montañoso se fue transformando a partir de la apertura de vías y caminos hacia las recientes

unidades productivas y con la aparición de nuevos centros poblados a lo largo de las rutas de penetración para llegar a ciudades como Esmeraldas, Manabí o Los Ríos. El centro poblado que mayor desarrollo tuvo fue Santo Domingo, por ser un punto de convergencia de las carreteras que unían la costa y la sierra ecuatoriana.

No obstante, hasta hace 60 años, esta ciudad todavía seguía siendo una parroquia rural del Cantón Quito, un punto de paso que servía de descanso para quienes viajaban hacia la costa. Aproximadamente en 1940, con la apertura de la vía Quito-Saloya-Chimborazo-Santo Domingo se produjo un proceso incipiente de ocupación del pequeño poblado, que hasta entonces solo tenía 120 habitantes y que, aun años después con la construcción de las carreteras, seguía estando prácticamente deshabitada.

En 1957, con el Gobierno de Camilo Ponce, y ante el fin de la frontera agrícola en la sierra, se estableció un plan de ocupación de tierras baldías con el objetivo de crear nuevos polos de desarrollo en el país. Fueron los primeros intentos de colonización dirigida y semidirigida en la zona, con el Plan Piloto que preveía la incorporación de 5.322 Has., distribuidas en fincas familiares para la producción de plátano, banano, café, cacao, pastos, palma africana y otros cultivos de subsistencia (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992).

En 1964, en el marco del gobierno de la Junta Militar (1963-1966) que impulsó la Reforma Agraria en el país, con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos y a través de un préstamo al BID (Banco Interamericano de Desarrollo), se promovió un proyecto de colonización agrícola en la Costa y en el Oriente. En Santo Domingo, estas políticas de colonización promovidas por el Estado, sumadas a la pauperización de algunas poblaciones de Loja y Manabí afectadas por la sequía, y también de otras provincias con altos niveles de pobreza como Bolívar, Tungurahua y Chimborazo (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992), produjeron un drástico proceso de poblamiento. Las familias se anunciaban en la radio, como mano de obra para trabajar en el campo y para el cuidado de fincas y haciendas productivas.

Estos primeros flujos migratorios tuvieron el campo como principal eje de crecimiento. Así surgieron los primeros asentamientos rurales de finqueros, jornaleros, comerciantes y artesanos, conocidos como Recintos, Respaldos y Comunas. El peso migratorio acumulado entre 1950 y 1982 fue del 83.48%, es decir, 8 de cada 10 habitantes de Santo Domingo eran inmigrantes; el 70% correspondía a la sierra y el 30% a la costa (Centro de Investigaciones

CIUDAD Y ACJ 1992). En 1969, concluiría este proyecto de colonización que fue apoyado por la organización comunitaria, a través de las cooperativas agrícolas.

La dinámica de crecimiento de las fincas productivas y de la mano de obra campesina, dio paso al desarrollo del centro urbano de Santo Domingo, que se convirtió en abastecedor de víveres, herramientas, medicinas, combustibles, abonos, fungicidas; pero principalmente en un centro de acopio para el intercambio de productos agrícolas y después, en proveedor de servicios médicos y educativos que, desde el inicio, fueron atendidos por el sector privado. Años más tarde, la ciudad empezó a recibir a poblaciones producto de una segunda ola migratoria, esta vez del campo a la ciudad.

En 1975, ya había terminado la adjudicación de tierras y los procesos de colonización en el territorio rural y, por el contrario, se consolidaba un proceso de concentración de la tierra en grandes propiedades, a partir de la introducción de cultivos de gran inversión (palma africana, ganadería, abacá, palmito) para cubrir, prioritariamente, la demanda del mercado de exportación. Programas de desarrollo rural como el UDRI (1983) y el Proyecto BID 674, lejos de generar impacto en la producción y comercialización agropecuaria, priorizaron la construcción de infraestructura vial; además de esto, no había crédito estatal para pequeños y medianos campesinos (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992).

Estas fueron algunas de las condiciones previas que influyeron en la disminución del crecimiento demográfico del sector rural que, a fines de la década de los 70, se desplazó hacia lo urbano, debido también al auge de la explotación petrolera, cuyo efecto fue la aceleración de los procesos de urbanización en el país, lo que condujo a que incluso las áreas rurales y periféricas adquirieran importancia económica.

Entre 1974 y 1990, la población rural de Santo Domingo apenas creció a una tasa anual del 1%, pasando de 72.000 a 77.000 habitantes; mientras que la población urbana, en el mismo período, creció a una tasa promedio anual del 10%, pasando de 30 000 a 114 000 habitantes. En 1982, por primera vez, la población urbana (69 000 hab.) superó a la población rural (68 000 hab.).

El habitante que se fue asentando en la ciudad era predominantemente comerciante, sin embargo, a pesar de ser diferente al habitante que venía al campo a la ciudad, ambas

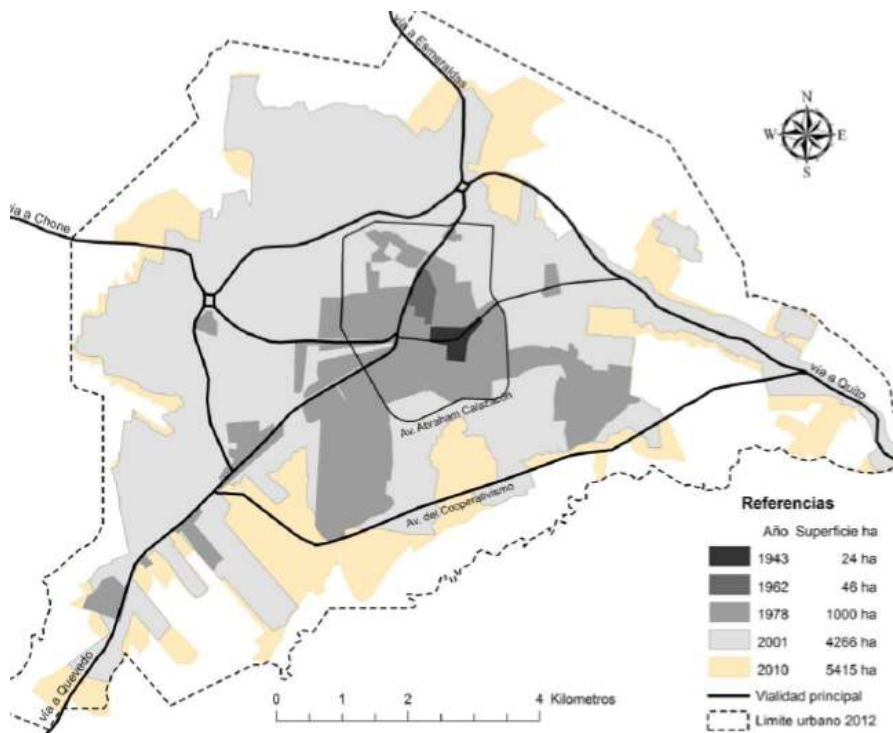
poblaciones tenían en común que eran pobres. La pobreza habría sido la motivación para dejar su lugar de origen y trasladarse a vivir a Santo Domingo, en las condiciones en que se vivía.

Pero una cosa es cierta: todos eran felices, porque había un motor en la gente: Yo vivo bien, a lado de mi mamita en Jipijapa, pero vengo acá y soy dueño de una finca de 50 hectáreas, que en mi puerca vida había soñado. ¡Pero era una montaña, eso era inhóspito!, ¡Pero era mío! Y yo sabía que tumbando ese árbol estaba trabajando por mi futuro. Entonces, con unas limitaciones terribles, pero animados de un sueño, con la ilusión de convertirse en otra cosa. Esa era la gente de Santo Domingo (Víctor Torres, antiguo colono de Santo Domingo, en conversación con la autora, enero de 2017).

El acelerado crecimiento de lo urbano, además de los efectos que tuvo en el mercado de trabajo, ha tenido importantes consecuencias en la política de vivienda y en la forma en que se ha ido configurando el espacio en que estas poblaciones experimentan la vida. En 1960, el núcleo urbano de Santo Domingo tenía una extensión de 10.6 Has.; ya para 1982 alcanzó las 3.881Has¹⁴. En este nuevo proceso de expansión territorial generado por la demanda y solución de vivienda, aparecieron las Cooperativas de Vivienda, bajo la influencia de las Cooperativas Agrícolas que, de forma espontánea y sin apoyo ni control estatal ni municipal, iniciaron un proceso de transformación de las tierras rurales en urbanas. Como se muestra en el siguiente mapa, entre la década 1940-1980, el crecimiento urbano se expandió exclusivamente en torno al centro.

¹⁴ Hacia el 2001, tal crecimiento se expandió más de cuatro veces (pasó de 1000 a 4266 has.)

Figura 1. Crecimiento urbano de la ciudad de Santo Domingo entre 1943 y 2010



Fuente: Torres López (2017)

Entre 1960 y 1990, el crecimiento del espacio urbano tuvo una baja densidad de ocupación del suelo. En el perímetro urbano existían tierras sin lotizar y, además, en los lotes habilitados era muy bajo el índice de ocupación (a 1999, 54% se hallaban sin ocupar). En respuesta, nace el cooperativismo de vivienda, representando a los flujos migratorios provenientes de otras provincias y del mismo cantón, que demandaban suelo urbano. Ante la ausencia de la gestión estatal y municipal, las cooperativas de vivienda se constituyeron “en el principal agente de negociación, habilitación y ocupación de las tierras agrícolas adyacentes a la ciudad” (Hidalgo 1999, 196). Para 1982, el 66% de la tierra urbanizada correspondía a las cooperativas de vivienda; en menos de 20 años (para 1999), ya existían más de 100.

A partir de la década de los 80, el crecimiento urbano fue precipitado. Santo Domingo se convirtió en un referente del cooperativismo de vivienda a nivel nacional, apoyado por el naciente Consorcio de Cooperativas y Organizaciones Agrícolas (Torres 2017). Las cooperativas de vivienda obtenían las escrituras globales de las tierras, a través de procesos de negociación con los propietarios y dirigían las obras básicas de urbanización, en base a las aportaciones económicas y de trabajo de los socios. Por eso, los asentamientos tardaban muchos años en consolidarse y, en algunos casos, quedaban con cobertura parcial de

servicios, pese a la autogestión de sus habitantes para dotarlos de electricidad, apertura y lastrado de calles, agua potable, alcantarillado y equipamiento comunitario (escuelas, casas comunales).

En 1979, con el regreso del país a la democracia, la política de partidos se apoyó en un modelo clientelar. Con el fin de ganar votos entre los pobres, las autoridades locales no respetaron la planificación que existía para el desarrollo urbano local (Torres 2017, entrevista), auspiciando el establecimiento legal de asentamientos irregulares. A mediados de la década de los 80, como consecuencia de la crisis económica, el cooperativismo de vivienda fue reemplazado por relaciones clientelares entre pobladores y autoridades de turno y se abandonó la gestión vecinal para pasar a la gestión urbana y municipal.

Con la crisis del movimiento cooperativista, la demanda de suelo urbano fue canalizada por caudillos locales cuya estrategia era invadir terrenos que no eran legalizados para mantener el control de la población a la vez que se le mantenía como base para la promoción y movilización política. Desde 1985, empezó la expansión de este nuevo modelo clientelar presidido por el alcalde Ramiro Gallo,¹⁵ quien auspició la invasión de varios terrenos como parte de su política que agravaría la situación de los pobres urbanos con el neoliberalismo de la década de los 90.

Las mujeres pobres del campo migraron hacia la ciudad de Santo Domingo (migración intraurbana) pero sobre todo vinieron de otros poblados rurales de la costa ecuatoriana acompañados por sus familias. La necesidad económica, la crisis en el territorio rural y el anhelo de encontrar un trabajo, los motivó a asentarse en la ciudad de Santo Domingo. Así fue que se creó el barrio Cristo Vive. Durante los primeros años de su invasión, el precio de los lotes era muy bajo –aproximadamente a 100 sucres el solar– a pesar de que la demanda de terrenos seguía creciendo. La modalidad principal de apropiación era la invasión o posesión. Los que se arriesgaban por un lote de terreno, asumían todos los riesgos de vivir en un barrio periférico, en plena época de expansión del modelo clientelar de entrega de tierras. Sobre la

¹⁵Ramiro Gallo, ex militante del desaparecido Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), llegó a Santo Domingo en 1970 y fundó el Frente de Lucha Popular, cuya propuesta era tierra para los pobres (El Universo 2005). Auspiciado por el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) y apoyado por organizaciones de vivienda y del comercio informal, fue alcalde del cantón entre 1992 y 1996.

violencia que se vivió en esas primeras épocas existe el testimonio de las primeras colonas del barrio que llegaron ya siendo adultas y teniendo a sus hijos:

Cuando llegamos este barrio era dañado. Aquí era muerte y muerte. Por aquí era terrible. Uno no se asomaba. Aquí era, uno tras de otro amanecía muerto. Eran ladrones, así, entre ellos se mataban. Aquí la mujer no podía salir porque era peligroso, las violaban aquí. Ahora es que ya todo ha cambiado. Hasta los policías andan rodeando de noche (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

La mayoría de mujeres colonas permanecía en sus casas mientras sus maridos se enfrentaban a otros hombres para defender sus terrenos y limpiar el barrio de los consumidores de alcohol, drogas y de la delincuencia de la que, no obstante, no eran directamente víctimas porque como eran recién llegados, no tenían mayores posesiones que los otros pudieran sustraer. Todos estaban en una posición similar: migrantes, pobres, con grandes familias (no solo nucleares sino también familias extendidas) y la mayoría de ellos sin trabajo. Sin embargo, hemos tomado a las mujeres como narradoras principales para describir la experiencia particular de ser mujer, migrante y madre en estos entornos violentos.

Aquí mataban mucho. Había muertos más aquí, más allá, más allá. Cosa que uno a las seis de la tarde ya se tenía que meter a su casa. Después de las 6 ya no salíamos porque era una loma ahí atrás y había unos fumones que se reunían. No robaban porque no había qué robar, ¿qué iban a robar?, si todos éramos pobres, no había nada, pero de esa casa se repartían para robar en otros lados (María Bravo, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

En esa época Gonzalo Peñafiel era el gerente de Cristo Vive. Fueron años de conflicto por la repartición de tierras. Según testimonios de las mujeres, el problema era que los habitantes de Nuevo Amanecer querían destituir al presidente de Cristo Vive para hacer las divisiones y asignaciones de tierra que más les beneficiaran. Cuando hicieron las divisiones de tierras murió mucha gente, generalmente hombres; algunos ni siquiera morían en el momento del enfrentamiento sino después:

Los mataban, los mandaban a matar, sobre todo las gentes importantes. A veces hasta en la propia casa los mataban. Mataban por venganzas de tierras, morían los principales dirigentes, tenían cargos de tesoreros, secretarios. Aquí era una guerra. De allá ya venían con palos,

machetes, escopetas y se daban y abaleaban de aquí para allá y de allá para acá. La verdad que yo no me metía en esas peleas. Allá que maten, decía yo. Se mataba a los dirigentes y se mataban entre los vecinos por los lotes (María Bravo, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Las personas que requerían vivienda, buscaban el acceso, lo más barato, lo posible, para vivir con sus familias, aunque tuvieran que participar en enfrentamientos y mediante violencia directa, en riñas, peleas y muertes, por apropiarse de un espacio en donde aún no había entrado el Estado ni las empresas privadas.

2.2. Origen campesino y trayectoria de movilidad espacial

Un estudio sociológico de la adolescencia requiere comprender el lugar de los sujetos en el mundo, considerando inicialmente los marcos en que son socializados (Lahire 2006). Las primeras etapas de socialización son fundamentales en la conformación de la subjetividad, dado que marcan las primeras y futuras disposiciones mentales. 'Socializar' significa modelar a los individuos biológicos hasta transformarlos en seres sociales, puesto que no es suficiente con que el sujeto esté apto solamente para la reproducción biológica, sino también para la reproducción social (Brito 1996).

El período de socialización primario es el familiar, cuando el niño incorpora “el mundo, el único mundo existente y concebible” (Berger y Luckmann en Lahire 2006, 26). El período de socialización secundario es apoyado por la escuela, los grupos de pares, el mercado profesional, las instituciones políticas, religiosas y culturales que se entretajan como: “una red de constricciones y de influencias más o menos armoniosas o contradictorias” (Lahire 2006, 31) que orientan sus comportamientos futuros.

De acuerdo con los resultados de las entrevistas, el 71% de las mujeres tuvo madres dedicadas exclusivamente a los quehaceres domésticos; el 57%, padres agricultores y el 21% padres con mano de obra para oficios múltiples, a más de la agricultura. Estos datos muestran la flexibilidad laboral en estas poblaciones campesinas, tanto en hombres como en mujeres, pese a que lo rural está asociado a lo tradicional, a lo fijo. El hecho es que el no poseer tierras ni recursos propios no les permite quedarse en un solo lugar, sino que les obliga a buscar la supervivencia en distintos lugares y oficios. No existe estabilidad laboral en los padres y

tampoco en las mujeres de esta generación y esta es una característica que atraviesa a toda la población de mujeres entrevistadas.

No existe un proyecto de vida definido en los padres ni para las hijas de esta primera generación. Esto ejerce un alto grado de influencia sobre las mujeres, puesto que configura una serie de posibilidades de vida que son lo único que conocen en el campo. Durante la infancia se dedican a las labores domésticas (36%) y simultáneamente, a las labores domésticas y al trabajo (43%) para ayudar a sus padres a sostener numerosas familias. En la adolescencia, que es el período en el que generalmente las personas empiezan a estructurar un proyecto de vida, a definirlo ya más conscientes de los recursos con los que cuentan para ello, estas mujeres siguen dedicándose exclusivamente al trabajo y a las labores domésticas (43%) o solamente a las labores domésticas (29%).

Esto sumado a que viven en el campo, en un territorio lejano en donde no existe presencia de instituciones públicas en áreas como la educación o la salud, está que no tienen otros referentes¹⁶ más que sus madres, abuelas, tías o hermanas, que han reproducido el mismo modelo de feminidad y de maternidad durante generaciones y que influyen en su experiencia de maternidad cíclica, conforme a lo que consideran parte de un orden natural. Esto ratifica que el espacio influye en la experiencia social puesto que es definido y, a la vez, definidor de la práctica humana, estructurado y estructurador del sujeto (Harvey 1977).

En ese sentido, ¿qué consecuencias tiene la exposición de las personas, durante los años formativos, a ambientes en donde la segregación y la exclusión están espacialmente concentradas? ¿Cómo las condiciones materiales del espacio afectan las motivaciones y expectativas de vida de las adolescentes?, y no solo en la construcción de la personalidad, sino que traspasan la experiencia individual y se sitúan en un nivel social, al impactar sobre las trayectorias vitales de las generaciones.

De acuerdo con Castells (1974,256): “El espacio está cargado de sentido”. Así, en el marco de la Teoría de los Efectos de Barrio, la reproducción de las precarias condiciones de vida de la

¹⁶La naturalización es herencia familiar. La reacción de la familia ante la primera unión de pareja a edades tempranas fue de normalización en un 86% y la reacción ante el primer embarazo, de normalización en un 100%. Si la mujer ya tenía su pareja, dejaba de ser responsabilidad de los padres y sobre todo, la maternidad es para ellas una función natural del cuerpo de la mujer.

gente está relacionada con la existencia de áreas pobres, socialmente homogéneas que también impactan en la subjetividad de las personas. Por otra parte, la Teoría de la Geografía de Oportunidades indica que la toma de decisiones aparentemente individual está influida por el contexto geográfico, que ofrece una serie de oportunidades distribuidas espacialmente. Y no solo que no existen otros referentes respecto al tipo de feminidad que se les presenta sino que se ofrecen una serie de comportamientos y costumbres como las únicas opciones posibles para estas mujeres. De ahí que el espacio juegue un papel fundamental a la hora de facilitar o no una serie de activos y relaciones que podrían contribuir o no a su movilidad social. A continuación un ejemplo de lo que significan estos primeros entornos de socialización para las mujeres en su infancia y adolescencia:

En mi juventud, yo pensaba que el mundo era así, que todo era maltrato, que no había otro lugar más que ese. Todos por ahí en el campo donde vivíamos eran así: borrachos, malhablados, pegaban a las mujeres, pegaban a los hijos. Yo imaginaba que todo el mundo era así porque uno en esa época es pequeño y no ve más allá de lo que los padres le muestran a uno, ¿no ve que nosotros no salíamos?, solo íbamos al río, a trabajar y a la casa (Estrella Paz, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Existe un elemento central en la forma de vida de esta generación: la situación de clase que no les permite planear la vida a mediano y a largo plazo sino solamente vivir el día a día. En su concepción el tiempo es un tiempo lento, circular, en el que todo se repite, pero a la vez es un tiempo cuyo ciclo inicia cada día cuando nos referimos a buscar la subsistencia. De ahí que sean vistas como poblaciones subdesarrolladas, agrarias o premodernas que reproducen patrones de comportamiento, a veces tradicionalistas o conservadores, pero respecto al tiempo, lleven una vida igual de frágil e inestable que las otras generaciones.

De las 37 mujeres entrevistadas para este estudio, el 93% proviene de la costa ecuatoriana (43% de la provincia de Manabí; 36% de la provincia de Esmeraldas; y 21% de la provincia de Los Ríos). El 93% es de origen rural. Migran hacia Santo Domingo: el 64% por trabajo y el 29% por obtener una vivienda propia o un espacio accesible en donde vivir. La forma de su asentamiento es un 57% por invasión o posesión de tierras y un 28% en casa de familiares o de terceros prestada para cuidado. La migración, en un 64%, es un proyecto familiar y significa una transición que otorga un nuevo sentido a la historia de vida individual y familiar (ver tabla 1, p.111).

En esta generación de mujeres se puede notar que existe un proyecto de vida predominantemente masculino y colectivo, que privilegiaba el conseguir un empleo para el hombre y el acceso a vivienda para la familia. Ahora sería pertinente preguntarnos, ¿cómo eran estas mujeres migrantes?, ¿cuáles eran sus expectativas al trasladarse a vivir del campo a los márgenes de la ciudad?, ¿cómo impactó este cambio en su nueva forma de concebir la maternidad y el tiempo?

Según las entrevistas realizadas, su trayectoria de movilidad espacial previa a ubicarse en Santo Domingo, incluye una migración rural o intraurbana de entre 2 y 6 ciudades o barrios. Las mujeres provienen de las siguientes ciudades, cantones y parroquias rurales de la provincia de Manabí: Chone, Bahía, Manta, Cojimés, Pedernales, Eloy Alfaro y San Isidro. De la provincia de Esmeraldas provienen de: Borbón, La Unión (Quinindé), La Villegas, Muisne, Matamba, Chinca. De la provincia de Los Ríos, provienen de: Buena Fe, Patricia Pilar y Quevedo.

De la provincia de Santo Domingo, vienen de las siguientes parroquias rurales: La Villegas, Alluriquín, La Concordia, San Jacinto del Búa y recinto las Mercedes, lugares de los cuales no existen estadísticas para la década de los 80s, dado que apenas se estaban creando como pequeños poblados agrícolas. Y de los barrios y cooperativas: Los Unificados, Rosita de Sarón, Unión Cívica, La Modelo y barrio Santa Rosa, sitios que en sus inicios fueron creados como invasiones ilegales y de donde salían porque otros pobladores les expropiaban sus terrenos, porque los dueños de los lotes o casas prestadas se los pedían, o porque sus parejas vivían en otros barrios a donde se llevaban a vivir a sus mujeres.

2.3. Trabajo y economía de subsistencia. El campo provee

En el período 1982-1990 la PEA (Población Económicamente Activa) de Santo Domingo tuvo un crecimiento del 8% en el área urbana y del 3% en el área rural, lo que indica una reconfiguración del mercado laboral respecto a las décadas anteriores que habían concentrado el empleo en el campo y en actividades de producción agrícola y pecuaria. Con el crecimiento de la población, aumentaron el déficit de vivienda, el desempleo y hubo un fuerte proceso de tercerización e informalidad laboral, como resultado del desfase entre la tasa de crecimiento de la población y la capacidad del sector estatal para absorber empleo, siendo el sector privado, con alrededor del 90% de la PEA, prácticamente el único eje generador de trabajo (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992).

En la década de los 80, Santo Domingo, por sus elevados niveles de crecimiento, se convirtió en una zona de atracción y generación de empleo. La afluencia de población hacia esta ciudad se caracterizó por tener un alto porcentaje de personas en edad de trabajar, entre ellos jóvenes y adolescentes. A pesar de eso, una de las características de su población ha sido su bajo nivel de instrucción¹⁷ (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992; Torres Egas 2017 & Torres López 2009), aunque entre 1974 y 1982 disminuyó el porcentaje de personas con nivel de instrucción primaria o ninguna de 78% a 61% y a 50% en 1990.

Entre 1982 y 1990, la tasa de desempleo disminuyó de 5.6% a 4.7%, no obstante, existe un sector informal urbano que escapa de la administración del Estado. Este sector está constituido por inmigrantes de la zona rural interna y de otras provincias del país. Esto hace que exista una sobreoferta permanente de fuerza de trabajo no calificada compuesta por asalariados agrícolas, pequeños comerciantes, jornaleros, operarios de talleres artesanales, ayudantes en el sector de servicios y personas sin antecedentes laborales. Estas son masas que van de un empleo a otro, subempleadas, siendo objeto de una gran movilidad ocupacional e incluso geográfica por estos fines.

A partir de 1980, hubo una mayor incorporación de las mujeres –la PEA femenina creció en un 10.5% frente al 7.2% de la PEA masculina–, los jóvenes y los niños al mercado de trabajo, básicamente en el sector comercio y servicios, no obstante, con bajas remuneraciones. El trabajo de las mujeres era demandado, principalmente, en la rama de las confecciones, en la rama alimenticia y en la pequeña y microindustria en donde también se privilegiaba el trabajo familiar y se contrataba en modalidad ocasional o a domicilio con subremuneraciones para reducir los costos (Centro de Investigaciones CIUDAD Y ACJ 1992).

De las mujeres entrevistadas en esta primera generación, el 57% empezó a trabajar en la infancia, entre los 5 y 10 años. Su actividad principal era ayudar a sus padres en la agricultura y un 21% a sus madres con los quehaceres domésticos y de crianza de sus hermanos. Pero este tipo de trabajo en el campo no era considerado un empleo sino una obligación de las niñas y adolescentes. El trabajo, para ellos, era una actividad más bien exterior a lo que hacían en la vida cotidiana, como cultivar o criar animales. Al menos un 29% considera que en esa

¹⁷ Esto afecta a la reproducción material y social de las familias, por su participación en actividades que requieren de baja calificación como el comercio y las actividades productivas en pequeña escala o el sector de los servicios y además, en condiciones precarias y con bajas remuneraciones.

época no había necesidad de trabajar, sobre todo la mujer, puesto que el hombre era quien conseguía las pocas cosas de las que el campo no les proveía o para la educación de sus hijos, que empezaba a convertirse en una demanda de las siguientes generaciones.

Se trabajaba para cubrir necesidades básicas diarias y nunca pensando en el trabajo como una actividad para el futuro. Si la mujer trabajaba era por su estatus de madre soltera, separada o porque su esposo no podía trabajar. En este caso, su aporte económico se convertía en el sostén de su familia. Cuando la mujer trabajaba y su marido también, entonces el dinero que recibía la mujer era destinado a sus gastos personales o a gastos menores. Pero generalmente, en la época en que estas mujeres fueron madres o en el tiempo en que vivían en el campo, sí trabajaban pero sin goce de un pago, al contrario, eran tuteladas económicamente, primero por sus padres o familiares y luego por su pareja.

Cabe recordar que a pesar de que estas mujeres vivían una maternidad cíclica y asimismo una vida en función de cumplir con ciclos naturales, la crisis de la producción agrícola y la falta de empleo en el campo las obligó a salir del área rural hacia la ciudad, acción que también les generaba ciertas contradicciones por el anhelo del campo y la necesidad de ir a la ciudad.

A mí me encantaba el campo. Allá teníamos sembrada bastante guanábana, verdecito. Allá yo podía criar un animal pero ya en el pueblo todo era comprado. En cambio, usted allá sembraba la yuca y si no tenía más, más que sea su yuquita se la comía con sal, con pescado, con maní, con lo que sea, pero ya no pasaba hambre, en cambio en el pueblo había que comprar todo, por eso, ¡uh, a mí me gustaba más el campo! (Marta Teresa Zambrano, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Migran a Santo Domingo principalmente en busca de trabajo y vivienda. Sobre todo son los hombres quienes buscan ser empleados y llegan a la ciudad cargando con familias numerosas, sin mayores niveles de educación ni de capacitación y sin capitales para invertir o trabajar más que su propia fuerza de trabajo. La ventaja en términos de estructura de oportunidades es que Santo Domingo era un mercado joven, ciudad en plena consolidación que de alguna forma podía absorber parte de aquella mano de obra.

El 71% de las mujeres entrevistadas en la primera generación, se dedicaba a los quehaceres domésticos, no trabajaba porque guardaba la idea de que en su época eran los hombres

quienes mantenían el hogar, mientras que el 14% sabía desempeñarse en la agricultura y ya en la ciudad, en oficios varios, generalmente en condición de subempleo o de empleo informal. Un 21% no trabajaba por no tener quien cuidara de sus hijos y un 14% por sentirse cómodas sin tener que hacerlo y a expensas del trabajo de su pareja.

2.4. Educación y autonomía como vicios urbanos

El período que inicia en 1980 marcó un cambio sustancial respecto al estatismo desarrollista de las décadas anteriores en materia educativa. A pesar del regreso a la democracia en 1979 con el presidente Jaime Roldós, el modelo económico neoliberal se impuso debido a la frágil institucionalidad que marcó aquella transición hacia la democracia en todos los países de América Latina. En el Ecuador cayó el precio del petróleo, que había sido el producto principal de la economía ecuatoriana desde los años 70, con lo cual la economía nacional entró en crisis.

Para cubrir el elevado gasto público, el Estado aumentó su endeudamiento externo, suscribiendo las cartas de intención del Consenso de Washington que obligaron a ejecutar una serie de programas de estabilización y medidas de ajuste impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en toda la región. Según el balance de este período, crecieron las brechas sociales entre ricos y pobres mientras se empobrecía la clase media ecuatoriana, en efecto, hacia 1997, el 97% de los ecuatorianos eran pobres.

El Plan Nacional de Desarrollo diseñado por el gobierno de Roldós fue el precedente para una reforma social que contemplaba la justicia social, de la mano de una serie de reformas políticas, administrativas, tributarias y educativas. En 1980, el 16% de la población ecuatoriana era analfabeta. En 1982, el 53% tenía educación primaria y el 13.8% tenía educación secundaria (Luna 2014). En esos primeros años se priorizó la alfabetización de las poblaciones marginales y rurales, la educación preescolar y la educación básica. Años después, la prioridad cambiaría, pasando del alcance y la cobertura a la calidad de la educación, afín al discurso de potenciar el capital humano para el desarrollo nacional.

En 1985, con el gobierno de León Febres Cordero, se reelaboró el plan nacional del gobierno de Roldós desde un enfoque neoliberal, priorizando el equilibrio económico en detrimento de la política social y educativa. A pesar de ello, incrementó la tasa de matrícula primaria y

mejoró la educación técnica media. En 1988, con el gobierno de Rodrigo Borja continuaron estos programas de ajuste neoliberal, no obstante, en materia educativa se impulsaron campañas de alfabetización y de educación básica para adultos.

De la primera generación de mujeres entrevistadas para este estudio, el 57% no tuvo ningún nivel de formación y el 43% estudió algún grado de primaria (cifra cercana a la media nacional que para 1982, tenía un 53% de estudios primarios). Sin embargo, en un 71% existía la noción de que en esa época la educación no era importante, idea que justificaba el hecho de que no estudiaran. Para un 29% era útil únicamente con fines de alfabetización y de obtención de competencias básicas como leer y sumar para hacer las cuentas necesarias para el trabajo exclusivamente en el campo.

De ahí que, aunque existieron programas para la educación de estos sectores vulnerables, el hecho de que las mujeres no le encontraran ninguna utilidad, hacía improductiva cualquier política pública que, en esa época, todavía priorizaba la universalización, la cobertura y el acceso y no la “calidad” de la educación, como en la década de los 90.

Yo empecé como de 5 años a ayudar en la casa. Me gustaba más hacer las cosas que estudiar. Ya como me fui a la Vía Monterrey para adentro era montaña. De la finquita que tenía mi papi a afuera que iba a hacer compras eran varias horas. El río Esmeraldas teníamos que pasarlo. Era lejos. Cuando me pusieron a la escuela ya estaba grande, días iba, días no. Mejor me iba con mi papi a sembrar maíz, a cosechar. Todos los hermanos ayudábamos. A mí me gustaba bastantísimo el campo, estudiar casi no (Digna Rodríguez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Mientras la política pública buscaba ampliar el acceso al sistema educativo y la inclusión de estas poblaciones rurales con un afán desarrollista, estas niñas y adolescentes no conciliaban con tales objetivos institucionales. Si bien, en su mayoría, no tenían propiedades, tenían a su disposición todo un entorno natural que les permitía resolver la vida, sin tantos requerimientos como en la ciudad.

¿Usted pudo estudiar? Yo casi que no porque antes como no era exigido que uno estudie, solamente la primaria y de ahí, cuando ya me hice de compromiso, estudié un curso de enfermería ya en Santo Domingo (Marta Teresa Zambrano, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Desde niñas solo tuvieron como referente un espacio: el campo y sus familias. Estaba lejos de su entendimiento que la educación servía para modernizarse, para mejorar sus condiciones de vida y además, aunque algunas lo quisieran, en su entorno no era considerado necesario:

Estudiar quería pero yo me crié en el campo. Yo nunca estudié. Nosotros decíamos que queríamos estudiar. A mi mami le apoyaba el patrón donde nosotros trabajábamos y dijo que él nos ayudaba pero mi mami dijo que no, que ella era como era y así ella pasaba por donde sea, que no necesitaba estudios y que asimismito teníamos que ser nosotros (Estela Cedeño, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Algunas otras destacan la falta de infraestructura (escuelas, colegios), de profesores que les educaran en el campo y de dinero para costear la educación:

Yo nomás estudié hasta cuarto grado. Anteriormente la gente no estudiaba los hijos. No era como ahora que estudian en los pueblos y hay escuelitas. Anteriormente los padres no tenían plata. Al menos mi mami era bien brava, bien opuesta, mi papacito no (Juana Soria, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018)

Además, las mujeres no decidían autónomamente si querían estudiar o no. Eran sus padres (generalmente los varones) quienes resolvían este tipo de asuntos extra-hogar y quienes, por lo demás, consideraban a las mujeres como objetos de casa que no necesitaban alfabetizarse porque esa era una competencia innecesaria para cumplir con las labores domésticas y el cuidado de los hijos.

En mi caso ninguna oportunidad tenía porque mi papá decía que nosotras mujeres valíamos solo para parir, atender a los maridos, que mejor trabajen para él, que para qué nacieron. Mis hermanos tampoco no estudiaron pero a ellos sí los querían porque eran hombres (Estrella Paz, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Sin embargo, de quienes estudiaron, el 29% lo hizo en modalidad presencial (doble jornada para la época) y el 14% a distancia o ya siendo adultas o incluso en la tercera edad, generalmente en jornada nocturna. Evidentemente, los sentidos que adquiría la educación para ellas en esta época eran distintos. Querían aprender a leer, a escribir o a firmar con su nombre, o por lo menos tener el certificado de terminación de primaria, como un modo de legitimación

propia. No obstante, está también el caso de quienes no estudiaron al ver interrumpido este objetivo por la maternidad, la movilidad territorial y la edad.

Yo no estudié nada. No había profesores en ese tiempo. Los profesores los tenían que buscar lejos, los tenían que llevar a la casa para que estudiaran a los hijos. Ahorita sí pues, hay escuelas, todo. Yo cuando salí a la ciudad ya tenía mis años y ya tenía a todos mis hijos, ya para qué iba a estudiar (Teresa Pontón, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Otra de las particularidades de esta época, vinculada a la noción del tiempo lento, era que las niñas terminaban la escuela mucho mayores que las niñas de la generaciones siguientes. La escolaridad no era un requisito obligatorio para las poblaciones campesinas, de modo que las jóvenes terminaban la escuela o hacían algún grado de ella y no pensaban en una continuidad respecto a su formación, ni había prisa ni la expectativa de que la educación pudiera ser un mecanismo real de movilidad social ni de modernización. La vida en el campo no lo exigía. Entre quienes estudiaron, el tipo de formación que recibieron fue 43% básica y el 29% práctica y en oficios que eligieron por gusto propio (14%) o porque no había otra opción de estudio (14%). Ninguna fue a la secundaria pero un 29% tomó cursos de formación en oficios prácticos feminizados, si no en su adolescencia, sí generalmente a lo largo de su vida.

Yo terminé mis estudios de la escuela a los 18 años (...) De ahí el colegio estuve en La Concordia pero como yo no era enseñada a estar sola, no me enseñé y me regresé a mi casa. Yo iba a terminar sexto grado allá y me pasaban al colegio porque en ese tiempo en Viche solo había escuelas. Por eso no estudié. Y mejor me metieron a una academia de costura en la Villegas. Aprendí a hacer vestidos, blusas y faldas. Nunca trabajé de costurera, no me gustaba, pero yo les hacía la ropa a mis hijas (María Bravo, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

¿Qué tipo de formación recibían las mujeres en esa época?, ¿Tiene alguna relación el hecho de que recibieran una educación básica, técnica y práctica con que pertenecían a uno de los cantones más jóvenes y menos desarrollados del país? Santo Domingo, para ese entonces, apenas iniciaba su proceso de urbanización con la migración de poblaciones rurales a lo que empezaba a tomar forma de ciudad y que dependía política, económica y administrativamente de Quito, la capital.

Del porcentaje de mujeres que estudió, la razón de la deserción escolar fue 38% dificultades económicas y logísticas, dado que vivían muy lejos de los centros educativos y en ocasiones tenían que recorrer grandes distancias hasta salir al pueblo. Además, la economía familiar no abastecía para este tipo de 'lujos' o 'banalidades' cuando los padres tenían otras prioridades y familias numerosas que mantener.

En este sentido, es necesario hacer una división entre los factores económicos y los factores culturales que incidieron en que estas poblaciones rurales no se insertaran en los sistemas de educación formal. El condicionante económico es el acceso, la disponibilidad de infraestructura, el ingreso de la familia, las posibilidades del medio y la estructura de oportunidades. El condicionante cultural es el “no quiero”, el “no necesito”, el sentir que la educación no es una prioridad, pero tampoco una necesidad dentro de su entorno natural, juzgado por los observadores externos como pre moderno.

Además, no se trataba solamente de no querer ser parte de un sistema educativo por falta de expectativas de vida fuera del campo o por ignorancia. Era el miedo a la ciudad, al desarrollo al que todos se arrojaban y que para ellos era desconocido. Si no permitían que sus hijas salieran del campo a los pueblitos en donde había escuelas, es porque había una intención de librarlas de los peligros y de los vicios de la ciudad. Además, estudiar era sinónimo de peligro también porque así las mujeres podían emanciparse; los padres consideraban que ese no era el rol de las mujeres, sino atender las tareas domésticas y de crianza.

Mientras en la segunda generación el anhelo era salir del campo, aventurarse hacia lo nuevo, en la primera generación la costumbre era quedarse dentro, evitando la incertidumbre para la que además no estaban preparadas. Quienes tenían deseos de modernizarse y de buscar el progreso, tenían que huir:

Yo estudié hasta sexto porque mi padre no nos dejó estudiar, era muy celoso. Es que nosotros vivíamos en el campo. Yo estudié hasta sexto grado y al final no nos llevó a que estudiáramos a la ciudad. La escuela la hicimos todos los hermanos, hasta sexto. Solo hubo tres que estudiaron más. Eso porque se huyeron. Una se huyó y se fue a estudiar en Guayaquil (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

El campo significaba abundancia de recursos naturales, de tiempo y de espacio pero también ignorancia, retraso y subdesarrollo, visto desde el marco institucional. En cambio la ciudad era modernizarse pero era también pobreza y falta de empleo para estas personas de costumbres y vida campesina, como se ilustra en el siguiente fragmento:

Mi mami era pobre, ella trabajaba lavando ropa ajena y vivía en la ciudad. Mi padre no, él tenía su finca y todo. Entonces me fui con él de 9 años y seguí estudiando. Cuando terminé la primaria mi papá me hizo repetir sexto grado en el campo para no mandarme a la ciudad a estudiar. Yo sí me escapé de donde mi papá a donde mi mamá. Ahí estuve trabajando porque mi mami era pobre. Tenía que trabajar para comprar mis cosas hasta que ya me uní con mi marido (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Por otra parte, en esta generación el embarazo adolescente no era un factor que tuviera alguna representatividad en la deserción escolar de las mujeres que estudiaron. Ellas ya habían dejado de asistir mucho antes de que incluso tuvieran pareja. Cuando llegaban los hijos, las mujeres ya vivían en unión libre y ya no se planteaban la idea de alguna vez regresar a la escuela, por eso es que sus parejas tampoco influían en su decisión de no retomar sus estudios. Todo era parte de un ciclo natural que debían cumplir. Una mujer adulta (una vez ya con el hijo) no podía regresar a las aulas como si fuera una niña o una adolescente porque aquello sí era motivo de estigmatización y de burla. Cada una debía cumplir con sus etapas de vida y no volver a las que ya se habían superado.

2.5. Planificación familiar. Una mujer es madre, ¿sino para qué es mujer?

En el contexto de constitución de los Estados modernos, desde la biopolítica foucaultiana, el poder sobre la vida se manifiesta en la regulación de las poblaciones mediante procesos de control de la sexualidad y de la natalidad. “Hacer vivir” implica regular los procesos vitales a través de dos saberes: la medicina y la higiene pública que son ejes de un discurso científico normativo. De este modo, la sexualidad es una de las tecnologías de poder más eficaces al ejercer dominio sobre la dimensión individual del sujeto, siendo a la vez capaz de regular la reproducción de las poblaciones (Agudelo 2017).

Uno de los discursos y prácticas más notables para el control de la natalidad ha sido la planificación familiar. Los movimientos de planificación familiar iniciaron en Estados Unidos

e Inglaterra, de la mano del discurso médico especializado y de los Estados de Bienestar, como uno de los mecanismos del poder disciplinario del Estado sobre el cuerpo de las mujeres y sobre la vida de los niños.

En América Latina, a partir de la década de 1970, el discurso de la planificación familiar fue el centro de una serie de políticas y medidas de actores institucionales como la ONU (Organización de las Naciones Unidas), la iglesia católica y fundaciones privadas como APROFE (Asociación Pro Bienestar de la Familia Ecuatoriana), CEMOPLAF (Centro Médico de Orientación y Planificación Familiar) y CEPAR (Centros de Estudio de Población y Desarrollo Social), que funcionaban con financiamiento internacional y que con el apoyo del Estado y del discurso médico y religioso, impusieron en la realidad local la planificación familiar como un nuevo discurso sobre la maternidad moderna.

Existe todo un marco legal que ubica la protección de la familia y el bienestar de los hijos como el centro de todas estas políticas de planificación familiar. Empezando por la Conferencia Internacional de Derechos Humanos (1968) de Teherán promovida por la ONU que estableció el derecho de los padres a elegir libre pero responsablemente el número de hijos y el tiempo en que desearan tenerlos.

En 1975, con la Primera Conferencia Mundial sobre la Mujer en México, se integró formalmente a las mujeres a los problemas del desarrollo demográfico y, por ende, a la planificación familiar, ya no solo en interés y beneficio de la familia y de los hijos. Le siguió la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW) de 1979, que ratificó la necesidad de que las mujeres fueran atendidas médicamente y tuvieran acceso a los servicios de salud, información y educación aún para la planificación familiar, discurso que se mantuvo hasta la década de los 80 en todas las conferencias sobre población y desarrollo que vincularon a los países latinoamericanos a través de varios programas de planificación familiar en la región.

En el Ecuador, a inicios del siglo XX, el Estado intentaba superar los altos índices de mortalidad infantil a través de políticas pro natalistas que tenían como objetivo consolidar la nación y que ubicaron a las madres como promotoras de tal fin (Agudelo 2017), así, se educaba a las mujeres para que fueran madres higiénicas y procrearan ciudadanos fuertes y sanos (Varea 2007). Aun no se cuestionaba la edad para procrear, mientras fuera dentro del

matrimonio. Es en la década de los 70, cuando la salud reproductiva de las adolescentes, se convierte en un asunto prioritario para los organismos internacionales.

En consecuencia, mejoraron los servicios públicos de salud para disminuir la mortalidad infantil y de la madre.

El discurso médico especializado era parte de la construcción del discurso de la maternidad como institución. Con esa intención aparecieron programas de salud y de asistencia social para atender a los niños y fortalecer a las familias. Mientras a nivel mundial se planificaba la disminución de las tasas de natalidad, en el Ecuador se procuraba que los niños dejaran de morir al nacer, pues la lógica era diferente y no apostaba a la disminución sino al crecimiento poblacional. Entre 1950 y 1982, la población del país pasó de 3' 350.000 a 8'700.000 habitantes, crecimiento nunca antes visto en el país (CONADE/ UFPA 1987 citado en Agudelo, 2017, 63).

Ya en la segunda mitad del siglo XX, el Estado perfiló un discurso para limitar el número de hijos por familia, con el objetivo de disminuir las tasas de fecundidad a través de los modernos métodos anticonceptivos patrocinados principalmente por Estados Unidos para controlar el número de nacimientos mediante la asistencia y asesoramiento a los países subdesarrollados. En la década de los 70, estos programas se incorporaron a los ministerios de salud y a las organizaciones privadas de planificación familiar.

La primera institución a nivel nacional que trabajó en materia de planificación familiar fue APROFE¹⁸ a partir de 1965 que, con financiación de Estados Unidos, abrió distintas sedes en Guayaquil, Cuenca y Quito, así como también estableció acuerdos de colaboración con clínicas en Santa Elena, Santo Domingo, Quevedo, Loja y Portoviejo. La planificación familiar consistía, según esta institución, en ejercer la paternidad responsable para el bienestar de la familia.

Entre esos años se creó el Consejo Nacional de Población como entidad anexa a la Presidencia, cuyas funciones serían elaborar estudios sobre población en el país, en relación con el cálculo de los recursos, los derechos humanos, los niveles de vida de la población y el

¹⁸ Posteriormente se sumaron el Ministerio de Salud Pública y otras organizaciones privadas.

desarrollo nacional. En esa época existía la noción de que el crecimiento poblacional profundizaba las condiciones de pobreza de la gente. Como se buscaba el bienestar de la familia y la modernización del país, se trabajó en materia de alimentación, vivienda, educación y atención de la salud materno infantil vinculada a la planificación familiar como un derecho ciudadano.

En 1968, financiada por la cooperación internacional, empezó a ejecutar sus políticas de planificación familiar el Centro Médico Orientación y Planificación Familiar (CEMOPLAF), proveyendo de capacitaciones y métodos anticonceptivos a las mujeres en Quito, Quevedo y Santo Domingo y entre 1981 y 1982, con sedes en Otavalo, Ibarra y Tulcán. Asimismo, surgieron otras instituciones como el Centro de Estudios de Paternidad Responsable (CEPAR) y una sede del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). Antes de 1980, los programas de planificación familiar y la distribución de métodos anticonceptivos estuvieron a cargo, casi exclusivamente, de fundaciones privadas hasta que en 1979 se dictó como derecho constitucional la paternidad responsable.

Tanto la Constitución Política de 1967 como la Constitución de 1979, protegían al hijo desde su concepción, pero eran diferentes en que la primera garantizaba la protección constitucional de las familias numerosas –el mandato del gobierno militar y desarrollista del Gral. Guillermo Rodríguez Lara (1963-1966) era poblar la nación– mientras que la segunda deslindó toda responsabilidad estatal en los mismos padres que esta vez decidirían por sí mismos bajo la figura de la paternidad responsable.

Como se puede observar, el artículo 30 de la Constitución de 1967 dice: “El Estado concederá especial atención a las familias numerosas, y establecerá disminución y exención en las obligaciones tributarias en atención al número de hijos” (Constitución Política 1967, art. 30). En contraste, el artículo 24 de la Constitución de 1979 dicta: “El Estado propugna la paternidad responsable y la educación apropiada para la promoción de la familia; garantiza el derecho de los padres a tener el número de hijos que puedan mantener y educar” (Constitución Política 1979, art. 24).

Según el testimonio de las mujeres entrevistadas, de la primera generación el 100% no hizo planificación familiar ni antes ni después del primer embarazo. La principal causa no fue el desconocimiento o la falta de acceso, sino el rechazo de la pareja (86%), seguido de la

oposición propia a utilizar métodos anticonceptivos (14%) y, luego por desconocimiento o falta de acceso (14%). En los siguientes fragmentos hemos destacado el caso de dos mujeres que por decisión propia se rehusaban a utilizar métodos anticonceptivos, asumiendo la maternidad como un rol natural que las legitimaba como mujeres.

Yo nunca usé nada para cuidarme. Cuando nomás tenía a mis tres hijos vinieron unos gringos a poner los anillos, hace muchos años. Ahí yo no quise, yo les dije que no quería ponerme eso. “Tengo mis hijos hasta cuando Dios me dé hijos”. Me quería poner el papá de mis hijos y yo no quise. Yo decía: “Si no quiero tener hijos, mejor no tengo marido, pues”. Yo creía que tener hijos era una fortuna. Si no, nomás hubiera tenido 3 hijos y no los 11 que tengo, pero gracias a Dios estoy contenta de que no me los puse (Beatriz Mayorga, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

He conversado así con las personas, con mis hijas, ellas sí han usado para cuidarse pero yo en mi vida no sé lo que es cuidarme. No es como ahora que ellas van a los subcentros de salud y ya vienen trayendo pastillas o tienen que estar mes a mes inyectándose. Yo sí había escuchado sobre los métodos pero nunca hice por cuidarme. Mi primer marido me decía que vaya al subcentro pero yo no quería (Marta Hurtado, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Además, que las mujeres 'les dieran' hijos a sus maridos, era también una condición de su feminidad, como cuando la tierra produce frutos y con ellos alimenta y retribuye a quien ha sembrado en ella. Si los maridos eran buenos trabajadores y buenos proveedores, las mujeres estaban gustosas de parir hijos para ellos y de agrandar la familia. De lo contrario, se decepcionaban de ellos y ya no vivían su estado de preñez con alegría y buen recibimiento, ni siquiera con la espontaneidad del ciclo natural, sino como una carga pesada, como una obligación. Así se puede evidenciar en el siguiente testimonio:

Difícil mi vida teniendo hijos, difícil fue. Mejor que no tuve más hijos porque... fíjese, el padre de mis hijos no me les dejó nada. Él trabajó, sí, pero no les dejó ni una casa, nada. Yo no quería ya más, con este hombre borracho uno hasta se decepciona de tener hijos. Tenía que yo trabajar para poder criar a mis hijos (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Otra de las razones por las que las mujeres no utilizaban métodos anticonceptivos era porque, aunque para el Estado y para los otros actores institucionales la anticoncepción era uno de los hitos de la modernidad, para ellas era señal de enfermedad, de lo artificial o de lo antinatural.

¿Usted alguna vez utilizó métodos para cuidarse? –Nada, anteriormente no. Ahorita es que utilizan. Yo nunca. Mis hijos mamaban el seno, solitos dejaban y ya quedaba encinta vuelta. Una vez cuando el papá de mis hijas llevó una moza, me dijo: “Comadre, tome unas pastillas para que tome y no quede encinta”. Pero yo no, nunca me cuidé. Yo digo, por eso es que yo no siento dolor a mi vientre ni a mi espalda. Yo no siento dolor a ninguna cosa. La gente se admira conmigo porque dice que ni dolor de cabeza. Mis hijas mueren con dolor de cabeza, les duele la espalda, les duele lo uno, les duele lo otro. Y me dicen: “es que usted nunca tomaba hormonas ni comía químicos como ahora nosotros” (Beatriz Ordóñez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Tampoco planificaban el futuro, ni los hijos. La familia era un regalo, no había por qué restringir la llegada de los hijos. No utilizar métodos anticonceptivos, para ellas, era un indicador de buena salud, de vitalidad y de fuerza, opción de la que se sienten orgullosas, refiriéndose a las mujeres de su época como 'sanas' y 'libres de químicos', otra de las ideas que refuerza el modelo de maternidad cíclica y natural.

Cuando algunas de ellas no estaban de acuerdo con seguir teniendo hijos, luego de haber tenido ya un número considerable, decidían interrumpir la posibilidad de embarazo pero siempre rechazando las opciones químicas y hormonales, como en el siguiente caso, en que la entrevistada recurría a preparados naturales para evitar el embarazo:

A lo último empecé a cuidarme, cuando yo trabajaba cocinando en un hospital de Esmeraldas. Me encontré con una veterana que nos hicimos amigas y ella me hizo remedios para no tener más hijos y no tuve más hijos. Ella me dio unas tomas, preparados con hierbitas. Tres tomas me hice después de haber menstruado, en la seca, ahí me daba las tomas. Pastillas no, nada, nunca. Solo esas tomas que me hice como a los 35 años y seguí menstruando como hasta los 40 años pero ya no tuve más hijos (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

De la misma manera, había el ideal de la mujer fuerte, natural, capaz de dar a luz de forma 'normal' como le llaman al parto vaginal, a veces incluso sin la necesidad de terceros, esto es,

de médicos o parteras. De hecho, el 86% de estas mujeres tuvo su primer parto en el campo con partera y el 14% en el campo sin ayuda, y ninguna en establecimientos de salud pública.

Yo a mis dieciséis hijos los di a luz en el campo, solita, sin partera. Solita nomás. Yo me encerraba en el cuarto y daba a luz o a veces andaba trabajando y ya cuando venía mi marido ya estaba parido el niño. En el campo uno toma chocolate molido, eso le ayuda para tener fuerza. Y me nacieron bien, todos. Estaban sanos. Yo, sí, solita y la juventud de ahorita todas corren es al hospital (Teresa Pontón, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Y además, sin necesidad de chequeos ni de controles médicos, menos aun de medicinas como años más tarde las madres jóvenes.

A todos mis hijos los di a luz bien. Dicen que uno cuando anda andando, haciendo oficios, da a luz rapidito. A los ocho días de parir ya andaba trabajando. Fueron parto normal, sin parteras ni doctores, nada, solita en casa. Yo nunca me hice ver mi barriga de nadie ni tomar remedios para mal embarazo, ni supe lo que eran espasmos que dicen que les da, nada, nada (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Como se ha dicho, la maternidad cíclica se caracteriza por ensalzar el valor de lo natural. Además de la concepción o embarazo espontáneo, apuesta por la crianza de los bebés “con puro seno, nada de biberones y con pañales de tela, nada de esos plásticos que usan hoy” (Mujer de 62 años, 1G de madres adolescentes, entrevista personal). Las tecnologías y recursos que empiezan a utilizarse por las mujeres modernas son rechazadas por esta primera generación de mujeres rurales que no aspiran al progreso entendido en esos términos. Criarlos de manera natural, no solo hace que los niños crezcan saludables sino que confiere a las madres un status de capacidad, de poder sobre la vida de sus hijos y de eficiencia en su rol como mujeres y madres.

La mayoría de estas mujeres declara haber quedado embarazada en la primera relación sexual y generalmente con su primer novio o pareja. Antes de ese primer embarazo, ninguna tuvo conocimientos sobre métodos anticonceptivos que sí recibieron después de varios partos en establecimientos de salud pública y no en sus familias, a pesar de que el 50% de ellas creció con padre y madre. Existen otros datos importantes para el análisis, como que el 93% de estas

mujeres conoció a su primera pareja en el barrio o vecindario, en este caso, en el campo. Y ese primer enamorado fue el padre de sus hijos y en ocasiones su único conviviente durante muchos años. El oficio de esta primera pareja era mayoritariamente de agricultor y en oficios múltiples (71%). En efecto, estas uniones de pareja no tenían mayores posibilidades de movilidad social por la homogeneidad respecto de la clase social a la que ambos pertenecían. Además, el 64% no estaba enamorada del padre de su primer hijo sino que se unió a esta pareja por otras razones, entre ellas violencia intrafamiliar u obligación de los padres a unirse con un hombre. Esto revela que el enamoramiento es un producto que se va construyendo en las generaciones siguientes, sobre todo en la última generación de mujeres. A estas madres lo que las unía a sus maridos era la necesidad de tener una nueva familia como espacio de seguridad personal.

Inclusive los tiempos en que se construyen los vínculos amorosos son distintos según la posición de clase social. En este caso, el 100% registra un tiempo promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja y eso por establecer un rango mayor porque generalmente las uniones de pareja suceden apenas se produce el encuentro o en los primeros dos meses de relación cercana. Ya luego se produce la unión libre, que es la modalidad de convivencia del 71% de las mujeres, que es la que culturalmente tiene mayor aceptación. La edad a la que la mujer empieza a convivir con su pareja está en un 50% entre los 12 y 15 años (adolescencia temprana) y entre los 16 y 19 años 50% (adolescencia tardía). Sin embargo, en el primer valor, el promedio de edad se acerca más a los 14-15 años que a las edades más tempranas (12-13). Esto refleja que no hay una salida muy temprana del núcleo familiar, por eso tampoco hay estigmatización del embarazo adolescente sino el cumplimiento de un ciclo natural, es decir, a esa edad la mujer ya está preparada para procrear, no hay razón para un período de moratoria social como en las otras generaciones.

No obstante, existe una diferencia de edades importante de destacar entre el hombre y la mujer. El 50% tiene una diferencia de edad de entre 6 y 10 años con su primera pareja y el 43%, de entre 11 y 20 años. Actualmente, diríamos que la relación se establecía entre un mayor y una menor de edad y sería un delito, sin embargo, en aquella época era la costumbre más común que el hombre fuera mucho mayor que la mujer como símbolo de madurez y experiencia. Otro dato importante de anotar en este punto es que el problema más destacable de la vida en pareja era la violencia (86%), además, legitimada por las familias de las partes y

seguramente afianzada por el hecho de que el hombre mayor viene a ser la figura de autoridad en el hogar, a la que la mujer debe obediencia y sumisión.

2.6. La vida no se planifica. El ciclo y la tradición como anulación del futuro

Como se ha expuesto, las mujeres de la primera generación de este estudio fueron madres adolescentes durante la década los 80s, en un entorno predominantemente rural, por lo tanto, su concepción del tiempo podría entenderse como circular. Su experiencia vital está estructurada en función de cumplir con ciclos naturales como: nacer, crecer, reproducirse y transmitir sus costumbres, prácticas y tradiciones, de modo que el mismo ciclo se repita en las siguientes generaciones.

Son mujeres que encarnan el discurso del subdesarrollo y de la pre-modernidad, que no buscan el progreso al que aspiran las mujeres de la segunda y tercera generación. Si migran del campo a la ciudad, no es por deseo propio sino porque las circunstancias económicas les obligan, una vez perdidos los recursos que tenían para la subsistencia en el campo. En 1975, ya había terminado la adjudicación de tierras y los procesos de colonización en el territorio rural y se consolidaba un proceso de urbanización creciente que también las atrajo.

En las mujeres de esta primera cohorte, la experiencia vital no está planificada o por lo menos no a mediano y a largo plazo. Es una generación que repite constantemente la historia, que conserva y transmite. Su experiencia transcurre en un tiempo cuyo ritmo se percibe como lento. No existen grandes acontecimientos en su ciclo vital, así que tampoco existen etapas social y culturalmente bien definidas como: niñez, adolescencia, juventud, adultez, vejez. Tampoco existen proyectos fijados normativamente en el tiempo (jugar en la niñez, estudiar en la adolescencia, trabajar en la adultez, descansar en la vejez).

Al contrario, las niñas trabajan en la agricultura desde edades muy tempranas para ayudar a sus padres a sostener familias numerosas y también hacen el trabajo doméstico. La niña es adultizada, canalizada a una maduración social que no es concebida, ni por ella ni por su medio, como un proceso violento, sino del orden natural. La adolescencia no es un período de moratoria social sino de trabajo y de tener esposo e hijos, de acuerdo al orden natural de su ciclo vital.

En la adolescencia, el futuro no es un futuro propio, ni de los hijos, tampoco existen expectativas muy estructuradas. El futuro no existe en tanto mejora del pasado ni del presente, sino en tanto repetición de la experiencia y de los ciclos de vida predestinados para cada mujer. Es por eso que incorporan a su habitus unas formas particulares de estar en el mundo, vinculadas a su idea cíclica del tiempo:

Entrevistadora: ¿A veces no se aburría de estar en casa todo el día?

Entrevistada: Sí, pero había que buscar qué hacer. Yo buscaba la ropa para lavar, para doblar, por ahí coger la escoba, ya ponerse a limpiar y seguir limpiando.

Entrevistadora: ¿Y si se aburría de eso? No, no había cómo aburrirse, ¡y tanto que había que hacer en la casa!, ahí se iba el tiempo pues, ya se iba yendo y se iba yendo y ya llegaba el otro día y así todos los días... (Juana Arredondo, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

En esta generación no existe un 'proyecto de vida' según el enfoque liberal, lo que no quiere decir que no tuvieran ninguno. Según Aedo (2010), cualquier meta (acción o expectativa, anhelo o logro concreto) que tenga el sujeto es un proyecto de vida, porque en cada una de sus acciones actúa con intencionalidad, poniendo en juego su capacidad reflexiva. Las primeras expectativas de vida de esta generación de mujeres se configuran el 29% en la preadolescencia, justo antes de tener su primera pareja o embarazo o recién en la edad adulta (57%), después de ambos episodios. En sus familias, la expectativa de vida predominante era el trabajo (79%) y la familia, constituyéndose este en su proyecto principal.

En este caso, estos planes de vida entrarían en la caracterización de proyectos utilitarios y con sentido práctico como tener una buena cosecha, que el marido y los hijos tuvieran salud para seguir trabajando o tener los alimentos todos los días en la mesa de su casa. La reflexividad no se ejerce en el sentido de que el sujeto cuestione su 'destino', sino que se produce, generalmente, en el nivel de reflexión inicial como deseo; en ocasiones, como producto práctico concreto y nunca como curso de acción efectivo, por lo menos no durante la adolescencia ni durante gran parte de la adultez, que es cuando la mayoría de ellas migra del campo a la ciudad.

En las condiciones de precariedad en que han sido socializadas, no hay lugar para la libre elección del individuo ni una conciencia que lo anhele, en tanto el proyecto de vida consiste

en repetir el legado de las generaciones pasadas. En la época de su primera maternidad, no reflexionaban sobre el sentido de la vida. Al contrario, había una concepción naturalista del cuerpo que procrea, de la vida que se produce y se reproduce espontáneamente. La maternidad es el rol biológico, su función dentro del núcleo familiar, de ahí que rechacen utilizar métodos anticonceptivos aunque los conozcan por algún medio. Si se tiene marido es para tener hijos. La maternidad es reiterada y el número de hijos por mujer es alto, de modo que dedican gran parte de su tiempo a ser madres.

La educación, al ser un proyecto de largo plazo al que no se le encuentra utilidad ni sentido práctico, es mucho menos valorada que tener una familia que, por el contrario, sí es una aspiración de las mujeres de esta generación, quienes con ello sienten construir lo primero y único propio, una vez que abandonan el núcleo familiar. En relación con las expectativas de las mujeres de la segunda y tercera generación, la escala de valores cambia. Las mujeres de la primera generación, durante la adolescencia, no tienen prioridades de vida, es decir, un orden en que deban ir logrando unas metas que no se han fijado, pero en su ciclo sí es necesario que se cumplan fundamentalmente dos etapas: la unión de pareja y la maternidad.

No existen instituciones sociales, educativas o de salud que se presenten como una estructura de oportunidades para la movilidad social. Su experiencia vital está construida en base a la experiencia familiar, vecinal o de los trabajadores de su misma condición precaria. Existe la vida en el campo con los pocos medios de producción con los que cuentan: mano de obra, animales y pequeños cultivos. El trabajo de los hombres cubre las necesidades diarias, aunque la mayoría ya es solventada por los productos que reciben de la misma tierra. En su época existen demandas básicas como alimentación y vestimenta y no la educación ni su incorporación a un mercado laboral formal. En consecuencia, la subsistencia se resuelve de manera menos difícil que en las generaciones siguientes:

De más joven yo no trabajaba, yo era vaga. Hay que decir la verdad, pues. A mis papitos, yo por ahí les ayudaba a cocinar el sustento de todos los días. Uno vivía al diario. Es que no había necesidad de trabajar, creo, en esos tiempos, porque mi mamita tenía su casa de maderita así en el campo, y yo tenía mi cuarto y ya con eso (María Rosado, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

Y esta lógica de buscar la subsistencia diaria y de no pensar en el trabajo como una posibilidad de movilidad social ni de acumulación para el futuro también revela que el sujeto no pensaba en esas posibilidades no solo porque no fuera necesario sino porque le resultaba inalcanzable. Para estas mujeres, esta posición de conformismo aparece como un firme sentido de su realidad: “Yo nunca he sido como aspirante a tener. ¿De qué me sirve?, ¡ay!, ¡que quiero ese vestido de allá, que quiero esto de acá!, si no lo puedo tener. Me conformo que me gane el diario para comer y sobrevivir” (Cristina Carpio, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

La maternidad cíclica es una maternidad tradicional, que se vive desde el lugar de la experiencia múltiple, que por ser múltiple respecto al alto número de hijos, no les permite el exceso de cuidados ni el sufrimiento, sino que se vive desde el cuidado colectivo, con el apoyo de los hijos e hijas mayores. La madre no tiene mayores demandas sobre sí, solamente es madre en tanto tiene su vientre a disposición de la reproducción natural y en tanto cuida a sus hijos y les provee del alimento diario.

Pero precisamente ahí en donde parece que únicamente se reproduce un tipo de maternidad hegemónica, del sacrificio y la esclavitud, intervienen los sentidos que adquiere la maternidad para las mismas madres. Las mujeres de esta generación son mujeres alegres, que viven el día a día, que no se preocupan por el futuro, sino por satisfacer las necesidades del presente, en algunos casos porque no tienen las posibilidades de construir un proyecto de vida diferente y en otros porque no quieren, porque están satisfechas y se sienten conformes con su vida.

-¿Cómo era su antiguo barrio antes de venir a Santo Domingo?

-Bueno, en Borbón la gente es alegre, ¡los negros son alegres, mijita! ¡música por un lado, salsa por otro lado, salsa por otro lado!, ¡pero también el sicariato! Yo vivía en medio de puro sicariato, que vendían droga y mataban y todo eso. Se llamaba “el barrio chino”, así le habían puesto. (...) Era grande el barrio, era todo un caserío, concurrían todas unas empresas madereras, el río, todo. Yo viví diecinueve años ahí, pero después de todo era lindo (María Rosado, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

En las entrevistas se encontró que las mujeres, sobre todo de la ciudad o que ya han migrado del campo a algún pueblito aledaño, gustan de la diversión; que si trabajan o tienen algo de dinero es para el regocijo y el goce del momento. Conocen a sus parejas en bailes y fiestas

organizadas por la familia o por los vecinos en las fincas en donde viven. En el caso de las mujeres más de ciudad, se conserva el ideal de mujer divertida, libertina, que ya incorpora otras prácticas que las del campo no tienen, como las de beber alcohol hasta la embriaguez.

Lo conocí porque a mí me gustaba irme a, ahí en Quevedo todavía existe, la loma de los negritos que le llaman el Brasil. Yo me iba a bailar de noche. Eran puros salones de diversiones, de baile, de “chúpate la plata”. Y yo tomaba pero no en exceso. En esos tiempos yo me acuerdo que con tres ya me emborrachaba. Es que todos los militares iban allá a divertirse a la Galo Plaza, y era sonado porque había pura salsa. Así nos conocimos, me sacó a bailar, tomamos una cervecita y conversamos. En esa época yo tenía como 20 años y ya mis dos hijos (Aída María Gómez, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

A pesar de que manabitas y esmeraldeñas (habitantes de dos ciudades costeras) tienen ciertas similitudes, en las manabitas se pueden notar rasgos un tanto más conservadores y de familia tradicional, probablemente por su mayor apego con el campo como actividad para la subsistencia. Cabe destacar que estas mujeres, incluso en el campo, experimentaron algún grado de movilidad territorial porque iban con sus familias de una finca a otra, como cuidadoras: “Nos criamos así como animalitos salvajes, hoy día en un lado, mañana en otro, así nos criamos. Me crié como un león, como una indígena, en el campo” (Teresa Campos, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

En cambio, las esmeraldeñas o las quevedenses (habitantes costeñas urbanas) que reflejan aun una mayor movilidad territorial, son menos conservadoras, más expuestas y resistentes a las contingencias y a los peligros del cambio. Las mujeres que vivieron en el campo, entre los quehaceres domésticos y el trabajo agrícola, no vivían la adolescencia como un período de moratoria social ni manifiestan haber tenido formas de divertirse como sí las mujeres más de ciudad o de pueblo, cuyas prácticas eran diferentes, ya más cercanas a lo moderno:

Se ha sufrido pero también se ha disfrutado porque la muchachada de antes era sana, ahora es que hay tanta maldad, tanta droga. Antes era sana: a jugar pelota, a divertirse, al río, era diferente, se bailaba pero sanamente, no como ahora, tanta corrupción que hay. En ese tiempo arrendábamos bicicletas, ¡era la moda!, había puestos ahí por la compañía Wong. Mi primer enamorado me iba a ver a la casa para irnos a vagar. Yo andaba por ahí en el barrio.

Usaba unos “chorcitos” chiquititos y él me miraba y le gustaba (María Rosado, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

De las mujeres entrevistadas en esta primera generación de madres adolescentes, el 57% tuvo su primer hijo entre los 16 y 19 años (adolescencia tardía). El número de hijos promedio es de 6 a 8 hijos y la causa de embarazo, la naturalización en un 79%, de modo que el embarazo adolescente ha sido concebido no como un problema (86%) sino como un motivo de alegría (79%), compañía (14%) y lo único propio (7%), en respuesta a un modelo de maternidad cíclica cuyo objetivo es reproducir y transmitir las costumbres y tradiciones familiares.

El barrio o su entorno normaliza el embarazo adolescente (79%) si se tiene pareja pero no si se es madre soltera. Existe estigmatización o rechazo (21%) cuando el embarazo se produce en la adolescencia temprana (11-14 años) pero como esta generación, mayoritariamente ha sido madre durante la adolescencia tardía, no han experimentado rechazo por ser madres jóvenes y además porque durante su adolescencia no frecuentaban más lugares que el campo, espacio socialmente homogéneo en donde no tenían forma de ser objeto de críticas ni de compararse con la trayectoria vital de alguien más.

El 93% de las madres entrevistadas siente que su vida no cambió después de ser madre. Lo que se refuerza con el hecho de que el 86% declara que no existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno y, por lo tanto, que ellas no tenían estructurado un proyecto de vida. Quienes tenían una idea de sus expectativas futuras (21%) la vieron impedida por su situación económica, por falta de apoyo familiar y de acceso a la estructura de oportunidades. Las mayores dificultades en la experiencia de la maternidad han sido los primeros años y cuidados del hijo y su adolescencia (71%). El mayor apoyo que han tenido las madres en la crianza de sus hijos ha sido el de sus otros hijos mayores (71%).

Una de las estrategias que comparten las tres generaciones de mujeres es la maternidad colectiva, es decir, apoyada por terceros. Las madres, las abuelas, las suegras, las cuñadas e incluso las vecinas son un apoyo que aligera las tareas de las madres. También los mismos hijos apoyan en la crianza de sus hermanos menores. Dado que estas madres tenían un alto número de embarazos, los hijos representaban una ayuda en las tareas de cuidado. De ahí que las mujeres madres de la primera generación no recuerden que la crianza de sus hijos hubiere sido conflictiva o el trabajo de cuidado difícil.

Las madres de esta primera generación se caracterizan por ser mujeres fuertes, sobre todo cuando hablan de sus partos. Asimismo, han sido mujeres fuertes y audaces cuando, ya en la edad adulta, han tenido que luchar incluso físicamente por un lugar para vivir con sus familias. Estos conflictos no los enfrentaron en la adolescencia, sino más bien cuando migraron del campo a la ciudad, luego de tener varios hijos y de haber recorrido algunas ciudades y pueblitos de la costa en busca de trabajo y vivienda. En esas circunstancias, ya habían empezado a reformular sus expectativas de vida, sobre todo por sus hijos.

Yo fui la primera de mi familia que entró a invadir aquí. Estuvimos primero en la finquita a lado de los Jurado. Ahí invadimos, tiramos machete todo de noche. Íbamos un poco de gente. Armamos las casitas, les poníamos ramaditas y ahí nos metíamos, cuidando para que no vuelvan los dueños. Jurado era el dueño. Una vez vino, nos desbarató las casas con la ley. Nosotras, tres mujeres lo seguimos al Jurado con machetes. Él abrió los brazos, rendido, y nosotras lo dejamos. Aquí tocó lo mismo, meter plan a todita la gente. Vuelta hicimos las casas y nos desarmó la policía. Invadimos al otro lado donde un cura, y el cura reclamó y toditos lo seguimos a darle garrote. Yo cogí algunos solares y toditos los iba vendiendo a USD 10. Nosotros los sacábamos de las mechas. Aquí era una balacera tremenda. La gente se escondía pero a mí me gustaba andar en eso (Laura Cevallos, madre de la primera generación, en conversación con la autora, enero de 2018).

En Santo Domingo, el acelerado crecimiento de lo urbano tuvo importantes consecuencias en la política de vivienda. Bajo la influencia de las Cooperativas Agrícolas, aparecieron las Cooperativas de Vivienda que, ante la ausencia de la gestión estatal y municipal, se constituyeron “en el principal agente de negociación, habilitación y ocupación de las tierras agrícolas adyacentes a la ciudad” (Hidalgo 1999, 196). Para 1982, el 66% de la tierra urbanizada correspondía a las cooperativas de vivienda; en menos de 20 años (para 1999), ya existían más de 100.

En esos años, Santo Domingo se convirtió en un referente del cooperativismo de vivienda a nivel nacional (Torres 2017, entrevista). En 1979, con el regreso del país a la democracia y entrado en crisis el cooperativismo de vivienda, la política de partidos se apoyó en un modelo clientelar. Con el fin de ganar votos entre los pobres, las autoridades no respetaron la planificación que existía para el desarrollo urbano local (Torres 2017, entrevista), auspiciando el establecimiento de asentamientos irregulares. Desde 1985 empezó la expansión del nuevo

modelo de ocupación del suelo¹⁹ presidido por el alcalde populista Ramiro Gallo, militante del PRE, con el lema “Tierra para los pobres”.

La gestión vecinal y comunitaria fue reemplazada por relaciones clientelares entre pobladores y caudillos locales. Las mujeres a veces se convertían en líderes de estos levantamientos por motivo de tierras, formando coaliciones para atacar a los otros colonos o a los mismos dueños de los terrenos. Se imponían por medio de la violencia, con machetes, palos y piedras. Eran el prototipo de mujeres fuertes, osadas, violentas, que no temían enfrentarse a hombres robustos, agresivos y dispuestos a matar por unos terrenos, pero no eran muchas, porque lo común era que los hombres intervinieran en estas disputas.

Incluso había mujeres que hacían brigadas con la policía para atrapar a delincuentes que venían, según sus testimonios, de la cooperativa popular Plan de Vivienda, todos armados y a matar por los solares. Fue una guerra de años cuyo cese se produjo con la repartición de los terrenos entre las dos cooperativas y con la llegada de una ola de evangelistas que iniciaron campañas religiosas para aplacar la agitación de la gente.

Así, concluimos este capítulo mostrando cómo la estructura de oportunidades era restringida para las mujeres de esta primera generación de madres adolescentes quienes consideran a la maternidad adolescente parte de un rol biológico natural, en una vida que repite constantemente los ciclos pero que, paradójicamente, tiene que buscarse la subsistencia cada día, al ser su condición de clase social el impedimento real para constituir otro tipo de proyecto de vida. Es su condición de precariedad lo que les impide acceder a otro espacio que no sea el campo o la ciudad pero marginal en donde viven en asentamientos irregulares. No hay educación ni control de la fecundidad, no hay trabajo sino en el campo y en la ciudad, minoritariamente, pero en condiciones igualmente precarias.

¹⁹ Se consolidó un movimiento de corte populista que tomó el control ante el crecimiento urbano desordenado, la especulación del suelo y sobre todo, ante la debilidad política y administrativa del municipio. Las invasiones o asentamientos ilegales fueron para la época “de las prácticas más usuales de acceso a la tierra y con líderes al frente” (El Universo 2005, B5).

Capítulo 3

Maternidad modernizante. Segunda generación de madres adolescentes (1990-2010)

3.1. Ser modernas cuando se nace en los márgenes. Orígenes de una cultura urbana

Desde la Revolución Industrial en el siglo XVIII y hacia el siglo XX, se aceleraron los procesos de urbanización a nivel mundial. El término 'urbanización' puede referirse tanto “a la concentración espacial de la población a partir de unos determinados límites de dimensión y densidad (...) como a la difusión del sistema de valores, actitudes y comportamientos que se resume bajo la denominación de cultura urbana” (Castells 1974, 15).

La cultura urbana es “un cierto sistema de valores, normas y relaciones sociales que poseen una especificidad histórica y una lógica propia de organización” (Castells 1974, 97); es el sistema cultural propio de la sociedad industrial capitalista. Lo urbano está asociado a un tipo determinado de producción industrial, al modernismo como sistema de valores y a la ciudad como forma específica de asentamiento territorial. Esto supone, en lo económico, la transición de una economía agraria a una economía de mercado. En lo social, la institucionalización y el desarrollo de grandes organizaciones burocráticas que racionalizan, fragmentan, individualizan y despersonalizan las relaciones sociales.

Es característica de las sociedades modernas concentrar a grandes poblaciones en espacios geográficos que dan cuenta de un alto grado de civilización pero que también revelan, a decir de Castells, la personalidad urbana, todo un sistema de comportamientos no aislados de una estructura social que los genera. Estos sistemas de representación concebidos únicamente desde el lugar de lo cultural son, para Castells, mito e ideología que necesitan ser contextualizados en respuesta a una realidad histórica concreta:

Está claro, hay especificidades culturales en los diferentes medios sociales; pero es también evidente que la delimitación no pasa ya por la separación ciudad/campo, y la explicación, de cada modo de vida exige que se le articule en el conjunto de una estructura social, en lugar de atenerse a la pura correlación, empírica entre un contenido cultural y su asiento espacial (Castells 1974, 106).

De acuerdo con Quijano (1967, 8): “El desplazamiento de la base agrario-extractiva de la estructura tradicional de la producción a una nueva base industrial-urbana” sería el elemento

central de la transición hacia un proceso de urbanización de la economía. En esta transición, crecen los procesos de diferenciación social, pasando de la igualdad de un sistema tradicional del campo (con la salvedad de una estructura de poder y propiedad rural que también produce una sociedad de clases) a una mayor desigualdad entre quienes ostentan y quienes no, los nuevos medios de producción en la ciudad. En la ciudad existen mayores diferencias de estratificación y una mayor complejidad social que se refleja en una mayor movilidad territorial, cambio de ocupación y de posición social que en los contextos rurales.

El inicio de la vida moderna estuvo marcada por el crecimiento de las grandes ciudades, del desarrollo tecnológico, de las comunicaciones y los transportes; la concentración de actividades industriales, comerciales, financieros y de servicios, medios de comunicación, cultura, hospitales, centros educativos y todo tipo de instituciones que han ejercido “cambios en la dirección de los modos de vida reconocidos como urbanos y manifiestos en la gente que, dondequiera se halle, ha sufrido el hechicero influjo que la ciudad ejerce en virtud del poder de sus instituciones y personalidades” (Wirth 2005, 4).

Si lo urbano es el territorio geográfico en donde se concentran las poblaciones de forma espontánea o planificada (Enríquez 2011), lo marginal es un escenario social que priva a los sujetos de las condiciones materiales y simbólicas para su integración social. La pobreza o lo marginal en la ciudad como escenario tiene tres particularidades, según Coraggio 1997 citado en Di Virgilio Otero & Boniolo (2011): acumulación de capital, acumulación de poder político y reproducción de la vida humana; es a partir de ellas que la ciudad se configura como un espacio diferente para pensar la vida y sobre todo las relaciones de poder.

Diferentes campos de estudio han contribuido a pensar el fenómeno de la urbano marginalidad, entre los más relevantes, la Escuela de Chicago que estudiaba los comportamientos psicosociales y culturales de las poblaciones marginales. O la Teoría de la Dependencia que explicaba la marginalidad desde la oposición entre centro y periferia en un sistema capitalista naturalmente excluyente. Entre la década de los 60 y 70, el concepto de marginalidad contemplaba una etapa de tránsito desde lo tradicional hacia lo moderno. A partir de la década de los 80, se estudió a las poblaciones marginales en función de su capacidad de autogestión y movilización social. Y terminada esta década, lo marginal fue la base para una serie de investigaciones empíricas sobre las dinámicas de la informalidad.

Para Doré (2008), la marginalidad es una condición de exclusión que no se puede estudiar como un fenómeno aparte o fuera de la sociedad integrada, sino como una continua interacción con esa sociedad, que es lo que en realidad define a la marginalidad: la calidad de las relaciones e interacciones con lo otro. Materialmente, lo marginal describe a quienes, de una u otra manera, están excluidos del mercado inmobiliario formal, del mercado laboral, del sistema educativo, del sistema político, financiero y por ende de la intervención estatal, de ahí que Doré proponga entender la conducta de estas poblaciones en relación con un contexto social y económico macro.

Ya hemos dicho que la marginalidad significa exclusión, una exclusión que depende también del tipo de modernización que viven los distintos países, puesto que la modernización es el fenómeno que da inicio a masivos procesos de migración que manifiestan sus consecuencias estructurales, geográficas y simbólicas en el territorio. Una modernización ideal implicaría: expansión de la alfabetización, del conocimiento y del acceso a medios de comunicación, educación, salud, vivienda; alta movilidad geográfica y social hacia las ciudades, clases sociales menos rígidas, crecimiento de la industria y del comercio.

Pero la modernización, según la experiencia humana es distinta. En ese sentido, lo marginal es lo que está fuera de esa búsqueda del progreso o lo que está a medio camino entre la búsqueda y el fracaso, pero que nunca alcanza el desarrollo y que por eso es considerado tradicional, premoderno o atrasado. A las poblaciones marginales se les atribuyen ciertas características basadas en diferencias que validan la desigualdad y justifican su inserción fallida en la modernidad. En el caso de las mujeres entrevistadas para esta investigación, su diferencia no es únicamente una diferencia cultural –la mujer costeña–, sino una pertenencia a un territorio geográfica y físicamente distinto, una diferencia económica, de estatus, en otras palabras: de poder, que se ve reforzada por otros mecanismos de desigualdad social.

La modernidad opera bajo una lógica binaria de inclusión y exclusión. Primero, apertura, ofrece, atrae, incentiva al progreso y luego recuerda a los marginados que, aunque existe la posibilidad del ascenso social, “las oportunidades son restringidas y los éxitos frágiles” (Doré 2008, 91). La modernidad no ofrece una igualación real de las oportunidades para que todos puedan acceder, ni ofrece la redistribución de los recursos, sino una recompensa individual. Por eso es que alcanzar la modernidad es un objetivo que “oscila entre el repliegue y el progreso, la esperanza y la frustración” (Doré 2008, 93). Quienes no lo logran terminan

viviendo en un 'no espacio', sin ser parte de ningún grupo: en la marginalidad. Ese es el espíritu del sujeto neoliberal característico de los años 90.

Lo urbano marginal también va demarcando los sistemas de expectativas de la gente, en función de que ofrece una estructura de oportunidades, delimitando lo que las mujeres de un determinado estrato social y lugar geográfico pueden esperar y las posibilidades reales de alcanzarlo. Como se ha dicho, la modernización atrae hacia ciertas expectativas como ser parte del mercado laboral formal o al menos informal (el hecho es tener trabajo), del sistema educativo y de vivienda. Ya asentadas en la realidad de su contexto se les exige reducir sus aspiraciones y niveles de expectativas y vivir el presente sin mayores expectativas de movilidad social, como una forma de adaptación a su realidad.

3.2. Marginalidad urbana regional, nacional y local

En América Latina lo urbano marginal adquiere un carácter relevante a finales de la década de los 50, en ciudades capitales como Santiago de Chile, Lima, Montevideo y Buenos Aires. La década de los 80 fue un período de transición demográfica en toda la región debido a la migración de las poblaciones rurales hacia las recientes ciudades creadas. Pero esta urbanización de la vida rural trajo consigo varias desventajas, como el inminente aumento de la pobreza. En América Latina, el número absoluto de pobres en los 80 había sido del 57%; ya para 1999, había aumentado al 62% (Lattes 1995). Al finalizar la década de los 90, ya no el campo, sino las ciudades, se habían convertido en el escenario más significativo de la pobreza y la marginalidad.

La década de 1990, marcada por una serie de procesos de ajuste económico, privatización y reducción del tamaño del Estado, influyó en la forma de reproducción de las ciudades y los territorios. La concentración de la pobreza, a su vez, generó la exclusión de los pobres urbanos en el acceso a tierras y a servicios antes, de una u otra manera, gestionados por el Estado, generando una mayor fragmentación territorial y concentración de los pobres en los márgenes de la ciudad.

En la época neoliberal existen una modernización y progreso fallidos porque los pobres tienen una frágil o ninguna inserción estructural, sobre todo en el empleo, he ahí el desajuste y la contradicción entre tener expectativas o metas y tener los medios para alcanzarlas. Por estas razones estructurales, crece la segregación espacial y se profundiza en los territorios que

también experimentan la crisis de inversión pública en infraestructuras, la falta de garantías estatales y de recursos privados de sus habitantes para mejorar su situación. En ese sentido, el territorio es la manifestación física y real de la desigualdad económica y social (Di Virgilio, Otero & Boniolo 2011).

Lo urbano marginal para la sociedad industrial tenía un sentido diferente que durante el régimen neoliberal (Enríquez 2011). En el primer contexto, lo urbano marginal era un espacio transitorio o de emergencia que albergaba a mano de obra que sería empleada en la industria y que con ello mejoraría su situación residencial. No obstante, con el neoliberalismo de la década de los 90, las zonas urbano marginales se convirtieron en una constante, en “una condición de vida permanente y global que se mantuvo y acentuó con el tiempo” (Enríquez, 2011, 56) con el objetivo de acentuar las diferencias, en un proceso de creciente globalización y construcción de dualidades, centros y periferias.

Ya en el contexto nacional, aquellos contrastes territoriales “evidencian la configuración del poder estatal centralizado que supone un pacto entre las elites políticas en lo relativo a la distribución del poder, la asignación de los recursos, la existencia de distintos grados de autonomía local y la representación política” (Ibarra 2007, 5). Quito, Guayaquil y Cuenca han sido núcleos de poder regional, esto ratifica la inexistencia de identidades políticas regionales que integren a las otras ciudades,²⁰ más allá de las mencionadas que han concentrado el poder político, incluso por encima del poder económico, ostentado sobre todo por las ciudades de la costa, vinculadas a una mayor producción agrícola y pecuaria.

En el Ecuador, en la década de los 80, el nivel de urbanización fue del 47%, en los 90 aumentó al 55.1% e iniciado el 2000, ascendió al 65.3%. En el contexto nacional tuvo un peso considerable la transferencia de población rural a las ciudades. En el período 1980-1990, el incremento urbano por este concepto fue del 48.3% y en el período 1990-2000, del 50.5%. (Lattes 1995, 56 según informe de las Naciones Unidas al 2000).

²⁰ En el caso de Santo Domingo, al ser una parroquia rural de Quito (hacia 1944) y un cantón de la provincia de Pichincha (hacia 1967), no tenía mayor relevancia política. Varios años más tarde entró en la clasificación de las ciudades intermedias, siendo una de las de mayor crecimiento en el país por su tamaño, dinámica e influencia económica.

En el Ecuador, la pobreza urbana ha experimentado dos puntos muy altos entre los años 1990 (50%) y 1999 (46%) por la crisis financiera. En los hogares urbanos, esta tendencia se manifiesta en tres formas de pobreza:

- Pobres por bajos ingresos e informalidad o pobres recientes, que tienen pocos ingresos y una inserción frágil en el aparato productivo, generalmente es el sector informal, pero no tiene carencias agudas en nutrición, vivienda ni educación.
- Pobres por precariedad habitacional y deficiencia de servicios básicos. Y otros grupos menores a quienes les afectan ingresos bajos, desnutrición y carencias educacionales.

No obstante, la ubicación económica de las poblaciones urbano-marginales que no son nuevos pobres ni han descendido en la escala social a raíz de la crisis, no se hace en ningún lugar. Lo que sí es seguro es que la crisis no afectó a las ciudades ni a las poblaciones de la misma manera, sino que aumentó “las agudas diferencias regionales preexistentes en el país” (Larrea 1994).

En Santo Domingo, durante el periodo 1950-1990, la población de la ciudad se incrementó 75 veces –de 1.498 a 120.000 habitantes– (Centro de estudios Ciudad-ACJ 1992, 11). En la década de los 90, se produjo una segunda ola migratoria de carácter urbano. Para ese año, el 60% de la población total del cantón se había concentrado en la ciudad, de esta manera, Santo Domingo se convertía en la ciudad intermedia de mayor crecimiento y en menor tiempo, a nivel nacional. No obstante, como uno de los desajustes del crecimiento, “al tiempo que la población urbana crece, la concentración de la pobreza en la misma se agudiza: en la década de los 90, Santo Domingo comparte con las ciudades de la costa los mayores índices a nivel nacional de pobreza urbana (83%)” (Hidalgo 1999, 195).

Santo Domingo inició sus procesos de urbanización gracias al cooperativismo de vivienda que tuvo un rol fundamental entre la década de los 60 y 70. Con el nuevo modelo de ocupación del suelo mediante invasiones y asentamientos irregulares, presidido por el alcalde Ramiro Gallo desde mediados de la década de los 80 y apoyado por otros alcaldes, entre ellos Kléber Paz y Miño, alcalde en los periodos 1978-1984 y 2000-2004, se agravaría la situación de los pobres urbanos, quienes con el neoliberalismo de la década de los 90, tras haber resuelto su

problema inicial de acceso a la vivienda, tuvieron que autorganizarse para solventar el problema de infraestructura y servicios básicos hasta donde la política clientelar no llegaba. Con el cooperativismo de vivienda, las obras básicas de urbanización eran asumidas por estas organizaciones que trabajaban con los aportes económicos y de trabajo de los socios, a través de un modelo autogestionario para la dotación de obras, infraestructura básica y servicios. En la década de los 90, “como consecuencia de la crisis económica, se aprecia un agotamiento de este potencial de aporte” (Hidalgo 1999, 90). De modo que las cooperativas de vivienda empiezan a gestionar y a tramitar las obras que necesitan con las autoridades municipales de turno, siendo agentes intermediarios que piden obras y servicios y facilitando las relaciones clientelares.

Con el modelo de invasión de tierras que tiene auge en toda la década de los 90, se termina la organización vecinal como eje de gestión local y barrial. Antes, eran los vecinos quienes hacían mingas para la dotación de servicios, sin esperar las acciones del Estado o del municipio y sin necesitar recibir las ofertas de los políticos de turno. Había una comunidad vecinal fuerte que se disolvió con el neoliberalismo y las nuevas formas de asentamiento territorial en donde los individuos estaban cada vez más solos frente al poder del mercado: migrantes, desempleados o subempleados y sin vivienda ni ningún tipo de protección social.

Mientras tanto, para Kaztman y Retamoso (2005, 132) los barrios son: “contextos ecológicos que mediatizan el acceso de las personas a las fuentes más importantes de activos físicos, sociales o humanos localizadas en el mercado, en el Estado y en la comunidad”. Estos recursos se encuentran organizados en mecanismos instrumentales, que son las condiciones materiales que limitan o permiten la acción del individuo. Y mecanismos de socialización, que son modelos de rol, patrones comunitarios de conducta, procesos de socialización institucional y el grado de exposición de las personas a imágenes, hábitos, comportamientos y discursos determinados.

De acuerdo con estos autores, el grado de influencia de los barrios urbano-marginales en los comportamientos de sus pobladores, se relaciona con que estos grupos, al ser más vulnerables a la reducción de otras vías de pertenencia, están más expuestos a la influencia del contexto. Primero, por la cercanía –el barrio es el primer contexto de socialización luego del hogar– que “opera como fuente de reconocimiento, de sociabilidad y de formación de identidades” (Kaztman y Retamoso 2005, 141).

Más aun durante la adolescencia, período crucial para la acumulación y consolidación de activos y oportunidades de vida (Sierraalta 2008). En efecto, es la socialización en los barrios la que complementa la labor de otras instituciones socializadoras como la familia y la escuela. Segundo, por el estatus social del barrio, que confiere una serie de accesos o limitaciones. Y tercero, por la trama socioinstitucional, es decir, por las interacciones entre pobladores e instituciones.

3.3. Entre el campo y la ciudad: la fantasía del progreso

De las mujeres de la segunda generación entrevistadas, el 58% tuvo madres dedicadas exclusivamente a los quehaceres domésticos y el 42%, madres dedicadas a las tareas del hogar y al trabajo remunerado como empleadas domésticas o en comedores, simultáneamente. Este es un indicador de que fueron socializadas en un modelo de género que priorizaba las tareas de cuidado y los trabajos feminizados como proyecto de vida. Durante la infancia, un 58% se dedicaba a la educación y a las labores domésticas, mientras que durante la adolescencia se fue desplazando el lugar de la educación (25%), quedando los quehaceres domésticos (42%) y el trabajo (33%) en primer lugar.

El 75% de las entrevistadas todavía tuvo padres agricultores, aunque ellas, generalmente ya no son de origen campesino. Ese pertenecer al campo y después a la ciudad, a partir de una serie de procesos de migración y de movilidad territorial, explica que aunque la reacción de la familia ante la primera unión de pareja fuera de normalización en un 67% y ante el primer embarazo, lo mismo en un 92%, las mujeres sí se vieron expuestas a consecuencias no favorables ante la maternidad adolescente, como ser aisladas del sistema educativo por haber entrado antes en un rol de adultas (casarse y tener hijo).

La trayectoria espacial de las mujeres de la segunda generación contempla a un 100% cuyo origen es la costa ecuatoriana (67% de la provincia de Manabí; 25% de la provincia de Esmeraldas; y 8% de la provincia de Los Ríos). El 25% es de origen rural. Migran hacia Santo Domingo, el 67% por trabajo y el 33% por obtener una vivienda propia o un espacio gratuito o a bajo costo en donde vivir. En un 25% se trata de un proyecto familiar propio y el otro 75% de un proyecto familiar de sus abuelos, padres o tíos, con quienes se asientan en Santo Domingo. De esta manera, vemos cómo la falta de trabajo en sus lugares de origen se convierte en el móvil de estas migraciones hacia un centro urbano de reciente conformación en aquella época.

Su trayectoria de movilidad territorial previa a ubicarse en Santo Domingo, incluye una migración rural o intraurbana de entre 4 y 6 ciudades o barrios (75%). La forma de su asentamiento en la nueva ciudad es 67% en casa de familiares (padres o suegros), en terrenos prestados o cedidos y 25% en terrenos invadidos con el apoyo de familiares. Esta estructura de oportunidades que, de alguna manera encontraron les permitió salir del campo a la ciudad buscando el progreso, queriendo alfabetizarse, ser incluidas en el mercado laboral, vivir en la ciudad y tener contacto con referentes que les eran desconocidos en el campo y que se iban convirtiendo en formas de movilidad social y de adelanto simbólico.

3.4. El trabajo como amuleto. Sobrevivir al neoliberalismo en la ciudad

En América Latina, las décadas de los 80 y 90 se caracterizaron por el cambio de un modelo económico proteccionista hacia un modelo neoliberal de privatización, mercantilización, desregulación y liberalización de la economía (Harvey 2007 citado en Dasten 2017). Esto produjo una serie de fenómenos vinculados como el aumento de la pobreza, la desigualdad y la polarización social. En el mercado de trabajo, algunos de los efectos fueron la flexibilización, la inestabilidad laboral, bajas remuneraciones y el crecimiento del sector informal.

En política social primaron la privatización y el déficit en los sistemas públicos de salud y educación, además de la pérdida de garantías de protección social por reducción del tamaño del Estado, lo que condujo al aumento de la vulnerabilidad, el riesgo y la incertidumbre, sobre todo en ciertas poblaciones de clase media, baja y evidentemente en las poblaciones marginales. Nos referimos, entonces, a la instauración de la precarización a todo nivel.

Una sociedad precaria es, para Dasten, una sociedad “donde la reproducción social se ve afectada por deficiencias estructurales en la satisfacción de las necesidades básicas, así como en la insuficiente/inexistente consagración y ejercicio de derechos sociales y la colonización de los mecanismos de regulación social por el dinero” (Dasten 2017, 12) haciendo que la vulnerabilidad social y la fragmentación sean mecanismos de la precariedad.

Esta precarización de la vida es asumida por los sujetos de forma individual, es decir, cada uno asume sus riesgos y busca las estrategias para asegurar la reproducción de la vida: “El neoliberalismo es un modo distintivo de razón, de producción de sujetos...” (Brown 2017, 57). Paradójicamente, el triunfo de la autonomía y de las capacidades individuales, la

privatización y defensa de lo privado son características del neoliberalismo, en un contexto de desprotección social, precariedad laboral, desempleo y fragmentación social.

En 1998, en 13 de los 18 países de América Latina, el salario mínimo fue inferior a la década de los 80 y el número total de pobres superó los 220 millones de personas (CEPAL, 2000). A más del aumento de los desocupados, los nuevos trabajos creados eran informales. De cada diez empleos creados entre 1990 y 1997, siete pertenecían al sector informal. En efecto, la informalidad es parte de lo que Antunes (2012, 47) llamó “la nueva morfología del trabajo”. Entre 1990 y 1997, en Santo Domingo, la participación femenina crece aceleradamente de 40.7% a 45.4%. De las 25.463 mujeres que al censo del 2001 formaban parte de la PEA, el 11.3% eran adolescentes de entre 15 y 19 años y el 40.8%, de 20 a 34 años, que son dos de las cifras más representativas del total de la PEA, por lo que identificamos que en el mercado laboral local había una población importante de mujeres adolescentes en esta categoría.

No obstante, las condiciones de incorporación de la fuerza de trabajo femenina profundizaron las diferencias sociales entre hombres y mujeres por las características de su inserción: segregación ocupacional, precarización del trabajo y discriminación salarial (León 1992). En Santo Domingo las principales ramas de actividad en las que participaban las mujeres eran el comercio (6.754) y otras actividades (12.208); y por grupos de ocupación, trabajadoras de los servicios (6.936) y trabajadoras no calificadas (7.472), que según la clasificación nacional de ocupaciones, son trabajos sencillos hechos con ayuda de herramientas manuales y algún esfuerzo físico como: vender mercancías en las calles, limpiar, lavar, planchar ropa y tareas relacionadas con agricultura, pesca, construcción e industrias manufactureras (INEC 2012).

Según los datos obtenidos de las entrevistas a las 37 mujeres de este estudio, el 75% empezó a trabajar en la adolescencia temprana, entre los 11 y 15 años, mayoritariamente como empleada doméstica-niñera (58%) o en otros servicios en la ciudad, desplazando al trabajo en el campo. Las cifras locales también indican que las actividades de agricultura y ganadería están representadas por una mayoría de hombres y ya no de mujeres. Mientras tanto, las mujeres han migrado al mercado laboral de los servicios, del comercio informal y como trabajadoras no calificadas. De ahí que empiece a tomar gran importancia su incorporación al sistema educativo, para contar con alguna formación básica, técnica o profesional que les permita ganar mejores remuneraciones y alguna mayor estabilidad en el trabajo.

Las que no, se convierten en trabajadoras informales más inestables que prestan sus servicios por temporadas y sin ningún tipo de cualificación (y que además son una extensión de sus tareas domésticas y de cuidado) lo cual no perciben como una completa desventaja sino como una forma de ganar algo de dinero para la subsistencia cotidiana, sin tener que invertir tantos recursos (dinero, tiempo, esfuerzo) en educación, dada su condición de migrantes precarizadas:

¿Su primer trabajo cuál fue? Fue de niñera. Tenía 12 años. Me gustaba ese trabajo porque no era difícil. Era fácil: solo tenía que cuidar a un bebé y así, tenerlo, cuidarlo, darle el biberón, cargarlo por ahí paseando, así (Yosselin Hurtado, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

No obstante, como varias de estas mujeres provienen del campo, también están acostumbradas a hacer trabajos fuertes y a cambiar de lugar y de empleo desde muy jóvenes:

Mi primer trabajo fue machete en la finca, desde muchacha. Y el primer trabajo, trabajo fue en una casa, a los 7 años, con mis hermanas. Trabajábamos en Chone, Bahía, Manta, en todas partes trabajábamos. Desde ahí fui trabajando como empleada doméstica y en el campo (Nuvia González, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Para esta segunda generación, el trabajo es el motivo principal de la migración a Santo Domingo, seguido de la necesidad de vivienda, cuya principal forma de asentamiento es vivir en casa de familiares que ya están asentados en esta ciudad y que les consiguen lotes de terreno o prestan espacios para vivir con sus familias. Pero fundamentalmente, la migración sigue siendo un proyecto familiar y quienes vienen en busca de trabajo son sus maridos y ocasionalmente ellas, que más bien están encargadas del cuidado de sus hijos y de la casa. El hecho de que las mujeres trabajen se convierte, a menudo, en una “penosa” necesidad que atraviesan los hombres, quienes conservan la idea de que es él quien provee para el sustento de la familia. Ese estatus y condición de desocupadas o desempleadas lo podían mantener en el campo, pero ya no en la ciudad. Un 58% de las mujeres entrevistadas piensa que en esa época el trabajo servía para cubrir los gastos de alimentación en la ciudad, una vez que ya no tenían las ventajas del alimento en el campo y para la educación de sus hijos (42%).

Ahora es urgente trabajar para sobrevivir. Aun la mujer se empieza a incorporar al mercado laboral para contribuir al sostenimiento familiar y, aunque no lo haga por decisión propia o por decisión de su marido, piensa que es muy necesario. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que es el hombre quien mantiene el hogar (33%) o que ubica a los hijos como impedimento (25%). Además, el trabajo es símbolo de autonomía e independencia respecto del marido. La mayoría de ellas (83%) solo se ha dedicado a los quehaceres domésticos y el 16% al trabajo externo como subempleo y a los quehaceres domésticos, simultáneamente (16%) (Ver tabla 2, p. 112).

El trabajo es una de las áreas más móviles no solo para las mujeres que migran de un lado a otro por el trabajo de sus parejas sino por sí mismas, por ser una primera condición que genera inestabilidad en todas las demás áreas de su vida. No pueden estudiar o trabajar de forma continua; tampoco sus vínculos y relaciones son estables. Y además, porque como se ha expuesto, ni el presente ni el futuro están garantizados en una época neoliberal cuando:

El crecimiento económico es desigual, provoca desequilibrios, es productor de pobres. De nuevos pobres, diferentes de los que quedaron rezagados en los pueblos, caseríos y campos apartados [como las de la primera generación que no llegaron nunca a la ciudad]. En las ciudades, principalmente, surgen de la atracción producida por la modernización urbana y también, y de modo creciente, por el deterioro de los medios urbanos. Se combinan formas antiguas con modernas. No se produce automáticamente el equilibrio, el derrame de los beneficios (Bengoa 1996, 90).

Sin embargo, la precariedad no es una condición nueva en este grupo, a partir de los ajustes de la época neoliberal, sino que es más bien una condición de vida preexistente. La incorporación de estas mujeres al mercado de trabajo servía para ayudar a mantener a sus familias y también para pagar ellas mismas su educación, sobre todo entre estos años en que todo se privatizaba; de modo que la carga de trabajo doméstico y extradoméstico era mayor, sumada a las exigencias educativas de la época.

Cuando tenía unos 14 años, trabajé en Balzar mismo como empleada de casa (...). Yo estudiaba y trabajaba, mediodía una cosa y mediodía la otra. En ese tiempo me pagaban USD 50 quincenal. No me alcanzaba por lo que tenía que pagar los estudios, ayudar a mis papás. Era difícil (Marlene Campos, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Aunque en la década de los 90s en Santo Domingo se incrementa la participación femenina, algunas de las entrevistadas, sobre todo las que venían del campo o de pueblos y lugares más pequeños, manifiestan que cuando migraron se encontraron con muchas dificultades para conseguir un empleo, situación ante la cual, caen en la desocupación o deciden, varios años más tarde, emprender alguna actividad o negocio propio, cuando cuentan con los medios.

Yo antes en los lugares donde había ido siempre había trabajado. Estando en Santo Domingo ya no volví a trabajar. Aquí es muy difícil conseguir trabajo. Si no es de ama de casa y alguien que verdaderamente te conozca o tenga bastante experiencia. (...) Ya no quiero andar así porque he metido harta carpeta y no me salió nada. Dicen que lo que no es para uno, no es para uno. En esos locales de venta querían pero con experiencia de dos años. Y era difícil. Ya pues, ¿qué más toca? Ahora no trabajo. Por eso decidí nomás poner aquí en el patio de la casa un gabinete de belleza. Me metí a un curso de cuatro meses y por ahí sí aprendí algo (Marlene Campos, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Encargar el cuidado de los hijos ha sido una de las estrategias más utilizadas por las mujeres de esta generación para tener la posibilidad de incorporarse al mercado laboral o educativo, siempre y cuando el número de hijos y el tiempo de gestación entre el uno y el otro se los permita. Ya estudian porque están conscientes de la influencia de la educación en la obtención de un trabajo mejor remunerado, con una menor jornada y mejores condiciones laborales. Ante todo, ponen en una balanza el trabajo y la maternidad, considerando si el pago que van a obtener por su trabajo justifica dejar solos a sus hijos:

Hasta mi esposo me dice que estudie, que él me va a dejar pero no quiero yo. Ahora digo no, para qué estudiar. Pero a veces se me complica porque yo digo, si uno no tiene estudios y trabaja en la cocina, no se gana bien, apenas pagan USD 5 diarios y se trabaja de 6 a 6, todo el día. Y yo digo “dejar a mis hijos todo el día solitos por USD 5, ¡no!” (Mariuxi Mendoza, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

En estas poblaciones urbano-marginales, ya en la ciudad, su anhelo de modernización nace del tipo de vínculos y relaciones que estas mujeres empiezan a tener en sus trabajos, lejos del barrio en donde la pobreza se ha concentrado y donde sus vecinos son socialmente homogéneos.

Siempre he trabajado cocinando. Me gustan los comedores, los restaurantes, lavado, limpieza de casa... esos han sido mis trabajos. Aunque yo siempre pensaba que quería ser una profesional, ser alguien superior con un cargo. Yo veía a los patrones con los que trabajaba y yo me daba cuenta. Yo decía: ¿Cómo hago para salir adelante yo sola, sin que nadie me ande mandando? y yo quería tener mi trabajo propio” (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

En ocasiones, el apoyo de los jefes sustituye al apoyo, el consejo y la instrucción de los padres que, ausente, las mujeres reprochan como causante de que no pudieran elegir otra forma de vida, de trabajo y de familia.

En Guayaquil trabajé cinco años como empleada doméstica y ellos también me querían mucho, me daban todo el apoyo pero a uno siempre le queda haciendo falta el apoyo de sus padres porque si ellos me hubieran apoyado, yo fuera otra, hubiera podido estudiar, tuviera un buen trabajo y no tuviera este poco de hijos que tengo (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La maternidad modernizante implica que las madres no rechacen a sus hijos pero sí que amplíen sus expectativas de vida más allá del rol de la maternidad. Estudiar, trabajar, ser audaz y decidida, no tolerar el maltrato, son valores asociados a una reelaboración de la identidad respecto de la generación anterior, significa no repetir la historia de sus madres y abuelas y aunque algunas de las entrevistadas no cumplen con todas estas condiciones, al menos sí con alguna que les permite comprender que pueden rectificar y replantear al menos una parte de su proyecto de vida.

Cuando miré para atrás ya era tarde para arrepentirse. Yo decía: “¿Para qué me metí con marido?”, pero ya había metido la pata y ya tenía a mis tres hijos. Si pudiera retroceder el tiempo no me casaría y seguiría estudiando y no me dejaría como antes que yo me callaba y no estaría aguantando tantas tonteras. Empecé a defenderme ya cuando empecé a trabajar (Ana Vélez, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Asimismo, existen unos sentidos por los que luchan las mujeres de esta segunda generación, en su deseo de ser modernas, como las mujeres de la ciudad y como sus jefas. Incluso existe

la idea de que el cuidado de los hijos no es responsabilidad exclusiva de sus madres, con lo cual se replantea el rol tradicional de la mujer cuidadora.

A veces los hombres dicen que las mujeres tienen que estar solamente en la casa y son machistas. Pero las mujeres también pueden trabajar, pueden sacar a un hogar adelante, no solo ellos. No lo veo justo que la mujer solo pase metida en la casa. La mujer también puede trabajar, si a ella le gusta, más que todo. Si tiene hijos, pagar a alguien para que se los cuide. La verdad cuando yo empecé a trabajar, mi patrona me conversaba, me daba consejos. Me decía que no me case, que trabaje, que estudie a mis hijos, que los hombres van y vienen y yo trabajo, les doy las cosas a mis hijos, los estudio (Jennifer Vera, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

De las mujeres entrevistadas han trabajado, sobre todo, prestando sus servicios como cocineras, limpiadoras, empleadas domésticas, camareras, niñeras, meseras; con bajas remuneraciones y cobrando al diario. En ocasiones esto era una desventaja, puesto que no les permitía ahorrar sino que recibían el dinero y lo gastaban al momento. Era como trabajar para comer y para sobrevivir.

3.5. Educación: redención de las marginadas y estigma de las modernas

En 1992, con el gobierno de Sixto Durán Ballén, se focalizaron los recursos y los accesos a la política social hacia los sectores más excluidos, causando tal medida asistencialista que bajara el alcance de la cobertura educativa y que se produjera un estancamiento de la matrícula en el nivel primario. A su vez, las políticas educativas del Ministerio de Educación iban siendo reemplazadas por políticas diseñadas y ejecutadas por el BID, el Banco Mundial y otras ONGs que invirtieron en obras de infraestructura y en capacitaciones discontinuas a docentes, mientras el Estado reducía su financiamiento y cobertura.

A partir de 1996, una serie de factores como la inestabilidad política y la caída en los precios del petróleo, incidieron en una crisis económica y financiera mayor que repercutirían también en la caída de la inversión pública en educación, siendo los bancos quienes continuaron sustentando algunas de estas políticas. Paradójicamente, entre 1999 y 2000 se ejecutó el Plan Social de Emergencia como una medida de protección social a los más pobres. Además, se impulsaron programas como Redes Amigas, alimentación y beca escolar, mejoramiento de las escuelas unidocentes y de las escuelas interculturales bilingües.

No obstante, según datos del Banco Central del Ecuador, las tasas de inversión educativa en relación al PIB revelan que para inicios de la década de los 90 se invirtió el 2.3% del PIB en educación y para inicios del año 2000, este alcanzó su nivel más bajo, con el 1.7% (SIISE, BCE citado en Luna 2014), cuando a inicios de la década de los 80, con el gobierno de Roldós Aguilera se había invertido el 5.4% del PIB en este rubro. El Consenso de Washington acabó con la universalización del acceso a la educación, orientándola como un servicio que requiere de una gestión eficaz y no de una mayor expansión. El modelo neoliberal acusaba a los sistemas educativos latinoamericanos de haber crecido cuantitativamente “sin garantizar un consecuente crecimiento cualitativo” (Gentili 1998, 106), a manos de estados populistas, ofreciendo como solución la privatización de la educación.

A su vez, existen otros criterios vinculados a esta crisis de calidad que argumenta el neoliberalismo, como la necesidad de convertir al sistema educativo en un mercado regulado siguiendo los principios de flexibilidad y supuesta democracia y a la educación en una mercancía a la que únicamente acceden quienes pueden pagar. Es así que el modelo neoliberal apuesta por la institucionalización de la competitividad, el mérito y el esfuerzo individual de las personas.

Se trata, en definitiva, de transferir la educación de la esfera de la política a la esfera del mercado, negando su condición (real o hipotética) de derecho social y transformándola en una posibilidad de consumo individual, variable según el mérito y la capacidad de los consumidores (...) Lejos de ser un derecho del que gozan los individuos dada su condición de ciudadanos, debe ser transparentemente establecida como una oportunidad que a los individuos emprendedores, a los consumidores responsables, se les presenta en la esfera de un mercado flexible y dinámico (el mercado escolar) (Gentili 1998, 108).

Estas medidas de ajuste implicaban que fueran las familias quienes asumieran los costos de la educación privada o de la educación pública privatizada directa o indirectamente. Las clases empobrecidas y las de origen rural eran las más perjudicadas porque dejaban de ser beneficiadas tanto por la expansión de la educación que se frenaba como del mejoramiento en la calidad de este servicio que nunca recibían.

A mediados de la década de los 90 e inicios del nuevo siglo, se cayó en un período de estancamiento cuyos resultados fueron el aumento de la deserción escolar y la exclusión de

una parte importante de la población del sistema educativo por motivos económicos, dado que el deterioro de la educación pública desencadenó en el crecimiento de la oferta educativa privada que restringía el acceso solamente a quienes podían pagarla.

En Santo Domingo, el balance de esta década neoliberal se puede observar en los resultados del censo de 2001 que contemplan que la tasa de analfabetismo para el área urbana estaba en 7.8% para las mujeres, frente al 6.4% de los hombres. En el área rural, las tasas eran mayores: las mujeres registraron un 13.1% y los hombres un 12.2%. De 90.399 mujeres registradas en el área urbana, 46.042 (51.9%) cursaron la primaria, 25.736 (27.7%) la secundaria y 5.109 ninguna (5.1%). En el área rural, de 35.670 mujeres, 21.916 (61.6%) estudiaron la primaria, 5.127 la secundaria (13.9%) y 4.696 (12.8%) ninguna.

De las mujeres entrevistadas, el 67% estudió la primaria, generalmente incompleta. Un 33% hizo la secundaria incompleta y otro 25% tomó cursos prácticos feminizados en academias. El 25% estudió en modalidad presencial y el 8%, a distancia o ya siendo adultas. Entre quienes estudiaron, el tipo de formación que recibieron fue el 67% teórica en un nivel básico y el 42% práctica y en oficios técnicos que ellas mismas eligieron por gusto propio (33%) o porque no había otra opción de estudio (42%). El 58% abandonó la educación ante su primera unión de pareja y primer embarazo, estragos físicos y estigma, el 33% ya lo había abandonado antes por dificultades económicas y logísticas. Respecto a los sentidos que las mujeres otorgan a la educación, en un 58% lo consideran útil para tener mayores posibilidades de acceder a un empleo.

Si bien es cierto, las mujeres de la segunda generación que migran del campo (en un 25%) o de algunos otros poblados o ciudades (en un 75%) a Santo Domingo, no lo hacen por educación sino el 67% por trabajo (generalmente de sus maridos) y el 33% por obtener una vivienda propia o un espacio en donde vivir, la educación sí tiene un lugar deseado aunque no prioritario en sus proyectos de vida, dentro de sus expectativas individuales y de desarrollo personal. A partir de las entrevistas que presentamos, se puede notar el contraste entre un pasado y la experiencia en un contexto de ruralidad y un anhelo de un presente y de un futuro en donde la educación es una de las claves de la vida moderna en la ciudad.

Mi marido se enamoró de mí, él me dijo que iba a ser mi esposo, pero yo no tenía conocimiento de qué era tener una relación con un hombre, nada, porque yo era muchacha

del campo. Él me decía que mis papás no me iban a dar lo necesario y para sobrevivir me tocaba trabajar. Él me decía “quién te va a dar un estudio”, entonces yo ahí me dejé convencer, porque nadie me iba a dar el apoyo que yo necesitaba y a mí me gustaba estudiar. Sí me gustaba el campo pero a veces no me gustaba por la razón de que yo decía “allá quién me va a estudiar”. A mí siempre me gustó ser costurera, ser enfermera y nunca salieron las ideas que yo me imaginé. Nomás avancé hasta cuarto grado, por eso medio-medio sé leer y escribir (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La misma entrevistada cuenta que el dinero en esa época se había vuelto muy necesario en el campo para la subsistencia y para la adquisición de bienes y servicios que en el medio rural no se conseguían o que se conseguían a algún costo, como la educación que no podían cubrir:

Mis padres me decían que no, que no había plata. Éramos 12 hermanos, cinco mujeres y el resto hombres. No había plata para darme todo lo que pedían en la escuela, entonces yo me avergonzaba y lloraba con mis compañeros. A mis hermanas menores sí les dieron el colegio pero yo no pude estudiar. Y mi marido luego de que ya me vine a la ciudad con él me dijo “yo tampoco te lo puedo dar”, cuando me había ofrecido. Pero yo con mi embarazo igual quería seguir estudiando. Él se portó tan mal que desde ahí yo le cogí fastidio y no le di más hijos. No lo miré a ver más y yo crié mi hijo y lo estudié, sola (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Este relato nos aclara que el problema, pese a la posición de clase social y al elevado número de hermanos de la entrevistada, no era la falta de infraestructura (había una escuela y la adolescente asistía) hasta que ya no pudo pagar los valores que le pedían y tuvo que abandonarla. Estudió hasta cuarto grado y luego la deserción escolar y la frustración porque su anhelo de estudiar y de obtener algún grado de movilidad social a través de ello, se vio interrumpido y no por su embarazo adolescente sino por la falta de recursos económicos para cumplir con sus propósitos. En la cita anterior la mujer se siente tan defraudada por su marido debido al ofrecimiento no cumplido que decide “no darle más hijos”, coexistiendo una cierta autonomía y capacidad de decisión sobre el vientre con la idea de que una mujer “le da” hijos a su marido, como la tierra que entrega sus frutos a quien la siembra.

En otros lugares, la falta de cobertura educativa sí era un problema, por lo que las mujeres en algunas ocasiones, se veían obligadas a migrar a otros lugares y la mayoría de las veces, a

quedarse sin estudiar, esto debido también a la falta de recursos económicos para solventar ese cambio. Ante la escasez de las familias entre estos años en el Ecuador, algunos colegios privados como en el que estudió la adolescente de la entrevista contigua, otorgaban becas y materiales financiados con ayuda internacional, en este caso, el colegio religioso Cristo Redentor.

Además, en esta segunda generación encontramos que las adolescentes casadas o embarazadas, si bien no eran formalmente rechazadas tampoco eran amparadas desde ningún marco legal que se refiriera al derecho a la educación. Las adolescentes soportaban el estigma y la vergüenza de estar viviendo entre un rol de adultas (tener marido o la maternidad) y un rol (la educación) que desde el marco normativo era el adecuado para su edad.

Hasta tercero estudié en un colegio de monjas porque nomás había hasta tercero y de ahí me pasaron al otro colegio, al Moisés Games González, en Viche. Estudié hasta quinto, informática y luego ya no me quisieron recibir, como ya me metí a marido. Dijeron que no porque como era colegio de señoritas que no iban a incluir a una mujer que ya tuviera marido, no es como ahora que usted sale embarazada y sigue estudiando. Era colegio fiscal y no quiso el doctor. No estaba ni embarazada yo, solo que tenía marido. Les rogué que me dejaran terminar el último año pero dijeron que no y ya pues, los otros colegios quedaban en Esmeraldas. De ahí ya no estudié porque ese era el único que había hasta sexto curso ahí (Yoconda Macías, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Lo mismo ocurre con otra mujer de esta generación que describe que en la época de su adolescencia y en su entorno no era común ver casos de adolescentes embarazadas en el colegio que, por lo demás, habría sido una especie de incentivo, de no sentirse “rara”, sola, o la única estigmatizada, para continuar estudiando. Por esa misma razón, ella decidió abandonar los estudios:

Dejé el colegio después de mi embarazo porque ya me junté con mi esposo y ya no quise ir y ya salí embarazada y yo decía que iba a andar barrigonota ahí en el colegio y ya no fui. ¿Y no tenía compañeras que estaban embarazadas? Mientras yo estudié, no; sino sí hubiera seguido ahí. De lo mío nadie se enteró (Yosselin Hurtado, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

El embarazo adolescente, que en América Latina empezó a ser concebido como un problema de salud pública desde la década de los 80 y que en el campo todavía se vivía de manera totalmente normal, empieza a ser visto de manera conflictiva en la ciudad. De ahí que las mujeres que migraron del campo a la ciudad, sintieran vergüenza de exponerse en esa condición (embarazadas) frente a la familia, al barrio y al colegio.

La mala experiencia escolar de algunas de estas adolescentes por ser juzgadas como adultas condicionaba su permanencia en el sistema educativo. A algunas de ellas les marcó hasta el punto de no querer retomar los estudios, condición que años más tarde repercutiría en su futuro. Renunciar a la educación significaba renunciar a toda una serie de expectativas y anhelos de modernizarse, de progresar, de pertenecer y sentirse integradas en las dinámicas de la ciudad como se evidencia en la siguiente entrevista:

Estudí la primaria nomás y no la terminé. El colegio no. Yo no quería estudiar porque en el tiempo de antes se burlaban porque yo ya tenía niños y era casada (ahí tenía 2, ahorita tengo 5 hijos). En la escuela ya nadie quería juntarse con uno, decían “no te juntes con ella porque ella te va a enseñar cosas de grande”. A veces los profesores hasta se querían proparar con uno. Eso me afectó bastante y dije no estudio más, solo me voy a dedicar a mis hijos y a trabajar, o sea, ahí dejé todos mis sueños (Mariuxi Mendoza, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La contradicción entre el anhelo de modernizarse y las posibilidades reales de conseguirlo, es una constante en esta generación. Quienes no cuentan con los medios económicos para financiar la educación, se frustran al comparar su historia de vida con las posibilidades de movilidad social que sí pueden tener otras compañeras, en este caso, de una clase social distinta. Recordemos que el colegio Cristo Redentor, en donde pudo estudiar una de las mujeres entrevistadas en su adolescencia gracias a una beca, era privado y que sus compañeras sí tenían posibilidades de costear y elegir educarse en otras ciudades. En el caso del colegio fiscal, sucedía algo similar aunque la situación era menos homogénea porque no todas continuaban estudiando:

Yo tenía tantas amigas, siempre he sido amiguera. Era tan bonita la experiencia en el colegio que yo hasta lloraba cuando me negaron el colegio pero yo dije, todo por mi culpa, ¿por qué no terminé? Algunas que quedaron se graduaron, otras se fueron a otros colegios. En ese colegio fiscal que le cuento no había chicas embarazadas en esa época, todas solteras, peor

en el religioso. De ahí fue que nos separamos todas las compañeras. Cada cual se fue a estudiar a otro lado. Las que tenían plata se iban a Esmeraldas, a Quinindé. Yo también quería irme a Quinindé, a otro colegio bien bonito al que todas mis amigas se fueron pero no me mandaron. Mi mami nos decía que allá no íbamos a estudiar, que íbamos a vagar, las vecinas le metían cuentos. Me quedé yo de todas las compañeras; se fueron casi la mayoría (Yoconda Macías, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La segunda generación de madres adolescentes estudiaba pero simultáneamente trabajaba para cubrir los gastos de su educación. Y no solamente se educaba en modalidad presencial sino, con frecuencia, a distancia para aprovechar por completo sus tiempos. La adolescencia no es para ellas una etapa de moratoria social o de indefinición respecto a sus proyectos de vida.

Una vez en la ciudad, es necesario insertarse a las nuevas dinámicas de la vida formal: buscar un empleo, educarse, formar una familia, todo bajo el nuevo discurso de la mujer y la madre moderna que además es fuerte, resiliente, que se adapta a un contexto económico de crisis, buscando uno o dos trabajos a la vez, estudiando los fines de semana o como pueda, enfrentándose sola, como sujeto individual a este escenario de inestabilidad que no conocieron en el campo pero con el que están familiarizadas desde que iniciaron su trayectoria de movilidad espacial en busca del progreso.

Son mujeres cuyas trayectorias de vida son altamente móviles. Se trasladan de un lado a otro a causa de que sus maridos trabajan en empleos temporales, como subempleados y son objeto de una constante migración interna (antes de llegar a Santo Domingo estuvieron en por lo menos 4 a 6 barrios o ciudades diferentes), de modo que la movilidad territorial también es otro de los motivos de la deserción escolar porque no tienen estabilidad de ningún tipo para afianzar ningún proyecto de mediano y largo plazo. Aunque deseen estudiar, como la educación es un proyecto de mediano y largo plazo (según si es la primaria, el bachillerato o un curso), la necesidad inmediata se impone: subsistir, comprar el alimento y si trabajan, ayudar a sus maridos a mantener a sus familias.

Por otra parte, el tipo de formación que recibían en esta época era más práctica. Fue un tiempo de auge de las academias (como la academia CREC) y centros de educación que ofrecían

cursos cortos (de tres y seis meses) de contabilidad, secretariado, pastelería, belleza, costura, que para algunas mujeres sustituía a la educación secundaria y que eran de bajo costo o a veces gratuitos, cuando eran patrocinados por alguna institución como el municipio.

Yo solo terminé la escuela. Tomé un curso de costura como hace 3 años atrás en esos cursos que da gratis el municipio. Uno hace 3 meses y aprende y he aprendido, sí sé coser. Eso es lo que más me encanta. Yo desde niña cosía a mano porque me gusta. Lo que quisiera es tener mi propio taller. Creo que cuando a uno le gusta algo, uno le pone todas las ganas para aprender. La máquina me falta. El otro día hice conjuntos de dormir y los vendí y ya con eso me ayudaba (Mujer de 35 años, 2G de madres adolescentes, entrevista personal).

Las mujeres que estudiaron el colegio recibieron más formación teórica (“era medio aburrido y pesado” entrevista a mujer de 35 años) que práctica, a diferencia de las mujeres que estudiaron estos cursos o en academias que valoraban más bien lo pragmático y lo útil que podría ser lo que estaban aprendiendo. La formación es buena cuando sirve para algo, sobre todo, si ello contribuye a que puedan tener su propio negocio.

¿Y la formación que recibían en el colegio era teórica o práctica? Era más materia, a veces aburría mucha materia, como que a veces materia y materia y uno no practica, a veces ni aprende, no sabe uno de qué le va a servir (Yosselin Hurtado, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Además, hacen notar que el mercado laboral de esa época no era tan exigente respecto a la formación educativa que pedían de sus trabajadores.

Antes no era así de que tenías que ser graduado para trabajar y todas esas cosas, solo hacías un curso y ya. Yo hice un curso de seis meses y aprendí secretaría. Yo aquí nunca fui al colegio, solo a la academia. No llegué a trabajar de secretaria porque como quien dice, metí la pata: me hice de compromiso y me embaracé enseguida, pero sí aprendí bastante (Diana Macías, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Finalmente, cuando las mujeres se ven frustradas e impedidas frente a su objetivo de estudiar, extienden sus expectativas de formación hacia sus hijos, de manera que ellos hagan lo que ellas no pudieron hacer. De ahí que les apoyen, que no les permitan trabajar sino dedicarse exclusivamente al estudio, aun en medio de las dificultades económicas que pudieran tener.

Por eso yo les digo a mis hijos: aprovechen lo que mis padres nunca me dieron y yo deseo que ustedes lo hagan.” ¡Todos estudian! Tres en la escuelita y los demás en el colegio 6 de Octubre. Bendito sea mi Dios que yo no me arrepiento de haber tenido mis hijos. Así sea viejita, como sea, uno se ha de acordar de mí y más que sea uno de ellos ha de ser preparado (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

3.6. Planificación familiar. Entre el don y la afrenta, mejor las hormonas

En el Ecuador, el uso de métodos anticonceptivos a nivel urbano, a partir de 1990, va en constante aumento. En dicho año se registra un 62,96% y crece progresivamente en alrededor de 10 puntos porcentuales, hasta alcanzar un 72,28% en el 2000. Asimismo, según los resultados de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición- ENSANUT 2012; Demografía, salud materna e infantil y salud sexual y reproductiva, en el período 1990-2016, se incrementó el uso de métodos anticonceptivos en las mujeres en edad fértil (15 a 49 años), de 52,9% en 1990 a 80,1% en 2012.

Estas cifras sugieren que en la ciudad las mujeres tienen mayores posibilidades de utilizar métodos anticonceptivos para prevenir un embarazo no deseado, esto a través del mismo sistema de salud pública que en la época figuraba como el único que atendía la salud sexual y reproductiva de los adolescentes para prevenir embarazos adolescentes y enfermedades de transmisión sexual, a través de sus programas públicos de planificación familiar.

En 1998, por primera vez, fueron reconocidas por el Estado ecuatoriano la sexualidad y la reproducción, antes concebidos como espacios exclusivos de la libertad individual, en donde no intervenía el Estado ni la política legal ni económica. En ese mismo año se aprobó la primera Ley de Educación Sexual y del Amor que intervenía en la salud sexual y reproductiva de las adolescentes a través de las instituciones educativas (públicas, privadas, fiscomisionales y municipales) que incluyeron en sus mallas curriculares la asignatura de Educación sexual y valores para la formación de adolescentes responsables de su comportamiento sexual.

Esta segunda generación de madres adolescentes se encuentra en el centro del conflicto respecto de una historia pasada con la que muchas veces han roto y con una historia futura que es la que están buscando desde un presente de limitaciones y de pocas posibilidades. En

ese sentido, por herencia de la maternidad cíclica o tradicional que vivieron sus madres y abuelas, consideran que los hijos son un regalo divino, algo natural, bueno y necesario para las mujeres, pero desde su nueva experiencia en la ciudad, ser madre adolescente o tener muchos hijos es un indicador de subdesarrollo, significa que no supieron planear, que son mujeres atrasadas diferentes a las mujeres que progresan porque saben administrar racionalmente sus vientres, haciendo uso de la anticoncepción moderna.

La maternidad adolescente, desde el enfoque modernizante, provoca temor y rechazo, sobre todo en una época de carencias económicas en la cual el Estado intenta administrar los índices de natalidad y controlar eficientemente el problema del embarazo adolescente y los índices de fecundidad, a través de los sistemas de salud pública y posteriormente, de la educación, para que no se propague entre las clases urbanas más pobres, como indicador de subdesarrollo que había sido el lugar tradicional para las mujeres del campo.

Pero si la ciudad se configuraba como el territorio de lo completo, como el destino anhelado por las poblaciones rurales, en un país cuya meta era la modernización de las poblaciones urbanas, era paradójico encontrar altas cifras de adolescentes embarazadas. Una vez en la ciudad, desde la lógica del Estado y de las instituciones públicas, el problema no era de infraestructura (escuelas, colegios, hospitales), de acceso a la información (nuevos medios de comunicación e internet) o de socialización con mujeres de otros estratos y niveles culturales que pudieran ser un referente para las más jóvenes; sino cultural (de mujeres que 'gustan de la algarabía y la promiscuidad'), de una 'incorrecta' educación sexual y reproductiva.

Se desestimó que estas eran mujeres de poblaciones marginales que acarreaban problemas estructurales como bajos índices de escolaridad, precariedad laboral de sus familias y desempleo o desocupación, violencia de género y violencia intrafamiliar, ofreciéndoles solamente el acceso a métodos anticonceptivos, a capacitaciones insustanciales de organizaciones públicas y no gubernamentales con proyectos que trazaban cómo tenían que decidir 'normativamente' sobre su sexualidad para no embarazarse a una edad temprana. Difundían, además, la idea de que es el embarazo el que profundiza el círculo de la pobreza en sus familias y el discurso de que las mujeres modernas –que ellas nunca serían pero pretendían que sí– podían alcanzar el desarrollo individual si controlaban estos aspectos de la vida sexual, desde retóricas muchas veces conservadoras y con apoyo de las instituciones educativas y de la iglesia.

Por esta razón, las mujeres que se embarazaban a edades “precoces”, como le llamaban estas instituciones, que se salían de las prescripciones del Estado y sus instituciones, eran estigmatizadas y avergonzadas en la esfera de lo público, mientras que en lo privado, empezaban a cuestionarse si eso que ellas creían natural y normal, en realidad significaba un problema para ellas o es que era asumido por otros como un problema que ellas no encontraban.

De las mujeres entrevistadas, el 100% no tuvo planificación familiar antes del primer embarazo y un 58% tampoco después de él, un 67% por rechazo de la pareja. Recordemos que el 75% de ellas ya provenía de lo urbano, es decir, de pequeños poblados, cantones o parroquias de ciudades como Manabí o Esmeraldas, pero ya no propiamente del campo. En esa trayectoria pudieron recibir información o verse influidas por otros espacios de socialización más allá de la familia, el barrio y la escuela que era la demanda mejor cubierta en esta generación. Sin embargo, no olvidemos el hecho de que eran espacios homogéneos que concentraban gente de las mismas condiciones y carenciales sociales y que sus esposos no les permitían planificar sus embarazos, aunque el 83% declara haber recibido información sobre métodos anticonceptivos en establecimientos de salud pública luego del primer parto o de los siguientes.

Con mi primer marido yo no me cuidaba, ese no dejaba ni salir al pueblo. Hay unos que dicen no, ¡no te cuides, no quiero que te cuides porque yo quiero que me tengas hijos! ¿Por qué quería más hijos? Vaya a saber por qué quieren hijos, para amarrarla a uno mujer, dejarla... ¡yo que sé! Gracias a Dios yo no puedo decir ¡ay, me dejaron una carga!, no, porque son mis hijos porque yo peleé por mis hijos, porque yo los cargué, yo los parí, les enseñé a trabajar y a estudiar y los hijos son míos y no del padre; pero igual, te llenaban de hijos (Alexandra Bone, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Por otra parte, cabe hacer un análisis de la situación de pareja de las adolescentes. La edad a la que la mujer empieza a convivir con su pareja está en un 67% entre 16 y 19 años (adolescencia tardía). El 92% conoció a su primera pareja en el barrio o en el lugar en donde vivía. El 92% registra un tiempo promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su marido. Sin embargo, ya no existe tanta diferencia de edad entre la adolescente y su

marido, como en la primera generación de madres adolescentes. El 67% tiene una diferencia de edad de entre 1 y 5 años con su primera pareja y el 25%, de entre 6 y 10 años.

El oficio de la primera pareja ha sido de vendedor o comerciante (58%), lo que hacía que ellos y sus familias se movieran de una ciudad a otra, en calidad de subempleados o desocupados. El 75% tuvo su primer hijo estando en unión libre y el 42% no estaba enamorada del padre de su primer hijo sino que este representó un escape a la violencia intrafamiliar o a la situación de precariedad extrema o de carencias en el campo. El problema más destacable de la vida en pareja es la violencia (50%) que, de a poco, ha ido disminuyendo respecto a la primera generación.

Algunas mujeres, a pesar de que el embarazo adolescente es considerado en el contexto urbano como un indicador de subdesarrollo, planearon embarazarse. No obstante, no era muy común ver a mujeres embarazadas durante la adolescencia temprana, sino más bien en la adolescencia tardía y una vez que ya se habían unido a sus parejas:

En ese tiempo casi no salían embarazadas las mujeres, eran menos embarazos a pequeña edad. Las que se embarazaban ya se embarazaban cuando se habían ido con el marido. De 12 años así casi no se embarazaban, más de 17, 18. Ahorita es que se embarazaban bastante jovencitas, antes no (Gloria Morales, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Otras, preocupadas por la situación económica de aquellas épocas, empiezan a utilizar la planificación familiar para evitar embarazarse de hijos que no van a poder mantener ni educar. La maternidad ambulante significa ir acarreando hijos y anhelos de un lado a otro y comprender que tener un hijo es más que cuidarlo cuando es un bebé, que es una responsabilidad a largo plazo para la que su familia no está preparada en un nuevo contexto urbano que requiere la formación de la madre y su incorporación al mercado laboral e impone la educación como el gran proyecto de las nuevas generaciones. Y en ocasiones, no solo es vivir el rol de la maternidad sino vivirlo con las limitaciones y el estigma de la madre soltera:

Ser mamá es lindo pero primeramente hay que pensarlo. ¿Cómo uno puede cuidar a un niño?, ¿cómo lo puede mantener? Es peor cuando no tienes el apoyo ni de un marido, sobre todo la alimentación, que si no comen se mueren. Un niño para criar cuesta, poco a poco. A

veces solo se piensa cuando el niño está chiquito, bonito ¿y después? (Francisca Hernández, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Conocí a la doctora Yánez y con ella me ligué. Ya yo dije ya no. Bueno, aunque yo sí quería otro pero después dije no, uno ya no ha de ser para estar pariendo, ya eran 8 pues que tuve y dos abortos. Son lindos en la edad de amamantar pero lo que no hay es el dinero para mantenerlos, educarlos (Maura Zambrano, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Algunas adolescentes utilizaban métodos anticonceptivos pero también hablan de fallas con el método a causa de olvidos y descuidos reiterados. En cambio, otras decidieron hacerse la ligadura, ya en edades adultas, luego de haber tenido varios hijos, sobre todo porque sostener familias numerosas era complicado por las condiciones de inestabilidad ya descritas para esta década de los 90s e inicios del nuevo siglo. Las familias grandes eran un respaldo para las madres puesto que les ayudaban a cuidar a sus numerosos hijos. Incluso en algunas, ante una situación que no podían controlar: la crisis económica, había otra: la fecundidad cuando ningún método les sentaba bien.

A los dos primeros sí los quisimos tener, la tercera fue... salí embarazada cuidándome. A los 7 meses vuelta, cuidándome con la inyección, salí embarazada del otro. El niño lloraba mucho, estaba desnutrido. Le dábamos fórmula y era muy cara y no nos alcanzaba porque también tenía gastos con mis otros niños. Yo dije ya con 3 ya basta. Hice el cambio de inyección a pastillas y no me cuidé el mes y salí embarazada de nuevo. Fue como un balde de agua fría, yo no quería, mi esposo tampoco, porque la vida es dura. Con dos, uno ya se las arregla ¡pero con cuatro, no! Los niños me lloraban todos juntos (Mariuxi Mendoza, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La presencia de los establecimientos de salud pública y el hecho de que ellas mismas tuvieran autonomía para firmar la autorización de intervención médica, representa una salida para muchas mujeres que han querido utilizar algún método anticonceptivo permanente pero que han sido impedidas por sus esposos.

Cuando me fui a dar el último niño a luz en el hospital, ahí una doctora se hizo amiga mía y me dijo: “mija, yo te voy a ayudar. ¡Cuántos hijos tienes! y todavía estás joven. Ya no tengas más, escúchame. Son 8, para tu edad, suficiente. ¿Cómo vas a hacer con los niños? Mañana,

pasado, ese hombre te deja botada y tú te quedas con todos ellos. Fírmame el papel si estás de acuerdo que yo en este momento te interno para hacerte la ligadura”. Yo tenía 33 años. A mi marido le pidieron firmar pero él no quería. Decía que no, que yo después me iba a ir a buscar otros hombres. Pero igual me ligué (Paola Macías, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Las mujeres de esta segunda generación comparan cómo fue para sus madres vivir una maternidad cíclica en el campo, en contraste con una maternidad modernizante, más demandante y difícil quizá que aquella primera y no le encuentran sentido a tener tantos hijos, sino más bien a experimentar la maternidad con uno o dos hijos y no más. Así, se desromantiza el hecho de ser madre reiteradamente y de recibirlo con alegría cada vez que un hijo llega.

Uy, en esos tiempos me acuerdo que era más difícil criar a los hijos. Era todo más duro, no había plata, no había trabajo a veces para el hombre, a veces para la mujer tampoco y era duro criar a una criatura, era más fácil antes. De todas maneras, antes había –dice mi mamá– un verde, lo raspaba y lo majaba y ya había, ya le enseñaba a su hijo a comer con cafecito pero luego ya ni eso, ya había que pagar por todo y ya todo caro (Lorena López, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

En esta segunda generación, las mujeres, de acuerdo a sus circunstancias particulares, pueden llegar a pensar que su matrimonio o unión de pareja fue un error y plantearse el deseo de que ojalá no se hubieran casado porque estar solteras les parece mejor, pero no estar sin sus hijos. Pese a los discursos del Estado por señalar que el embarazo adolescente es un problema, en varias de ellas existe un predominio de la idea tradicional de maternidad y no se arrepienten de haber sido madres. Pero los maridos sí son objeto de críticas: “A veces los hombres dicen que las mujeres tienen que estar solamente en la casa y son machistas. Pero las mujeres también pueden trabajar, pueden sacar un hogar adelante, no solo ellos” (Ana Bermeo, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Las mujeres de esta generación no recibieron educación sexual en sus hogares sino únicamente información en los colegios y ya los mismos métodos anticonceptivos en los centros de salud. La sexualidad seguía siendo un tabú y había muchos mitos alrededor de ella como “que los niños salen por el ombligo”, “que si a uno le tocaba el novio o si le daba un beso ya quedaba embarazada” (Mujer de 36 años, 2G de madres adolescentes, entrevista

personal), que uno asociaría con las generaciones pasadas. Las adolescentes de esta segunda generación estaban prohibidas de tener novio, por eso es que sentían miedo, vergüenza y arrepentimiento cuando llegaba el momento del acto sexual con sus parejas, generalmente mayores.

Antes no querían hablar de eso, todo era más reservado, no había tanto conocimiento sobre la sexualidad. Ahorita hasta las niñas ya saben. Uno aprendía nomás con las cosas que iba haciendo. Ya después era que había subcentros y tantos métodos para cuidarse. Imagínese ahora, si ya uno no se cuida es porque no quiere (Yoconda Macías, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Para las mujeres más jóvenes de esta generación, tener muchos hijos sí era concebido como un problema con el que, no obstante, lidian ellas solas porque sus maridos rehúyen a utilizar protección y cuando ellas se cuidan, las celan y desconfían de que pudieran engañarlos con otros hombres.

Tener un cuarto bebé era muy trágico porque te impide salir donde tú quieres salir, es como una cadenita que tú tienes que andar a jalar. Ya llegó el quinto y yo ya decía que no, hasta que llegó el sexto y terminé llorando porque yo al cuarto ya me quería ligar y me decían que no, que estaba muy joven, aunque yo lo había querido hacer bajo mi propia responsabilidad” (Tatiana Mera, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

La experiencia de la maternidad reiterada también contribuye a la des-idealización de la maternidad de las mujeres que tienen un solo hijo y para quienes su hijo es un ser sublime. Tener un mayor número de hijos significa acumular experiencia, saber que como crían al un hijo tienen que criar al segundo, al tercero y a todos los demás o no cometer los errores que han cometido con los anteriores. Entonces, a pesar de que es un problema, acumular experiencia les ayuda a tratar con los demás embarazos.

Es frecuente que estas pugnas con la pareja por el control de la reproducción y del vientre de la mujer, terminen mal porque mientras para las mujeres, “llenarse de hijos” es un verdadero problema, para los hombres el tener hijos es una muestra de su capacidad de procrear: “Yo tengo cinco ahorita. Él, feliz de la vida, que le siga dando hijos. Claro, como él no era el que

los paría. Pero no, en esta vida tan dura, ya no quiero más” (Janeth Morales, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

Él no me dejaba cuidar hasta que yo di a luz a mi última hija y dije: “hasta aquí voy a seguir pariendo” y me puse los implantes, porque si no él me embarazaba año a año. Como la doctora me dijo que ella me ponía los implantes, me los puse. Cuando mi marido supo me dijo: “Y, ¿con el permiso de quién?”, yo le dije: “con el mío”. “Ah, ¡te mandas sola!”, me dijo y cogió y se fue. Él decía que le iba a poner los cachos si me cuidaba (Angélica Bermeo, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

En esta segunda generación existe un conflicto entre la mujer y el hombre porque ella tiene la expectativa de modernizarse: de controlar la fecundidad mediante métodos anticonceptivos, de estudiar, de trabajar, se opone a la violencia de su marido, se defiende y ha reconfigurado su identidad de género, marcando claramente una ruptura respecto de las generaciones pasadas. Estas transformaciones sucedían, generalmente, a causa de la interacción de estas mujeres con otros referentes culturales de clase media como sus patronas que infundían en ellas expectativas de movilidad social propias de su clase: “Me decía que no me case, que trabaje, que estudie a mis hijos, que los hombres van y vienen. Y yo me separé de mi marido. Ahora trabajo, mantengo a mis hijos y los estudio” (Verónica Cedeño, madre de la segunda generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

3.7. Proyecto de vida. Precarias pero modernas

Para el 67% de las mujeres entrevistadas de la segunda generación sí existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno. Sin embargo, un 33% de ellas no tenía estructurado un proyecto de vida propio, un 33% lo empezó a estructurar en la adolescencia temprana; un 17% en la adultez, luego de tener su primera pareja y embarazo o embarazos varios, siendo esta realización de adultas el principal impedimento (58%) para continuar con sus proyectos de vida, en quienes de alguna forma los tenían. En la familia, las expectativas de vida predominantes eran el trabajo (50%). Sus propias expectativas de vida eran de vivienda propia y trabajo (58%), aunque el proyecto por el que migraron fue familiar.

En estas mujeres cambia la noción de un tiempo circular a un tiempo lineal en donde el progreso se convierte en el horizonte, como una promesa que justifica su vida ambulante y su continua búsqueda de días mejores. De los tres tipos de maternidad esta es la más

contradictoria, puesto que mientras en la realidad cotidiana solamente existen el día a día, el corto plazo, el tiempo frágil, la inestabilidad y la incertidumbre que dificultan la planeación del porvenir, en ellas persiste el anhelo de un futuro mejor que su presente. Es por esto, la maternidad del afán modernizante.

Entre los continuos conflictos por trabajo o vivienda y la aspiración de desarrollo, se profundiza su condición de clase social y de sujetos móviles y precarizados, situados entre los cambios múltiples y las constantes rupturas con el pasado.

Son mujeres de origen campesino, no obstante, sin oportunidades de progreso en poblados rurales que entre la década de los 90 y parte del 2000 iban quedando deshabitados por la falta de empleo y por la expansión económica hacia los centros urbanos. Son poblaciones flotantes de ciudades costeñas que nunca terminan de convertirse en ciudades propiamente dichas. Si bien la migración por trabajo es el gran eje transformador de la vida rural en urbana y del subdesarrollo en desarrollo, este no es un proyecto propio de las mujeres sino de sus maridos y para sus hijos.

Aun en tanto proyecto familiar, los sucesivos desplazamientos territoriales construyen un ideal de madres fuertes, que saben trabajar en el campo y en la ciudad, que luchan por adaptarse a los cambios repentinos, bien sea por la pérdida de las fuentes de empleo o del espacio para habitar. Además de vivir en una nueva realidad espacial, experimentan una nueva realidad temporal. El tiempo transcurre más rápido que cuando vivían en el campo; es decir, existe una aceleración progresiva del ritmo vital y un mayor dinamismo en sus anhelos y propósitos de corto plazo. Ya se permiten desear cosas o tener metas, aunque no necesariamente lo consigan ni puedan elaborar un plan racional para alcanzarlas. El hecho es que se liberan de un pasado en el que la historia se repite, y una vez marcada esta ruptura, se proponen mejorar su historia y la de sus familias.

La obligación de abandonar el campo, entre la necesidad y la nostalgia, entre el deseo y el temor a una nueva realidad espacial, es el embrión de un escenario desconocido: la ciudad marginal, en donde se abren paso para continuar su búsqueda del progreso, casi siempre en nombre de sus hijos. Sienten curiosidad, ganas de conocer la ciudad, sin embargo, no poseen muchas herramientas para sobrevivir en ella, más que su juventud que les permite ofrecerse como mano de obra flexible, en un modelo que ha mutado hacia la economía de servicios

pero en el que aún existen formas tradicionales de ganarse la vida como la comercialización y la venta y reventa de productos.

A la vez, la subsistencia se vuelve más problemática para ellas que para la primera generación de mujeres, que vivía de los productos de la tierra y de su cultivo en el campo; además, en plena época neoliberal en donde viven el abandono del Estado. Esto se debe a que, primero, ya no son colonas, es decir, ya no consiguen los terrenos de manera gratuita, sino a bajo costo u obtienen espacios cedidos por familiares o por patrones a cuenta de cuidarlos.

Segundo, estas mujeres tuvieron poco acceso a la educación en una época en la cual educarse empieza a ser más demandado que en la época de las abuelas. Para ellas, en lugar de la oferta educativa pública, existen instituciones privadas como las academias que ofrecen cursos cortos y prácticos de oficios feminizados a bajo costo. De ahí su bajo nivel de conocimientos formales y escasa capacitación para ofrecer algo más que su fuerza física de trabajo en una economía de comercio informal en la que no cuentan con capitales para trabajar por cuenta propia ni con calificación para ofrecer sus servicios. Si migran a Santo Domingo por encontrar un trabajo, son sus parejas quienes tienen mayores oportunidades en el mercado laboral.

A algunas mujeres no les gusta o prefieren no trabajar y que sea su pareja quien provea para el sustento de la familia. A otras, en cambio, el trabajo les permite contribuir con la economía familiar, sentirse útiles, además de conocer nuevos espacios de interacción y otros referentes como sus jefas, amigas o compañeras de trabajo que les permiten resignificar su identidad como mujeres y madres. Sus expectativas de vida son más concretas: familia, vivienda propia y trabajo. Son madres en la adolescencia tardía, igual que las mujeres de la primera generación. Ser madre joven no es un problema si se tiene pareja. La maternidad es compartida. Para la crianza de sus hijos, las madres se apoyan en familiares que viven cerca del barrio y en vecinas, disminuyendo la carga de cuidado a sus hijos mayores que ahora se dedican a estudiar (la educación se va convirtiendo en proyecto de las nuevas generaciones). Las mujeres de la segunda generación pertenecen al campo y también a la ciudad, así que la sociabilidad se convierte en una cualidad importante para la supervivencia, sobre todo de las mujeres que vivían en el campo y que tienen que adaptarse a su nuevo medio. Cuando recuerdan sus lugares de origen o las ciudades por las que han transitado, evocan su adolescencia como un tiempo de amistades y relaciones con la gente en sus pueblos, capitales

que van perdiendo mientras ganan otros al moverse de un lugar a otro. Estas mujeres siguen considerándose fuertes, han interiorizado al sujeto neoliberal, flexible y resiliente, y por esas mismas cualidades encuentran menos difícil acostumbrarse a la vida en la ciudad.

Además, ya acceden al sistema de salud pública al que las abuelas no tuvieron acceso. Sin embargo, sus primeros partos siguen siendo en el campo, con la ayuda de parteras. Acuden a los centros de salud para hacerse los controles médicos. Empiezan a conocer sobre planificación familiar pero sus parejas no están de acuerdo con que ellas controlen la fecundidad. Algunas los desafían y utilizan protección frente al embarazo, pero siempre después del segundo o tercer hijo porque declaran no haber tenido experiencia ni conocimiento en el primero y sobre todo porque están convencidas de que el embarazo es un rol del orden natural, sin importar las condiciones en que se presente.

El 75% tuvo su primer hijo entre los 16 y 19 años (adolescencia tardía). El número de hijos promedio es de 3 a 4 hijos y la causa de embarazo, la naturalización en un 67%, de modo que el embarazo adolescente ha sido concebido no como un problema (75%) sino como un motivo de alegría (75%), compañía (8%) y lo único propio (17%). No obstante, como se trata de la generación de la transición, la maternidad adolescente empieza a coexistir con otras expectativas de las mujeres como la inserción al mercado educativo y laboral, en efecto, una maternidad modernizante.

El barrio normaliza el embarazo adolescente (42%) si se tiene pareja pero no si se es madre soltera. Hay estigma o rechazo (58%) cuando el embarazo se produce en la adolescencia temprana (11-14 años), aunque en este caso, igual que en la generación anterior, la mayor parte de embarazos se produjeron durante la adolescencia tardía. El 83% de las madres encuestadas siente que su vida no cambió después de ser madre. No obstante, un 17% reclama que ser madre suspendió sus tiempos para la recreación y en menor medida para su educación. Las mayores dificultades en la experiencia de la maternidad han sido los primeros años y cuidados del hijo (50%) y cuando se es madre soltera o separada (25%). El mayor apoyo que han tenido las madres en la crianza de sus hijos ha sido el de sus familiares (50%), vecinas (25%), disminuyendo la carga de cuidado a sus hijos mayores (17%). No obstante, las mujeres costeñas de esta generación, son madres menos abnegadas. Con esto, rompen el modelo tradicional de la maternidad sacrificada y del amor descendente. Aunque confiesan amar a sus hijos, están conscientes de que hay que estar pendientes y cuidar de ellos pero sin

entregarse a una actitud maternal absoluta, aunque continúen privilegiando este rol. Por eso no renuncian a sí mismas ni a salir o a divertirse como antes de ser madres. Entonces coexisten maternidad y anhelo de progreso, en medio de unas condiciones históricas y económicas que convierten sus expectativas en toda una paradoja de la modernidad.

Capítulo 4

Maternidad liberal y tercera generación de madres adolescentes (2010-2018)

4.1. El sujeto liberal en contextos de marginalidad urbana

Existe una relación compleja y disímil entre la constitución de un sujeto liberal y un escenario de urbano marginalidad. La crítica contemporánea al feminismo liberal es que este, como parte de los feminismos universales, desconoce la particularidad de los contextos en donde se intersectan una serie de categorías como clase social, etnia, género y sexualidad para dar forma a los problemas situados y reales de las mujeres.

La crítica de los feminismos de la segunda ola desarrollados a partir de los años 60 del siglo XX, es que la consecución de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres no consiguió cambiar la discriminación ni la estructura de desigualdades en que estas mujeres tienen experiencias vitales específicas y cuya comprensión escapa de la intervención de un marco legal, formal y normativo, dado que “la teoría política y moral liberal, con su ideal formal de igualdad, habría propiciado una separación u oposición entre lo público y lo privado que perpetúa en este último ámbito relaciones de discriminación” (Turégano 2001, 321).

La crítica feminista a la doctrina liberal es que esta legitime la separación y oposición entre lo público, asociado a una razón normativa imparcial y universal y lo privado, asociado al carácter natural de las desigualdades entre hombres y mujeres y no a su origen cultural ni histórico. De ahí que critiquen la falsa pretensión de que las mujeres toman sus decisiones libremente, bajo las mismas condiciones de igualdad formal que los hombres y sin restricciones, en el marco de una serie de derechos humanos que las garantizan.

De ahí que es fundamental reconocer que existen condiciones materiales e históricas que condicionan la experiencia de los seres humanos. No existe un sujeto abstracto sino un sujeto particular, histórico, que experimenta la vida en situaciones concretas. Para la doctrina liberal y racional, esas particularidades deben permanecer ocultas en el ámbito privado; el ámbito público es homogéneo, en él no existen las diferencias. El igualitarismo proclama la igualdad de oportunidades y la libertad de elección de los individuos que, en el discurso, de alguna manera está garantizado pero no en la vida cotidiana condicionada por relaciones de poder. El orden universal e igualitario proclamado por el liberalismo, mientras intenta incluir, es excluyente con las mujeres, en tanto sujetos particulares que participan únicamente de la

esfera privada y cuyos accesos, en la práctica, no se alcanzan de la misma forma en que son alcanzados por los hombres. En tal virtud, “el universalismo que defienden es definido subrepticamente al identificar las experiencias de un grupo específico de sujetos (...) Estos sujetos invariablemente son adultos blancos y varones, propietarios o al menos profesionales” (Maffía 2003, 174).

Limitar la participación de las mujeres en la vida pública a través de la educación, el trabajo y otros roles de la vida moderna sería, en ese sentido, producto de aquel carácter excluyente. Además, este enfoque liberal naturaliza la vida doméstica y convierte a la familia en un refugio para el individuo que se esconde del control político y social. En tal medida: “el ámbito de las relaciones íntimas tales como el parentesco, el amor, la amistad o el sexo, está protegido por el Derecho mediante el derecho a la intimidad” (Maffía 2003, 234).

La vida familiar y, por ende, la maternidad, pertenecen a la intimidad, a esa esfera privada que no está regida por los principios liberales universales de libertad, igualdad y propiedad, sino por relaciones de subordinación naturalizadas respecto al rol y a las diferencias entre hombres y mujeres. En consecuencia, la familia se convierte en ese espacio que restringe y limita la plena participación de las mujeres en la esfera pública, además de que encubre la violación de los derechos esenciales del individuo:

Esta escisión de la esfera social y familiar sirve para perpetuar en la segunda la desigual distribución del poder (...) la desigualdad de la esfera familiar se proyecta en una desigualdad social: la división sexual del trabajo doméstico perpetúa la dependencia económica de la mujer que se ve obligada a elegir trabajos a tiempo parcial o peor remunerados y, en cualquier caso, tiene menor capacidad para perseguir libremente sus propios intereses (Maffía 2003, 328).

Por esta razón, la mujer investida de una retórica liberal exige salir de un espacio doméstico al que ha sido confinada. Exige justicia en razón de una vida doméstica que le exige esfuerzos desproporcionados en relación con lo que recibe de ella. Ya no está dispuesta al sacrificio ni a la abnegación de la madre tradicional cuyo único rol es la maternidad y el cuidado doméstico. Para las mujeres liberales, la maternidad no puede ser más que un derecho, una elección individual, una decisión personal que debe evidenciar la capacidad de autonomía respecto de sus propios cuerpos y proyectos de vida. Cabe recordar que la misma concepción de

ciudadanía era diferente para hombres y mujeres; a diferencia de los primeros, estas últimas eran ciudadanas en tanto madres. Si las mujeres no eran individuos ni ciudadanos, las democracias modernas y el nacimiento de la sociedad burguesa les otorgaron un lugar relevante y de reconocimiento en tanto personas, de ahí que las mujeres, además de liberales, se declararan modernas y defensoras de la nueva democracia burguesa.

A partir del siglo XX, las mujeres liberales tienen identidades múltiples: son madres, esposas, amas de casa pero trabajadoras, profesionales e independientes. Entre mayor sea el número de roles y papeles a desempeñar, mejor resultado ha tenido su inserción en la esfera pública. Sucede, entonces, una resignificación de su identidad de género. Ya no son madres sociales, ni para la nación ni para los otros. Ahora son sujetos propios, para el individuo y su maternidad es una manifestación del querer y no del deber, “del tránsito del mundo de la tradición que marcaba su destino al de la elección” (Branciforte 2009, 45). En tal sentido, la maternidad ha sido normada a través de una legislación de protección, igual que la infancia y los demás sistemas para la reproducción de la vida.

Esta concepción liberal de la maternidad encierra una contradicción: que la maternidad puede ser un impedimento para la autonomía y la libertad de las mujeres, una forma de interrumpir y frustrar los proyectos de vida, de sustituirlos o impedir su formación, frenando con esto el desarrollo de las mujeres como individuos. Por eso, bajo este enfoque, las mujeres adquieren una nueva identidad en cuya resignificación la maternidad no es un acto biológico sino mediado culturalmente.

El sujeto liberal igualitario consigue sus fines, objetivos y preferencias como un mero acto de su voluntad. Ante todo, es individuo porque el sujeto es prioritario y no sus fines. Esto significa que independientemente de sus fines y de sus circunstancias, la persona es persona porque tiene la capacidad de elegir, el “yo” es anterior a todo lo demás: “La unidad antecedente del yo significa que el sujeto, no importando cuán condicionado se encuentre por su entorno, siempre es irreductiblemente anterior a sus valores y fines, y nunca completamente constituido por ellos” (Pereira 2008, 261). Es decir, es autónomo quien puede elegir en libertad.

La mística de la feminidad, escrito por Betty Friedan en 1963, es una de las obras más representativas del feminismo liberal. En ella se toma como objeto de estudio a mujeres

estadounidenses de clase media en la época de posguerra, que denuncian su condición de amas de casa, esposas y madres como únicos elementos constitutivos de su identidad social. Friedan define un nuevo plan de vida para las mujeres: “que combine el amor, las criaturas y el hogar que han definido la feminidad en el pasado con un empeño por tener un propósito mayor que conforme el futuro” (Friedan 1963, 405). Es decir, tener un plan de vida desde la perspectiva de la existencia completa y no solamente desde el lugar del marido, de los hijos, de las cosas de la casa o del sexo.

4.2. Las mujeres en el modelo desarrollista de la Revolución Ciudadana

El modelo desarrollista impulsado por la Revolución Ciudadana es parte de un proceso de reforma estatal y de consolidación de la institucionalidad que propone la inclusión de las mujeres como uno de los ejes de su política social. Las mujeres se constituyeron como un sujeto importante para la política cuando se reconoció su papel fundamental en el desarrollo y se las incorporó a través de una serie de medidas y políticas según el enfoque MED (Mujeres en el Desarrollo), a partir de la década de los 50:

- Enfoque de bienestar: programas para los grupos vulnerables en donde las mujeres son receptoras pasivas del desarrollo, la maternidad y la crianza de los niños son sus roles esenciales.
- Enfoque de la equidad: las mujeres deben ser incorporadas al desarrollo económico, al empleo y al mercado.
- Enfoque de la antipobreza: el origen de la desigualdad entre hombres y mujeres es la desigualdad de ingresos, por tanto, las mujeres deben acceder al empleo y a la productividad y ser controladas en la reproducción biológica.
- Enfoque de la eficiencia: a mayor trabajo productivo-reproductivo, habrá mayor equidad.
- Enfoque del empoderamiento: la mujer necesita tener poder y capacidad de 'autoconfianza' para enfrentarse a cualquier tipo de opresión (Guchin 2010).

En América Latina, los derechos de las mujeres, inicialmente, eran una extensión de su papel en la familia, por lo tanto, estaban orientados a brindarles protección y no igualdad. Entre la década de los 80 y 90, los nuevos discursos y marcos legales agrupaban igualdad y protección. Las mujeres, como sujeto ciudadano, no se construyen en tanto beneficiarias comunes sino como sujetos de políticas diferenciadas, bajo el discurso de la vulnerabilidad y

de la reparación de derechos y no a través del reconocimiento y el ejercicio de los derechos humanos.

El modelo de desarrollo propuesto por la Revolución Ciudadana se propuso romper con el carácter de beneficiarios que tenían las personas, dotándolas de una nueva concepción de ciudadanía. Guchin se refiere a este modelo como un desarrollismo paradójico porque mientras desde el enfoque de bienestar va construyendo sujetos vulnerables (que tienen el mismo status especial que niños, discapacitados, indígenas y afroecuatorianos) beneficiarias de la ayuda del Estado, elabora políticas públicas bajo el enfoque de capacidades, que asumen que la mujer debe convertirse en un ser autónomo, emprendedor, responsable de la supervivencia de sus hijos, apelando al sujeto neoliberal responsable de su suerte.

Durante el régimen de la Revolución Ciudadana, la inclusión social ha sido uno de los pilares para la reducción de la pobreza y la desigualdad. En teoría, las mujeres reciben acceso a los sistemas de educación, salud, empleo y a la protección social. Son incluidas y advertidas de no tener un embarazo durante la adolescencia, sino de priorizar otros roles de las mujeres y jóvenes modernas y desarrolladas como obtener una profesión y un trabajo.

Desde esta perspectiva, son mujeres ciudadanas, empoderadas, autónomas e independientes. Sin embargo, cuando se embarazan, son sujeto prioritario para la política pública en tanto madres responsables de los niños, de su salud y desarrollo integral. A la vez, se las impulsa a seguir estudiando, a tener un proyecto de vida liberal, independiente de la maternidad porque el embarazo es visto como un error que necesita ser superado, de manera que se cruzan enfoque de bienestar y de empoderamiento.

4.3. Origen urbano y trayectoria de movilidad espacial

De las mujeres entrevistadas de la tercera generación de madres adolescentes, el 46% nació en la provincia de Manabí; el 36% en Santo Domingo, el 9% en la provincia de Esmeraldas y el 9% en la provincia del Guayas; el 82% es de origen urbano y el 18%, de origen rural. Las adolescentes nacidas en Santo Domingo han vivido en condición de migrantes internas casi durante toda la vida. De las migrantes, el 36% vino a Santo Domingo por vivienda y el 27% por trabajo, como parte de un proyecto familiar. Su trayectoria de movilidad territorial previa a ubicarse en Santo Domingo incluye una migración rural, intraurbana o interurbana de entre

2 y 3 ciudades o barrios antes (55%). Se trata de una generación más móvil que las anteriores por la fragilidad de los vínculos que establece y por su débil inserción en el mercado laboral. Al ser todavía adolescentes o por lo menos muy jóvenes, la forma predominante de su asentamiento es un 73% en casa de familiares (padres o suegros) y un 27% arrienda a precios muy bajos en Cristo Vive. De hecho, cada vez que existe una ruptura con sus maridos, ellas cambian de domicilio y vuelven con sus padres o se mudan a vivir con otras parejas o familiares, de ahí la dificultad de ubicarlas permanentemente en un solo barrio –con algunas mujeres de la primera generación (abuelas), sucedía que llevaban casi 20 años viviendo en el mismo lugar, desde la colonización e invasión–. Gran parte de las entrevistadas manifiesta estar viviendo en Cristo Vive porque ahí las llevaron sus maridos luego de haberse unido y embarazado.

En adelante, vamos a analizar la composición social de sus familias. Las adolescentes de esta generación crecieron en un 45% con otros familiares como abuelos y tíos y el 27%, solo con su madre, ambos son los porcentajes más representativos de esta categoría. Por ende, hay un espacio familiar vacío que es muchas veces el principal: el de padre o madre y a veces de los dos, en la crianza de sus hijas. Lo que supone que son otras personas las que asumen la responsabilidad económica, de educación y de formación de las adolescentes y que ellas mismas tienen que contribuir para el sostenimiento familiar, obligatoriamente, al no ser aquel su núcleo familiar principal o al tener como madres a madres solteras con un gran número de hijos más pequeños que tienen que ser sostenidos y con otros hijos de la misma edad o mayores que también trabajan.

El 64% de las mujeres de la tercera generación tuvo madres dedicadas exclusivamente a los quehaceres domésticos y el 36%, madres dedicadas a las tareas del hogar y al trabajo remunerado como empleadas domésticas o en comedores, en comercio y otros servicios. El 36% tuvo a padres dedicados a prestar mano de obra como albañiles u otros y otro 36% no conoció a sus padres. Por esta parte, diremos que su proyecto de vida y sus opciones de realización personal estarían influidos por los mecanismos de socialización y los modelos de rol que recibieron estas adolescentes de sus madres.

Y, de hecho, es así porque más adelante, cuando hablemos de su incorporación al mercado laboral, notaremos que existe un patrón ocupacional altamente repetitivo –durante la infancia se dedicaban a educación y labores domésticas (91%). Durante la adolescencia, el 73% se

dedica a educación y labores domésticas y 18% solo al trabajo (Ver tabla 3, p.113)–; no obstante, existen otros elementos como la educación, que irrumpen en la vida de estas adolescentes, haciendo que crezcan sus expectativas y que se anhele un futuro diferente al de sus madres.

Por otra parte, si en las generaciones pasadas en la reacción de la familia ante la primera unión de pareja de sus hijas no hubo una respuesta de frustración o de rechazo, en esta tercera generación sí y en más de la mitad de las entrevistadas (55%). Sus padres o familiares a cargo rechazaron el hecho de que tuvieran pareja a esa edad (la mayoría –un 64%– de 12 a 15 años). Seguidos de un 36% que asumió el hecho de forma naturalizada. No obstante, la reacción de las familias ante el primer embarazo, fue de frustración y rechazo en un 64% y de normalización en un 18%.

La edad promedio a la que estas adolescentes se embarazaron fue igual entre los 12 y los 15 años. La reacción de sus familias ante el embarazo adolescente es una respuesta a un contexto que ellas miran con mayores oportunidades para que sus hijas puedan realizar un proyecto de vida propio, algo que no lograban con mucho éxito las generaciones pasadas. La frustración de los padres obedece a que en una época de mayores accesos a la educación, al trabajo, a la salud pública, ellas “fracasen” con un hijo que representa un obstáculo para el progreso de la mujer, aunque el rol de madres nunca se cuestione sino la edad y las condiciones en las que las mujeres se embarazan.

Yo soy madre soltera. Mi mami me quería hacer abortar pero yo no quería. Ella nos contó que ella antes se iba a bailar con las amigas y llegaba borracha. Y así toda montubia y dice que era bien arrecha. Ella con el hombre que estaba quedaba embarazada. Ella nos decía que no quiere que nosotras seamos así como ella, que su primer niño lo tuvo a los 12. Ella a mí en todo lado me humillaba. De ahí yo le dije que todos en la vida cometemos errores y ahora ya nos llevamos (Yamileth Quiñónez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, febrero de 2018).

En estas entrevistas se puede notar que tanto la unión de pareja como el embarazo adolescente empiezan a ser concebidos como un error. Si en la segunda generación las mujeres se arrepentían de sus parejas, nunca de los hijos; sin embargo, en esta tercera generación se nota cómo las adolescentes ya evalúan ambos hechos como un desacierto que ya no es tan fácil de

remediar, por la llegada de al menos un hijo o más. Además, en la primera generación, repetir el destino y herencia de la madre era parte de un ciclo natural y normal, diferente en esta generación, que a toda costa intenta romper con esos paradigmas del pasado.

Yo me fui con marido a los 16. Mi abuelita decía que por qué no había acabado el estudio, que por qué no me había preparado primero. A veces nosotras las jóvenes cometemos errores pero cuando nos arrepentimos ya es muy tarde, porque ya los hemos cometido. Yo sí me enamoré pero después me di cuenta que eso no era amor, sino una ilusión, pero ya muy tarde, ya la tenía a mi hija (Katherine Caicedo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

En algunos de los casos, si las mujeres deciden quedarse con sus parejas luego de saber sobre su embarazo, es para no quedar con el estatus de madres solteras, dado el estigma que genera en su contexto, en la familia, en el barrio y en el colegio:

Ya estaba embarazada y me hice de compromiso. Yo muchacha, pues, siempre he pensado que si ya metí la... que si ya cometí el error, pues a terminarlo de enmendar, no voy a tirarlo a un lado a él y yo sola a un lado, ¡no! Si él es el padre, prefiero quedarme con él (Gissela Tuárez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Efectivamente, el embarazo adolescente es un problema que ya no pueden enmendar. De ahí la resignación con que a la fuerza lo incorporan a su proyecto vital porque en muchas de las ocasiones no estuvo planeado pero llegó:

A veces mis primos, así, yo les doy consejos, que no vayan a cometer las mismas locuras que yo he cometido. A veces dicen: “no, no importa, soy yo y es mi vida”. Yo les digo: miren que yo tengo una hija, que no quisiera tampoco que ustedes cometieran el mismo error que yo cometí (Katherine Caicedo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

4.4. Santo Domingo y lo urbano marginal

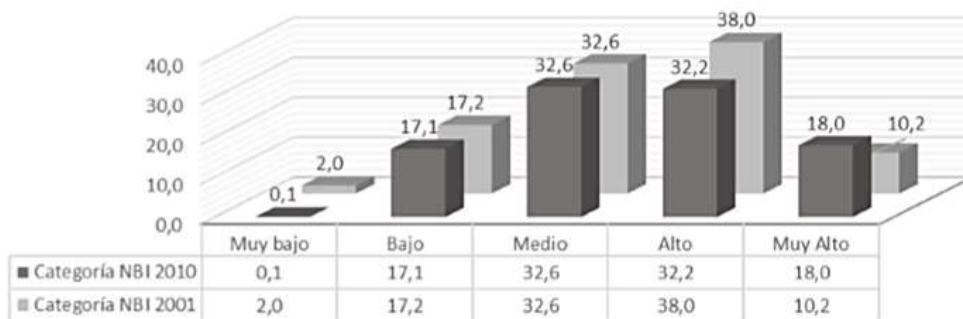
Santo Domingo en el área urbana pasó de 1.498 habitantes en 1950 a 270.875 habitantes al 2010. A ese mismo año, la población urbana constituía el 73.6% de la población cantonal, lo que evidencia una concentración de las primeras poblaciones rurales y migrantes en el centro urbano. Pero en los años posteriores, las poblaciones migrantes se fueron extendiendo. Así,

tanto en el año 2000 como en el 2010, la pobreza por NBI aumentó hacia las periferias mientras que en la zona centro y este de la ciudad, esta presentó valores bajos.

Además, existe una fuerte agrupación entre los valores altos y bajos asociados a la distribución territorial de los pobres. Esto quiere decir que, hacia la periferia, existen áreas y sus zonas aledañas en donde la pobreza es alta y muy alta; y hacia el centro oeste de la ciudad, hay zonas y sus zonas aledañas en donde la pobreza tiene valores bajos y muy bajos, haciendo que la pobreza, en donde se torna más alta, tenga el agravante de la concentración geográfica y la homogeneidad, lo que resta a los habitantes de estos barrios la exposición a modelos de rol diferentes, los contactos, los vínculos con instituciones y, por ende, las posibilidades de movilidad social.

Del 2001 al 2010 existe una tendencia al reagrupamiento de los valores, es decir, una mayor concentración de la pobreza. Entre el 2001 y el 2010, el grupo “alto” se reduce en 6 puntos y el grupo “muy alto” aumenta en 8, como se puede observar en el siguiente gráfico:

Figura 2. Población de las categorías de NBI en porcentajes según año de estudio



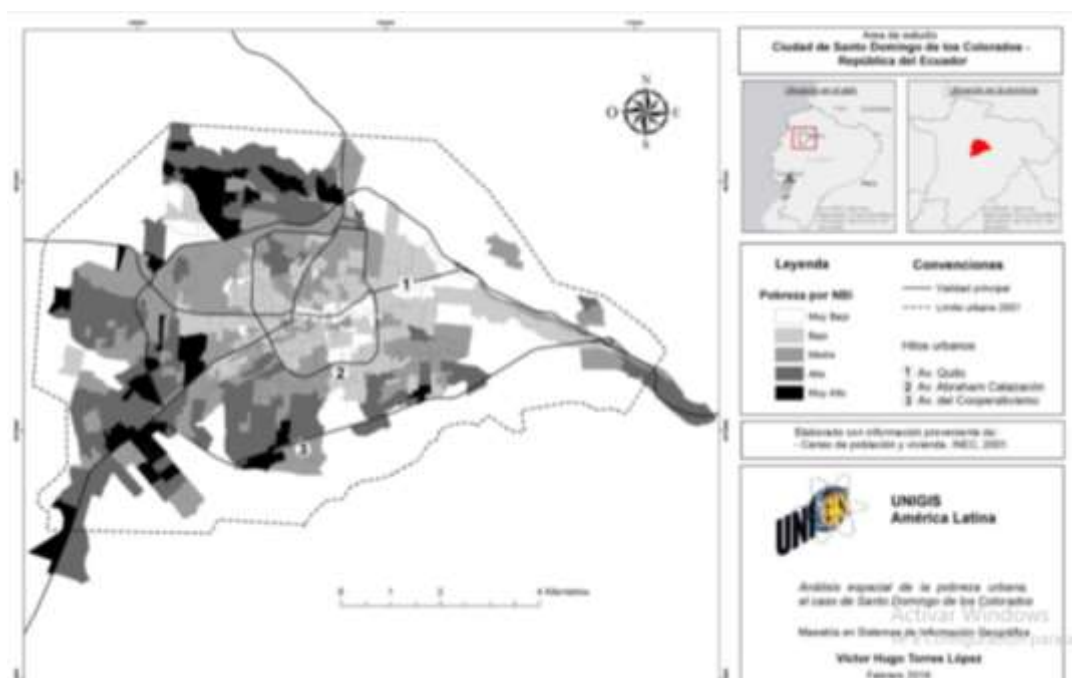
Fuente: Torres López (2017)

Según este autor, el crecimiento poblacional habría sido un factor importante para la densificación de los barrios o sectores censales, por lo que se habrían creado otros nuevos. Por eso es que los sectores más densamente poblados suelen ser también los que tienen un mayor porcentaje de pobreza por NBI. Al contrario de esto, cuando se ocupan nuevas áreas de terreno, como hay menor densidad poblacional, el valor de pobreza por NBI también suele bajar, pero esto no significa que sean áreas bien abastecidas.

Al contrario, en la última década es en donde se esparcen una serie de asentamientos irregulares de los que no existe mayor información. Varios de estos asentamientos han sido

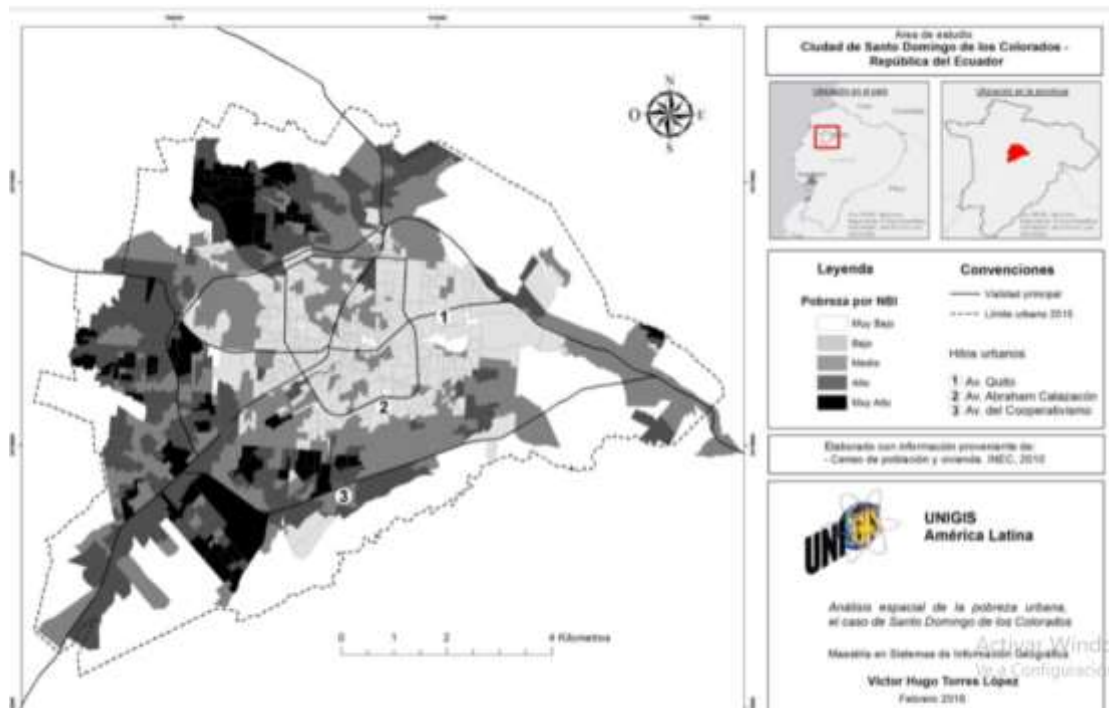
permitidos por las mismas autoridades locales (Torres Egas & Torres López 2009). Algunos aparecen en el mapa como los sitios de mayor pobreza por NBI, sugiriendo que se debe a que Santo Domingo es una ciudad joven, en pleno proceso de conformación. Según Torres López (2017, 55): “Los resultados presentes de NBI del 78,45% en el año 2001 y 68,8% en el 2010, permiten suponer que la realidad que presenta esta ciudad se debe a un proceso urbano inconcluso” y habría que analizar en qué medida a una desigual distribución de los recursos y de los accesos, justificada en una determinada geografía de oportunidades.

Figura 3. Clasificación de la pobreza por NBI de Santo Domingo al 2001



Fuente: Torres López (2017)

Figura 4. Clasificación de la pobreza por NBI de Santo Domingo al 2010



Fuente: Torres López (2017)

Estos patrones de agrupamiento espacial de la pobreza entre un año y otro serían el resultado del crecimiento acelerado de la ciudad desde la década de los 60, sin gobernantes locales que pudieran administrar eficientemente el espacio urbano y gestionar los servicios básicos (Torres Egas 2008). Además, influidos también por los bajos niveles de instrucción de los pobladores y que participan en actividades de baja remuneración (Torres López 2017), por lo que tienen que acceder al espacio urbano de forma ilegal, en asentamientos irregulares, a vivienda con materiales deficitarios, servicios básicos inadecuados o inexistentes y vivir en condiciones de hacinamiento.

4.5. Cristo Vive: del barrio de las matanzas al de las oportunidades

La cooperativa de vivienda Cristo Vive ha atravesado por una etapa de mejoramiento de su infraestructura y dotación de algunos servicios básicos desde su invasión en 1999. Según las entrevistadas, ha habido una mejoría considerable en el estado de las calles, sobre todo con el asfaltado de la calle principal, el servicio de transporte público que ya llega con regularidad y recorre todo Cristo Vive, y hace poco con la instalación de una Unidad de Policía Comunitaria (UPC) que ofrece vigilancia permanente y también alarmas comunitarias. Además, el alumbrado público permite que sus moradores (hasta las mujeres que antes no lo hacían) puedan salir de sus casas hasta en la noche, con mayor seguridad.

Al 2015, según el registro predial de la Dirección de Avalúos y Catastros de la Municipalidad de Santo Domingo, tenía aproximadamente 6.420 habitantes distribuidos en seis barrios, cuando a 1999 eran solo unas cuantas familias en condiciones de suma pobreza las que llegaron a invadir. Las iglesias ya no son las únicas instituciones que han entrado en el barrio, como a finales de la década de 1990, cuyo rol fue apaciguar las contiendas por terrenos, el vandalismo y la violencia que se había generado entre los mismos pobladores, e incluso la delincuencia de los jóvenes desocupados y con problemas de drogadicción. Ahora es notable la presencia del Estado y del gobierno municipal. Existen CIBVs, escuelas, un par de colegios fiscales, un centro de salud y canchas deportivas.

No obstante, el servicio de alcantarillado y agua potable aun es un problema prioritario. La falta de agua potable repercute en la salud de los habitantes que padecen enfermedades estomacales y de la piel por utilizar el agua de lluvia puesto que les resulta costoso comprar el agua de tanquero. La construcción de pozos sépticos y el mal manejo de estas aguas residuales, sobre todo en invierno, es otro de los problemas de este barrio. Además, uno de los mayores inconvenientes sigue siendo la falta de legalización de los terrenos, pese a que algunas de las familias ya han pagado sus cuotas durante años, sin recibir las escrituras. Todavía existen robos y delincuencia, incluso crímenes por ajuste de cuentas, pero es menos frecuente desde que instalaron el UPC en la calle principal. No obstante, algunas entrevistadas denuncian que es común ver a grupos de adolescentes sentados en las esquinas o en las aceras consumiendo drogas en pleno día y generalmente por las tardes, fruto de la desocupación, el desempleo y la deserción escolar.

Las mujeres de la primera y segunda generación que vivieron todo el proceso de asentamiento violento de sus primeros habitantes, relatan que Cristo Vive ha cambiado notablemente. Sin embargo, algunas adolescentes de la tercera generación coinciden cuando dicen sentirse amenazadas por los peligros del barrio, lo que podría ser a causa de la falta de inserción educativa y laboral de los jóvenes de estos barrios.

En este barrio hay bastantes peligros, ladrones. Sé que en todas partes hay, pero en otros lugares no hay tanto como aquí. Aquí se amontona la delincuencia. Hay calles, hay escuelas pero no por eso se acaba la delincuencia. Yo sí he pensado algún día salir de aquí (Viviana Falcones, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

En algunos casos, la situación de los varones puede ser peor que la de las mujeres que al menos en su adolescencia se ven 'rescatadas' por la maternidad y que como grupo de atención prioritaria recibe cursos de formación y capacitación básica gratuitos, no así los hombres que son objeto de la desocupación, el desempleo, la drogadicción o la delincuencia.

Estos cambios en la infraestructura del barrio han generado que la mayoría de las adolescentes se sienta más segura de vivir en Cristo Vive y que encuentre dentro del mismo barrio las posibilidades de estudiar en un colegio público ("6 de Octubre"), sin tener que movilizarse a otros sitios de la ciudad. De esta manera pueden coexistir maternidad adolescente y proyecto de vida liberal, en donde, por lo menos, tienen garantizado el acceso a la educación y a la salud pública gratuitas, escenarios ausentes en las dos anteriores generaciones de mujeres.

4.6. El trabajo como anhelo y lejanía

Según el Censo 2010 de Población y Vivienda, en Santo Domingo, al 2010, 50.907 mujeres formaban parte de la Población Económicamente Activa, frente al 99.244 hombres que pertenecían a esta misma categoría (INEC 2010). La mayoría (15.520) en actividades por cuenta propia. Los dos mayores rubros corresponden a trabajadoras de los servicios y vendedoras (34.6%) y ocupaciones elementales (21.3%) que son limpiadoras, asistentes domésticas, vendedoras ambulantes, peones agropecuarios, pesqueros o de minería, etc. De forma similar a los hombres, quienes trabajan un 24% en ocupaciones elementales y un 18% como oficiales, operarios y artesanos; y un 16.9% como trabajadores de los servicios y vendedores. Estas cifras demuestran cómo en esta década gran parte de la mano de obra en Santo Domingo es no calificada o de baja cualificación y trabaja en actividades de comercio informal y de servicios.

De las mujeres adolescentes de esta tercera generación, el 45% nunca ha trabajado y no considera los quehaceres domésticos en sus casas como un trabajo sino como una ayuda a sus madres o familias. De quienes no han trabajado fuera de casa, las razones son porque reciben la manutención y el apoyo de sus padres o familiares para estudiar, aunque los colegios a los que van son generalmente los colegios fiscales del barrio. Algunas de ellas piensan primero terminar el colegio y luego buscar un trabajo, entendiéndose esto como un período de moratoria social respecto a su incorporación más tardía al mercado laboral.

Por otra parte, está también el hecho de que no importa si estudiaron la primaria, la secundaria completa o incompleta, para los pobladores de estos barrios urbano marginales, en ocasiones se vuelve muy difícil conseguir un trabajo, a eso se le denomina segregación residencial. Sumada a su origen residencial, está su poca calificación para trabajos diferentes a los que hicieron sus madres como empleadas domésticas o vendedoras por provenir de colegios fiscales con escaso reconocimiento en la ciudad. Incluso a veces la raza o etnia se suma a este círculo de la discriminación. Si eres negra, pobre y madre adolescente, aunque seas bachiller, es más difícil conseguir un empleo, de manera similar a si solo eres pobre, madre adolescente y vives en el barrio Cristo Vive. Las madres adolescentes también son estigmatizadas en el trabajo y rechazadas por sus hijos pequeños, a quienes no pueden llevar a sus lugares de empleo.

De quienes sí han trabajado, el 27% empezó en la adolescencia temprana (11-15 años) y el 27% en la adolescencia tardía (16-20), a laborar especialmente en el sector de los servicios (55%), como empleadas domésticas, niñeras o en comedores. Actualmente, la mayoría de ellas se dedica únicamente a los quehaceres domésticos (64%) y a estudiar y a los quehaceres domésticos (27%), simultáneamente. Unas pocas ya terminaron la secundaria, otras la están cursando y algunas se retiraron por su embarazo o a raíz de la unión de pareja.

Están el 9% en el subempleo (trabajando como vendedoras) y el 27% en desempleo. El 18% de ellas ya advierte la dificultad de conseguir un empleo sin haber estudiado por lo menos una parte del colegio, por eso se empeñan en no abandonar el colegio aunque tengan pareja o se hayan embarazado. Cuando consiguen un empleo, lo hacen por temporadas cortas y en actividades básicas, como muestra la misma estadística local. Además, son subremuneradas y generalmente reciben el pago por su trabajo de forma diaria y no mensual, lo que dificulta que puedan ahorrar o proyectar ese dinero más a largo plazo, al contrario, lo gastan en las necesidades cotidianas.

No obstante, un 82% considera que el trabajo les permitirá ser más libres, tener mayor autonomía en el hogar y un 18% piensa en trabajar por el bienestar futuro de sus hijos. En esta época es necesario estudiar y trabajar, ya no basta con el rol de la mujer como madre aunque para ellas sigue siendo el rol principal pero no el único y exclusivo. Las mujeres se están formando al menos en el bachillerato para incorporarse al mercado laboral y así contribuir al sostenimiento familiar o sostener solas a sus hijos en caso de no seguir con sus parejas.

El trabajo se convierte en una conquista personal. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que es el hombre quien mantiene el hogar (64%) o que ubican a los hijos como impedimento (18%) mientras están muy pequeños. No obstante, ellas buscan las estrategias para estudiar y trabajar, como dejar a sus hijos con familiares, vecinas o con sus mismas parejas, conviviendo estos dos proyectos con la maternidad temprana.

Mi marido me dijo que no vaya a trabajar porque para eso yo tenía marido, para que me mantenga. Y que no vaya a trabajar por la niña y porque también tenía que estar en la casa haciéndole el almuerzo todos los días que él llega a las 12:30. Yo decía: “No, pero es que a veces yo también necesito algo para mí... tantas cosas lindas, yo también quiero comprar, quiero ver bien vestida a mi niña, porque a veces yo le pido a él y me dice que no hay (Katherine Caicedo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Es frecuente que las mujeres repitan el rol de sus madres. Entre ellas –sobre todo en las nuevas generaciones– está el deseo de trabajar pero en su medio sociocultural también está generalizado que las mujeres no trabajen sino que se encarguen de sus casas y de sus hijos. Los hombres ven en el trabajo de las mujeres una amenaza. Si ellas trabajan, los maridos sienten disminuida su capacidad de proveedores del hogar y además ven al trabajo como una vía para la independencia de las mujeres o para que se enamoren de alguien más, lo que también es una amenaza.

Nunca he trabajado pero trabajar sí quiero. Le he dicho a mi marido pero él no quiere. Dice que no, que para eso va a trabajar él para mantenernos y darnos, ni para ayudarme, nada, no quiere. Él dice que para eso él es el hombre, por eso tampoco he buscado. Mi mami me dice que si él no me deja que nomás me quede en la casa. Ella también quiere trabajar y mi papi tampoco la deja (Yulexi Martínez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Algunos, si “consienten” que las mujeres estudien, sienten que ya es mucho permitirles también que trabajen. La mujer, entonces, tendría más de un rol; que se modernice, que exija libertad individual también es un peligro porque tradicionalmente ha sido asociada con el cuidado y la protección de los otros y no consigo misma.

De trabajar pues sí he trabajado pero casi no. Una porque a mi marido no le gusta que trabaje porque dice que ya suficiente con el estudio, cuidar a los niños y ver las cosas de la casa, que ya mucho me deja hacer (Lulú Zambrano, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Pero para otras mujeres, trabajar es más que una cuestión de estatus, libertad individual o de sentirse modernas, trabajar es una necesidad de primer orden cuando sus hijos son pequeños y necesitan garantizarles la alimentación y cosas similares, porque el ingreso de sus maridos no abastece.

Mi esposo no me deja trabajar porque dice si yo trabajo, quién se queda con el niño. Tampoco no le gusta la guardería porque dice que ahí los maltratan. Pero no nos alcanza con el trabajo de él, a veces estamos sin plata y a veces no le pagan. El bebé está pequeño, necesita pañales, comida. Y pasamos mal. Un día el niño lloraba, yo ya estaba para irme a trabajar, pero siempre pensando en él, que con quién lo voy a dejar. Una noche pasó toda la noche llore y llore por la teta y yo no sabía qué hacer (Jhoana Mieles, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

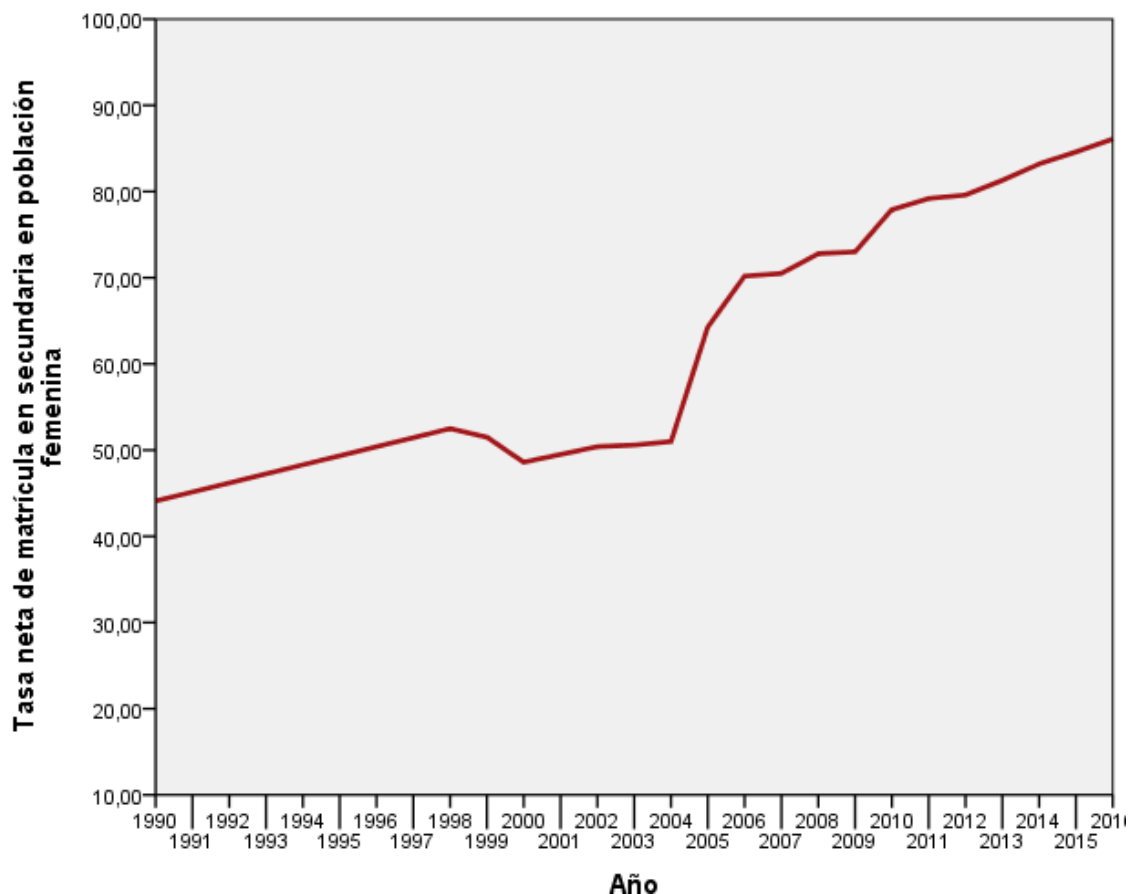
4.7. Educarse es una cuestión de honor

Aunque la educación fue uno de los mecanismos a través de los cuales el Estado ecuatoriano empezó a regular los índices de embarazo adolescente a partir de 1990 por concebirlo como un indicador de subdesarrollo, también y sobre todo, ha sido un mecanismo para configurar distintas expectativas y proyecciones de vida, así como ciertas posibilidades de movilidad social para las adolescentes de barrios urbano marginales. La inversión estatal en educación que en la década de los 80s alcanzó aproximadamente el 30% del presupuesto del Estado y que a finales de los 90s cayó al 9%, a partir del 2008 experimentó una recuperación que en el 2009 alcanzó el 5.7% del PIB, cuando entre el 2000 y el 2007, tal inversión fue de entre el 2.6 y el 2.9% del PIB (Paladines 2015, 14).

En 1990, se tiene registro de una tasa neta de matrícula para la educación secundaria, segmentada en población femenina, del 44.10%, que incrementó hasta 49.35% en 1995. A partir de 1999, existe un crecimiento constante hacia el 2004 (51%). En el 2005, hay un incremento importante del 64.30%, que se mantiene como una cifra alta de acceso a la educación secundaria, hasta el 2016 (86.10%). Es decir que, la mayor tasa neta de matrícula de los últimos 25 años en el país, se registró en el último período de gobierno, que priorizó la

inversión en materia educativa. Antes del 2007, tenía un crecimiento lento, de casi un punto porcentual o menos incluso por año. A partir del año en mención, la tasa de matrícula neta para secundaria sube entre dos y más puntos por año, como se puede observar en el siguiente gráfico:

Figura 5. Tasa neta de matrícula en educación secundaria en población femenina



Fuente: SIISE 2017, Encuesta de Condiciones de Vida (ECV)

Paradójicamente, a medida que aumenta la tasa neta de matrícula en secundaria, también aumenta la tasa específica de nacimientos en las adolescentes. En varios años (1995, 2002, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010 y 2012), aunque se mantienen altas las tasas de matrícula en mujeres para la educación secundaria, el número de nacimientos sigue creciendo en al menos tres y cuatro puntos porcentuales cada año, desde el 2006, y en siete puntos porcentuales entre 2005 y 2006.

Esto evidencia que el mayor acceso a la educación secundaria, en menoscabo de las políticas gubernamentales por reducir las tasas de embarazo adolescente, no influyó en la disminución de la tasa específica de nacimientos en madres adolescentes. Al contrario, mientras las

adolescentes más acceden al colegio, la variable número de nacimientos no disminuye, sino que crece o se mantiene. A pesar de que en esta investigación no buscamos correlación ni causalidad entre educación y embarazo adolescente, a partir de estos resultados, creemos que es necesario observar no solamente si mejoran o no las condiciones materiales de vida de las adolescentes como el acceso a la educación, sino cómo está construida su propia experiencia, prácticas y sentidos que otorgan a la maternidad para entender estas continuidades desde el lugar preciso que cada mujer le asigna.

En relación con las cifras de educación más locales, de las mujeres de la tercera generación entrevistadas para el presente estudio, el 100% estudió la primaria. Un 18% hizo la secundaria completa y otro 55% hizo la secundaria incompleta. El 27% actualmente está cursando la secundaria. El 45% hizo bachillerato en contabilidad e informática; el 9% en ciencias generales. El 64% ha elegido esas especialidades por no tener otra opción dentro de la oferta académica de los colegios públicos cercanos a sus domicilios.

El 45% no llegó al bachillerato. El 64% estudió en modalidad presencial; el 9%, a distancia; el 18% en modalidad bachillerato acelerado; y el 9% a través de un proyecto social para personas de escasos recursos. El tipo de formación que recibieron fue el 45% práctica, el 27%, formación teórica básica y el 27% mixta. El principal objetivo de la educación para ellas es tener la posibilidad de acceder a un empleo bien remunerado y que les guste (55%) aunque estudiar no les garantice que luego conseguirán un empleo porque además solo cursan la secundaria y luego no son contratadas por falta de mayor formación, experiencia, recomendaciones, segregación residencial o por tener hijos; y seguidamente, el de ser madres ejemplares (45%) para sus hijos.

No obstante, el 55% abandonó la educación ante su primera unión de pareja y primer embarazo, estragos físicos y estigma; el 27% ya lo había abandonado antes por dificultades económicas y logísticas. Se encontró una alta incidencia de embarazo adolescente en el colegio y la reacción del entorno escolar es de rechazo y estigma (64%). En pocas ocasiones, cuando las mujeres de esta tercera generación ya tienen esposo, los gastos menores asociados a la educación corren por cuenta de sus maridos porque generalmente estudian en colegios públicos cerca del barrio. Pero en algunos casos, una vez que se unen a sus parejas ya dejan de estudiar porque la unión va ligada al hecho de que se embarazan y ya tienen que encargarse de la casa y del cuidado del hijo. La ruptura se produce cuando a través de los métodos

anticonceptivos pueden evitar embarazos reiterados y volver al colegio, aunque tengan que encargar y compartir el cuidado de sus hijos con familiares o vecinas. Varias de ellas se han retirado ante el embarazo pero han vuelto a estudiar después.

Una de las deficiencias de los colegios del barrio es que, uno de ellos, por ejemplo, el colegio 6 de Octubre, solamente oferta el bachillerato con especialidad en contabilidad, de modo que a los estudiantes a quienes no les gusta esa especialidad, en quinto año de colegio tienen que cambiarse de colegio. Como no tienen los recursos para pagar un colegio privado, se tienen que quedar ahí si quieren obtener un título. Algunas de las estudiantes, al no haber sido preparadas en sus familias para perseguir metas de mediano o largo plazo como la educación, la abandonan a medio acabar, cuando sienten los estragos del embarazo o cuando sus parejas se mudan de un barrio o de una ciudad a otra en busca de empleo. La gran movilidad territorial de la que son objeto, generalmente no les permite estabilidad para alcanzar metas de este tipo o para darle continuidad a algún proyecto o expectativa mayor.

Respecto al tipo de formación que reciben, durante los primeros años la formación es básica y teórica y ya en los siguientes es más práctica, números, cálculos y poca teoría. Algunas buscan diferentes modalidades de estudio como la educación a distancia (los fines de semana) o programas como los del bachillerato acelerado que buscan evitar la deserción escolar y asegurar la continuidad y el buen término del colegio. No obstante, el sistema del bachillerato acelerado, que tiene una duración de 10 meses, es solo para mayores de 20 años, edad cuando las jóvenes a lo mejor ya han tenido más de uno o dos hijos y/o alguno de ellos ya van a entrar al jardín o al inicial y se les dificulta aún más continuar estudiando.

Como se ha expuesto, aunque la educación no les brinde posibilidades reales de insertarse en el mercado laboral, es muy valorada por las mujeres de esta tercera generación por una cuestión de estatus. Ven en ella la posibilidad de ser reconocidas como mujeres inteligentes y capaces, cuando sus hijos crezcan y puedan decir que ellas se graduaron y no solo que saben leer, escribir y contar.

Le digo a mi esposo, que a mí me gustaría que por lo menos dijeran mi mamá es graduada o tal cosa. No que digan “¿tú mamá en qué trabaja?”: ama de casa, qué sé yo. Claro que no es un oficio del que uno dice: “uh, me avergüenzo, no, porque mi mami es ama de casa pero no es como que digan: ¡chútica, su mamá se graduó!, o por lo menos yo poderles enseñar a mis

hijos cómo hacer los deberes (Gissela Tuárez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Y también la educación es valorada porque las mujeres sienten que es un espacio en el que pueden ser autónomas, ir construyendo algo propio, más allá de los hijos y del matrimonio y la casa. Valoran la experiencia de aprender, de sentirse útiles, capaces, desafiando la idea que tienen sus parejas de que al colegio ellas nomás “van a buscar marido”.

Quiero estudiar enfermería para poder trabajar y de paso uno también ya aprende. ¿Qué dice tu esposo de que estudies? Me dice que bien. Estudie si usted quiere estudiar, porque antes me decía que no porque la mamá le decía que cuando uno va a esos colegios no va a estudiar sino es a buscar marido. Ya pues, a él le metían esas cosas en la cabeza y no quería que estudiara. Mi prima me dice que no me meta en enfermería pero yo le digo que es una experiencia que yo quiero, sea para bien o sea para mal. Yo voy a seguir estudiando, le guste a quien le guste. A mí me gusta estudiar, ser emprendedora (Tatiana Mendoza, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Estas adolescentes valoran la formación que reciben en tiempos cortos, como la de las academias o fundaciones que trabajan específicamente con gente de menores recursos y que ofrecen una educación más práctica y básica a menores precios y en menores tiempos. La educación tiene que ser rápida, práctica, útil, servirles directamente para desempeñarse en algún empleo u oficio que les permita ganar dinero y ver recompensado en ello su esfuerzo. Esto conjuga con su noción acelerada del tiempo y con la idea de que no elaboran grandes proyectos de largo plazo, sino que más bien elaboran y reelaboran sus metas en la cotidianidad, intentando alcanzarlas por la vía más corta, conscientes de que su condición de continuas migrantes (internas o externas) no les permitirá detenerse mucho tiempo en ningún objetivo.

Las fundaciones y las instituciones sin fines de lucro son otras de las opciones que tienen las adolescentes de escasos recursos para poder estudiar en una ciudad en donde no existen universidades públicas y los colegios públicos tienen ciertas deficiencias como la necesidad de ampliar la oferta educativa, pocos cupos para ingresar o que están lejos de sus domicilios.

Estudié en un proyecto que era gratis porque mis padres no tenían plata, se llama “Soñando por el cambio”, me quedé hasta tercero porque de ahí ya salí embarazada. El colegio era

bonito. Estudiábamos de 7 a 5 de la tarde. Allá comíamos, íbamos a las clases hasta la 1 y en la tarde nos bañábamos y jugábamos básquet, fútbol, nos daban refrigerio y cada cual regresaba a su casa. Tenía muchas amigas. Algunas tuvieron embarazo siendo adolescentes, siquiera unas 10 o más. No terminaban, se salían de estudiar (Jhoana Mieles, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Una de las deficiencias que tienen las escuelas y colegios en donde estudian estas adolescentes es que al igual que sus barrios, son tan pequeñas y de tan poca capacidad, infraestructura y calidad, que concentran a estudiantes del mismo estrato social y del mismo barrio incluso, lo que imposibilita que las mujeres tengan contacto con otros referentes culturales que pudieran ser de mucha riqueza para su experiencia de vida, además de ofrecerles los vínculos y contactos posteriores para un trabajo, por ejemplo. Entonces son todas mujeres que viven en la misma o en una similar situación de precariedad económica, inestabilidad familiar y alta movilidad territorial, de modo que no pueden ofrecerse mucho apoyo de ningún tipo.

Yo estudié en la escuela República de Venezuela, quedaba por la Isla pero ya cerró. La escuela era chiquita, solo para el barrio, la gente de ahí. La mayoría de chicas que conozco de ahí ya se han ido con marido, se fueron a los 13-12 con marido y ya no fueron al colegio (Bella Canchingre, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Entre la falta de recursos económicos y la inestabilidad familiar y la falta de apoyo, son otras de las razones por las que las estudiantes desertan del colegio, transitando de un colegio a otro, suspendiendo los estudios unos meses o incluso años, regresando y volviendo a retirarse, lo que además provoca una experiencia escolar interrumpida y no les permite consolidar vínculos ni aprendizajes. Lograr la estabilidad les cuesta mucho.

Estaba estudiando en el Villa Florida pero mi mami ya no tenía para mandarme al colegio, no alcanzaba para todos los muchachos. Aquí en los colegios del barrio no me cogían, no había cupo. De ahí dejé de ir dos años. Ya en noveno, faltando un parcial para terminar me retiré. De ahí otra vez quise estudiar pero me retiré al primer mes, ya no estudié más. Me retiré, ya no quise ir al colegio. Mi mami ya no tenía plata para mandarme y mejor me quedé aquí. De ahí otra vez le dije a mi mami que me ponga en el 6 de Octubre y ahí terminé

noveno. Ahorita voy a primero de bachillerato (Bella Canchingre, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Algunas de estas mujeres no destacan tanto que les gustara aprender o que fueran a estudiar para obtener un título y luego un mejor trabajo, es más, creen no ser aptas para estudiar por problemas de memoria, de dedicación o de sobrecarga de trabajo. En cambio, destacan la experiencia escolar como algo positivo porque les provee de compañeras y amigas con quienes pueden socializar.

¿Y sí te gustaba estudiar? No, nunca se me grababan bien las cosas. Siempre tomaban lección, lección todos los días y era muy pesado. No me gustaba. Pero sí me gustaba mucho compartir y jugar con mis amigas (Sara Parra, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

4.8. Mi cuerpo es mío... Los hijos se planifican

En el año 2000, en el marco de la Ley de Educación Sexual y del Amor aprobada en 1998, se inició la aplicación del Plan Nacional de Educación para la Sexualidad y el Amor (PLANESA) y que en el 2003 se convirtió en el Programa Nacional de Educación Sexual y el Amor (PRONESA). La institucionalización de la educación sexual se ratifica en el 2006 con la implementación del Plan Decenal para la Educación, en donde la educación sexual y reproductiva se asume como un contenido continuo en las mallas curriculares de todas las instituciones educativas hasta el año 2016, siendo esta vez los maestros y los libros de texto los capacitados para enseñar a los adolescentes sobre su sexualidad.

Respecto a la educación sexual y reproductiva entre estos años, se pueden destacar cuatro enfoques de enseñanza:

- Modelo biomédico: explica la sexualidad desde su dimensión biológica y psicológica, considerando el ejercicio de la sexualidad (al acto genital) como una posible amenaza. Centra su intervención en los métodos anticonceptivos para evitar embarazos adolescentes y enfermedades de transmisión sexual.
- Modelo de explicación moralizante: enseña el ejercicio de la sexualidad desde presupuestos éticos y morales (Morgade 2008). Está basado en la ética como normatividad de la sexualidad, procura la abstención de la sexualidad y el resguardo

de la genitalidad para preservar el bienestar corporal y espiritual. Considera que los adolescentes no están capacitados para elegir, siendo el ejercicio de la sexualidad un acto irresponsable y de transgresión de las normas morales y de abstinencia positivas para el individuo.

- Modelo bio-psico-sexual: enfoca a la sexualidad desde una perspectiva interdisciplinaria (lo biológico, lo psicológico y lo social), a modo de comprenderla de manera integral, haciendo énfasis en la construcción de las relaciones de género y en la sexualidad respecto de la construcción de la identidad.
- Modelo de educación sexual basado en un enfoque de género: el género es una categoría analítica, históricamente atravesada por factores como la clase social, la etnia, el género y el sexo, siendo las relaciones de género, relaciones de poder.

El Ministerio de Educación, además del Ministerio de Salud, eran responsables de ejecutar la política educativa para la prevención del embarazo en adolescentes, una vez que este fue concebido como un problema en la década de los 80's. A partir del 2011 y hasta el 2014 entra en ejecución la Estrategia Nacional Intersectorial de Planificación Familiar y Prevención del Embarazo (ENIPLA) en respuesta a los altos índices de embarazo adolescente que, entre el 2000 y el 2010, aumentó en un 74% en adolescentes y jóvenes de entre 12 a 19 años de edad. En 2013, 10 de cada 100 adolescentes de 12 a 19 años eran madres en Ecuador; 44 de cada 100 tuvieron su primer hijo entre 15 a 19 años y el 2,4% entre 12 y 14 años (INEC 2013).

La ENIPLA fue el primer proyecto intersectorial que pretendía garantizar el acceso integral a la salud sexual y reproductiva a los adolescentes mediante información, asesoría en sexualidad, anticoncepción y planificación familiar. Su intervención articulaba el trabajo de los Ministerios de Salud Pública, Educación, Inclusión Económica y Social y al Ministerio Coordinador de Desarrollo Social.

A través de sus campañas, pretendía hablar de la sexualidad sin tabúes sino con una educación sexual informada para reducir los índices de embarazo no deseado, enfermedades de transmisión sexual, etc. En 2013, se aprobó el Reglamento para regular el acceso y la disponibilidad de métodos anticonceptivos en el Sistema Nacional de Salud.

No obstante, hubo fuertes críticas a la ENIPLA, de parte del ala conservadora del mismo gobierno nacional que denunció “que el libre acceso a información y el suministro gratuito de

anticonceptivos a las/los adolescente promovía la actividad y el libertinaje sexual, el hedonismo” (Herrera 2016, 31). Como los índices de embarazo adolescente no habían descendido, el presidente Rafael Correa anunció que en su lugar, desde el 2015 se implementaría el Plan Nacional de Fortalecimiento de la Familia (PNFF).

Este PNFF, a su vez, fue más tarde criticado de conservador y retardatario porque impugnaba varios de los derechos de la Constitución y de los tratados internacionales sobre el derecho de los/las niños y adolescente a una educación sexual integral, y el derecho a una salud sexual responsable, de manera que pudieran decidir de manera informada y libre sobre su cuerpo, su sexualidad y, en último término, sobre la reproducción, asistidos por recursos y opciones como la anticoncepción y la planificación familiar.

El PNFF, ejecutado entre 2015 y 2017, sustituía la facultad de decidir sobre la sexualidad de manera informada por la abstinencia sexual en nombre de los valores humanos –“preceptos morales se opone a la laicidad del Estado y a la impartición de un sistema de educación sexual integral” (Herrera 2016, 31) – la responsabilidad individual y la familia. Además no era un proyecto intersectorial sino que estaba a cargo del Ejecutivo.

Como se ha expuesto, para evitar el embarazo en adolescentes, se sugería la abstinencia, la postergación del inicio de la vida sexual, haciendo hincapié en las buenas costumbres, en la honra y en la buena moral conservadora, recayendo esta responsabilidad directamente sobre la familia que es la que decide por los jóvenes cómo hacer uso de su cuerpo, de su sexualidad y de la reproducción, porque los adolescentes, desde esta posición de tutelados, no tienen la autonomía ni la capacidad para tomar sus propias decisiones.

Ante todo, hemos de destacar que durante toda esta década, el embarazo adolescente es concebido como un problema. Empecemos por ratificar que la maternidad e incluso las uniones de pareja se producen de una forma particular de acuerdo al lugar, a la cultura y a la clase social. Para las mujeres de la costa analizadas en este estudio, las uniones de pareja entre los 12 y los 16 años es un acontecimiento totalmente común y, por lo tanto, legítimo y acostumbrado entre su medio social.

Es como si la vida de estas adolescentes se hubiera dividido en períodos o en ciclos muy cortos que exigen su pronta maduración social, sin dar mayor lugar a la moratoria social que

generalmente viven los adolescentes durante ese período. Es decir que no hay un espacio muy definido, que se deba respetar entre el ser niña y el ser mujer ya grande. De las entrevistadas, la edad a la que la mujer empieza a convivir con su pareja está en un 64% entre 12 y 15 años (adolescencia temprana).

En las anteriores generaciones era común que a esa edad las mujeres se desprendieran de su núcleo familiar hasta para dejar de ser una carga económica para sus padres. De ahí que no hubiera una mala reacción de los padres ante la unión de pareja ni ante el embarazo adolescente que, por lo demás, era una función connatural del cuerpo de la mujer y algo lógico si ya tenía marido. Y no estaba extendida la crítica ni era alarmante decir que había “embarazo adolescente”, asociando el tener un hijo a una etapa temprana con un problema. Existe la frustración cuando se había pensado o proyectado hacer otra cosa en ese período vital, cuando acontece un cambio de planes o una fuerte ruptura respecto de la situación anterior. En esas generaciones, esa ruptura no existía, es más, las mujeres no sentían que su vida cambiase radicalmente luego de la maternidad.

Esta situación es diferente en la tercera generación de madres adolescentes. Ahora la reacción de la familia ante la primera unión de pareja fue de frustración y rechazo en un 55% y de normalización un 36%. El rechazo se evidencia, además, en que algunos de los padres de las adolescentes consultadas han denunciado a los maridos de sus hijas por “llevárselas” siendo menores de edad porque todavía los hombres siguen siendo mayores que las mujeres. De las entrevistadas, el 64% tiene una diferencia de edad de entre 6 y 10 años con su primera pareja. Reprobar que sus hijas tengan pareja está asociado al hecho de que ya existe un proyecto de vida algo estructurado para ellas, independientemente de que tengan un hombre a su lado. Y si bien, el matrimonio y la maternidad siguen siendo su rol principal y lugar privilegiado, ya no son los únicos que las completan como mujeres y como individuos.

Y además, como se ha expuesto antes, sus padres y abuelos consideran que “ya son otros tiempos”, a decir de los mismos padres, en donde existen mayores accesos y oportunidades para las adolescentes de su clase social, históricamente desatendidas por el Estado, asociando las ventajas ofrecidas por la estructura de oportunidades con las posibilidades, por primera vez, reales o por lo menos muy cercanas, a la movilidad social y que, por si fuera poco, otorgan un lugar de dignidad y de respeto a las mujeres por sus capacidades, y no solamente

biológicas o de cuidado. De ahí que su reacción ante el primer embarazo de sus hijas sea de frustración y rechazo en un 64% y de normalización en un 18%.

De ahí también que se conciba al embarazo adolescente como un problema o un error que las adolescentes ya no tienen más que hacer sino asumir, sin que esto signifique en todos los casos un abandono de su proyecto de vida. Por el contrario, los mismos padres apoyan que sus hijas continúen estudiando, aun después de casarse o de ser madres y por eso se ofrecen como un marco de apoyo para el cuidado de sus nietos pequeños. Esta maternidad compartida es la clave de la continuidad escolar o laboral de las adolescentes de esta tercera generación. Estar solas en el cuidado de sus hijos no solo que las recarga de trabajo sino que también disminuye sus posibilidades de socialización más allá del hogar en donde, una vez que se recluyen, es difícil salir.

El 55% tuvo su primer hijo estando en unión libre y el 27%, siendo soltera. La madre-soltería es un problema para esta generación, más allá que meramente económico y de quién se va a encargar del hijo, es un problema de estatus, como si las mujeres casadas, efectivamente, valieran más que las madre-solteras y las divorciadas o separadas. De manera que en las madres solteras, al estigma del embarazo adolescente se les agrega la vergüenza de estar solas, de que un hombre no se haya hecho cargo de la situación, esto con toda la carga peyorativa y descalificadora de la mujer a quien el hombre ha negado ser el padre de su hijo. Entonces se asocia a la mujer con la promiscuidad y se la irrespeta por una supuesta condición de indignidad.

La fragilidad del vínculo con las parejas y el rehacer constantemente la vida es una condición incluso naturalizada en el medio social de estas mujeres, parte de una población en donde todo es frágil y en donde la estabilidad no es una condición posible. Tener acceso a otros medios y conocer otros espacios y personas como el colegio y el trabajo, les permite ampliar su círculo de socialización incluso para conocer a sus parejas. Las generaciones pasadas conocían a su primer novio y esposo en el mismo barrio y mantenían una relación de muchos años con esa misma persona.

De las mujeres de esta tercera generación, el 55% conoció a su primera pareja en el barrio; el 27% en el colegio y el 18% en otros espacios comunes. Aunque esta diversificación de los espacios en que las adolescentes interactúan no descarta que también es una constante que

elijan como pareja a un hombre de su misma condición social. El oficio de su primera pareja fue vendedor, comerciante, mecánico y albañil (64%), lo que hace que sea una unión de elementos homogéneos que haría menos probable la movilidad social.

Por otra parte, en las relaciones de pareja que establecen las mujeres de esta generación, ya aparece el concepto del enamoramiento. La mujer no se queda con el único hombre que conocía en el campo y que la libraba de la violencia de su familia (primera generación) o con el menos malo o que le ofrecía algún apoyo económico (segunda generación), sino que puede elegir quedarse con el hombre del cual se enamora. De esta generación, el 73% sí estaba enamorada del padre de su primer hijo y solo el 27%, no.

Los tiempos en que establecen su relación de pareja siguen siendo tiempos cortos. El 64% registra un tiempo promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja y el 36% de 7 meses a 1 año. Con frecuencia, conocen a sus parejas en una fiesta o en algún lugar y ya forman una relación de noviazgo. También sigue siendo frecuente que se embaracen en su primera relación sexual y con su primer novio, de modo que esto desmiente el estereotipo que hipersexualiza y señala como promiscuas a las mujeres costeñas.

El problema más destacable de la vida en pareja ya no es la violencia física o directa como en las generaciones pasadas, sino que la relación de mujeres casadas o con el compromiso de encargarse de un hogar demanda mayor tiempo y trabajo rutinario, quedándoles poco lugar para ellas mismas, para el descanso y la recreación (64%). Y no es que la violencia se haya erradicado sino que cambiado las relaciones de poder han cambiado en favor de las mujeres, cuya identidad ya no es la vulnerabilidad de las mujeres de las generaciones pasadas. Aunque las tres comparten su condición étnica, estas mujeres están más resueltas a evitar la violencia de sus parejas:

¿Él nunca ha sido violento? Una vez me trancó una cachetada pero de ahí después que otra vez lo iba a hacer ya no lo hizo porque si nosotras nos dejamos, ya nos va a coger adebajo y adebajo. Nosotras ya tenemos que pararle la situación porque también ya nos ven así que nosotras somos calladas (...). Yo le paré esa vez, yo no me dejé porque si no él lo iba a seguir haciendo (Katherine Caicedo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

El 82% no tuvo planificación familiar antes del primer embarazo, que es una cifra destacable ya en una época en la cual existe una considerable difusión de información acerca de educación sexual y reproductiva, métodos anticonceptivos y planificación familiar, además de los accesos gratuitos en los centros de salud públicos a estos programas. Un 91% sí ha planeado después del primer embarazo, que es cuando obligatoriamente tienen que pasar por el control médico en el hospital o donde fueren atendidas en el parto, siendo en un 27% estos establecimientos de salud pública quienes las orientan e informan luego del primer parto y de los siguientes, durante los controles de planificación familiar y uso de métodos anticonceptivos.

Sin embargo, no es el sistema de salud –sino el sistema educativo– el medio prioritario a través del cual reciben información pero sí a través del cual se proveen de los recursos (métodos) para evitar un embarazo no deseado. El 55% de las adolescentes de esta tercera generación declara haber recibido información sobre métodos anticonceptivos en el colegio. Dentro de la planificación familiar es común que las adolescentes ensayen varios métodos anticonceptivos antes de quedarse con el que mejor sea asimilado por su organismo, hasta eso, ya han tenido que atravesar por una serie de estragos y problemas de salud como efectos colaterales. No obstante, es siempre la mujer la que utiliza métodos de prevención y no su pareja que, a lo sumo, ha ensayado el coito interrumpido o método del retiro.

Por su parte, la mayoría de las parejas masculinas están de acuerdo con que sus parejas utilicen algún método anticonceptivo, sobre todo para espaciar los tiempos en que tienen un hijo y otro o definitivamente para no tener hijos cuando se trata de relaciones inestables. A veces son las mismas mujeres quienes procuran no “llenarse de hijos” en sus mismas palabras y no porque no quieran tener familias numerosas o decidan no ser madres, sino porque es menos difícil tener hijos espaciadamente por cuestiones del cuidado o para poder mantenerlos económicamente.

Mi marido quiere tener otro, si por él fuera, ahorita mismo, pero yo le digo que no porque la niña está todavía muy pequeña, yo tengo que andar bañándola, cambiándola de ropa, peinándola, todo eso y se me va a hacer complicado cuidarla a ella y cuidar a otro bebé. Le digo que ya cuando la niña tenga unos 5 años, ahí sí. Él dice que quiere un varoncito, quiere tener la parejita (Cristina Angulo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

Otras mujeres, la mayoría, defienden su libertad individual. Tener muchos hijos representa una carga que les impide salir, estudiar, trabajar, realizarse profesionalmente. En estos casos han utilizado los métodos anticonceptivos como una estrategia para decidir sobre sus cuerpos, sus tiempos y sus proyectos de vida o planes un tanto más a mediano y largo plazo que sobre todo les permitan la movilidad social.

Ya no quiero más hijos. Mi marido sí. Me dice “tengamos una niña”. ¡Ay, no!, le digo, no quiero saber ni de niña ni de niño porque yo soy enseñada así, si quiero irme a algún lado o a aprender, yo me voy sola. En cambio, estando embarazada es imposible. No puedo salir y peormente, ya con hijos tengo que andar con el niño, los pañales, que el subcentro, las vacunas. Eso no quiero yo (Fanny Vélez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

También está el caso de las mujeres que luego de haber tenido pocos o muchos hijos, deciden finalmente no tener más embarazos, dada su experiencia, aunque no es una decisión definitiva porque son tan jóvenes que no pueden recurrir a métodos anticonceptivos permanentes como la esterilización femenina o ligadura de trompas, aunque sean muy jóvenes y alto el número de hijos.

Ahorita tengo puesto el implante. A lo que mi hija cumpla los 3 años ya me lo quitan. Y de ahí me toca cuidarme con inyecciones porque más niños no quiero tener, ya con los dos ya me quedó escarmiento, más niños ya no más, ahí nomás me quedo (Julia Caicedo, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

En algunas ocasiones, el método anticonceptivo falla, es utilizado de manera inadecuada o según sus obstetras, las mujeres son muy fértiles de modo que, aunque se estén cuidando, tienen uno o reiterados embarazos no planeados. También sucede que, a sabiendas de que no están utilizando ningún método, tienen sus primeras relaciones sexuales en las que enseguida quedan embarazadas y ya no tienen ningún tiempo para planificar. O que todavía existen mitos y miedos en torno a la sexualidad y a los métodos para planificarla. En estas circunstancias, las madres prefieren asumir el embarazo que tomar otras medidas porque asumen lo imprevisto, lo no planeado, como una decisión sobrehumana pero buena, como una bendición.

4.9. Ser madre pero sobre todo ser mujer. El individuo que proyecta la vida

Estas mujeres fueron madres entre la década del 2010 y la actualidad. El individuo prima sobre todo lo demás. El discurso de la maternidad como sacrificio absoluto ya no es de utilidad para comprender su experiencia. Estas jóvenes no ocultan la vulnerabilidad ni el cansancio que les produce el ser madres adolescentes, tampoco ocultan que les genera muchos momentos de alegría y realización personal. La maternidad temprana no es un impedimento para cumplir sus expectativas personales. Ya no renuncian a sus deseos en nombre de una maternidad incondicional porque antes que madres son personas.

Su concepción del tiempo cambia a un tiempo más acelerado. Tienen muy definido un pasado que no quieren repetir, un presente que desean vivir a plenitud y de prisa y un futuro para el cual quisieran estar mejor preparadas aunque tampoco tienen muy claras las estrategias necesarias para alcanzar ese objetivo. Se trata de una generación que no elabora grandes proyectos a largo plazo, sino que elabora y reelabora sus metas en la cotidianidad.

Ejercen la experiencia de la maternidad ambulante. Van con sus hijos de un lado a otro. Se adaptan a la movilidad territorial de sus parejas por trabajo y por vivienda, como parte de un proyecto familiar. Son objeto de una menor movilidad interurbana que las generaciones pasadas pero de una mayor movilidad intraurbana, es decir, que van de un barrio a otro dentro de Santo Domingo, moviéndose por las casas de sus familiares que les prestan vivienda gratuita. Algunas llegaron a Cristo Vive porque ese es el barrio en donde viven sus parejas y cuando se separan, que es lo más frecuente, se regresan a sus barrios originales.

Las mujeres no permanecen mucho tiempo en una relación que las violenta o que no les permita mantener algún grado de autonomía o de bienestar de cualquier tipo. Tienen menos miedo que las generaciones anteriores a la ruptura y al rehacer, que es una constante en sus vidas y en su discurso que enuncia la defensa de la libertad individual. Varias de ellas reconocen abiertamente que la maternidad o que la primera unión de pareja fueron un error que, no obstante, no ha sido impedimento para continuar con otras metas, una vez que se concibe a la maternidad no como un proyecto exclusivo en la vida de las mujeres.

Conceptualmente, ya saben qué es un proyecto de vida. Lo han hablado en sus escuelas y colegios y muy probablemente han diseñado uno propio alguna vez, aunque no lo hayan socializado en sus familias.

De hecho, el 100% declara que sí existen nociones de "proyecto de vida" en su entorno. El 18% configuró su proyecto de vida en la infancia y el 82% en la preadolescencia, antes de tener su primera pareja y embarazo. Algunas otras, lo configuraron después de la maternidad, siendo ambos una carga extra para lograr sus metas de vida o incluso una parte de esas metas. El 91% de sus familias tienen la expectativa de que sus hijas estudien y trabajen. La educación y el trabajo han sido el gran eje transformador de la vida en la ciudad. El 73% anhela tener un oficio, generalmente feminizado; y el 27%, ser un referente para sus hijos, a través del estudio y del trabajo, a través de la autonomía como mujeres y del ejemplo. Aunque tener pareja y el embarazo es la razón principal que ha interrumpido el proyecto vital (55%), además del estigma social asociado a su condición etérea, las adolescentes ponen en juego una serie de estrategias para la movilidad social que les ha permitido cursar la secundaria.

Inician su vida sexual más temprano que las generaciones pasadas y por eso también son madres al menos un par de años antes que la primera y segunda generación (durante la adolescencia temprana), lo que origina que sean objeto de estigmatización, sobre todo si no tienen pareja porque su medio social sigue valorando a las mujeres en tanto han "completado" su existencia y rol femenino mediante el esposo y los hijos. Su forma de vida en pareja es predominantemente la unión libre, hecho completamente normalizado en las mujeres de la costa y sobre todo de esta última generación. Sus parejas son comúnmente mayores que las mujeres.

De las entrevistadas para esta tercera generación, el 45% tuvo su primer hijo entre los 12 y 15 años (adolescencia temprana) y el 55% entre los 16 y 19 años (adolescencia tardía). El número de hijos promedio es de 1 a 2 hijos (82%) y la causa de embarazo, el error o descuido en un 73%, de modo que el embarazo adolescente ha sido concebido como un problema (55%) pero a la vez como una experiencia gratificante.

Para el 45% no es un problema sino un motivo de alegría (75%), compañía (8%) y lo único propio (17%). El barrio normaliza el embarazo adolescente (42%) si se tiene pareja pero no si se es madre soltera. Hay estigma o rechazo (58%) cuando el embarazo se produce en la adolescencia temprana (11-14 años), sobre todo en las instituciones educativas, laborales y de salud pública precisamente por la heterogeneidad de los vínculos que ahora tiene esta generación. El 83% de las madres encuestadas siente que su vida no cambió después de ser

madre. No obstante, un 17% reclama que ser madre suspendió sus tiempos para la recreación y el descanso y en menor medida para continuar con su educación.

Las mayores dificultades en la experiencia de la maternidad han sido los primeros años y cuidados del hijo (50%) y cuando se es madre soltera o separada (25%). El mayor apoyo que han tenido las madres en la crianza de sus hijos ha sido el de sus familiares (50%), vecinas (25%), disminuyendo la carga de cuidado a sus hijos mayores (17%).

Para enfrentarse a las viejas estructuras de la maternidad tradicional, que en el discurso asigna a las mujeres el espacio doméstico, mantienen las mismas estrategias que las mujeres de la primera y segunda generación: la crianza o cuidado compartido. Un modelo de maternidad más colectivo en el que participan sus familiares, vecinas y pareja mientras la adolescente continúa estudiando la secundaria, trabajando fuera de casa y/o saliendo a divertirse. Aunque sean madres no dejan de recrearse ni de practicar algún deporte que les guste, o de ver sus telenovelas ni de navegar en internet y estar activas en redes sociales:

Mi marido me dice “tengamos otra niña”. ¡Ay, no!, le digo, conmigo no, no quiero saber ni de niña ni de niño porque yo soy enseñada así: si quiero irme a algún lado, al centro, así, si quiero ir a aprender, yo me voy sola. En cambio, estando embarazada es imposible. No puedo salir y peormente, ya con hijos tengo que andar con los pañales, con las vacunas, con el pediatra. Eso no quiero yo. Ahorita quedaron todos cuatro en la casa solos viendo la tv. Ahí está una vecina a ladito, cuando yo salgo, ella me los da viendo. Cuando salgo al colegio quedan con el papá (Fanny Vélez, madre de la tercera generación, en conversación con la autora, marzo de 2018).

La mujer como individuo con derechos y libertades importa, de ahí que la maternidad tampoco en esta generación sea vivida como un completo autosacrificio ni desde el lugar de la renuncia sino de la coexistencia, a veces contradictoria y a veces pacífica. No obstante, la maternidad sigue siendo naturalizada como parte esencial de la vida de las mujeres, por eso no se cuestionan si ser madres o no, pero sí se cuestionan el número de hijos que decidan tener, el uso de métodos anticonceptivos y quién se encargará del cuidado de los hijos. Consideran que el trabajo les permitirá ser más libres, tener mayor autonomía en el hogar y ser un ejemplo para sus hijos, pero sobre todo, comprar y satisfacer sus deseos de comer, vestir bien y acceder al consumo, en estas instancias no importa mucho el mañana.

Incorporarse al mercado laboral es una meta para contribuir al sostenimiento familiar o incluso para sostener solas a sus hijos, de no seguir con sus parejas, opción que siempre mantienen presente por la fragilidad de los vínculos que establecen. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que es el hombre quien mantiene el hogar o que ubican a los hijos como impedimento. Poco toleran la violencia de sus parejas.

Mientras tanto, ellas se desapegan cada vez más pronto de sus hijos y utilizan la planificación familiar como una estrategia para el control de la fecundidad, para el goce de la libertad individual y para el disfrute de la sexualidad. Pero no planifican desde antes del primer hijo, sino siempre desde el primer parto, cuando acuden a instituciones de salud pública que les orientan y facilitan el acceso a métodos anticonceptivos. Por primera vez, la educación se convierte en una conquista personal, aunque luego no les garantice un empleo. Es el estatus lo que más importa. Sentirse orgullosas de haberse graduado de la secundaria, y capaces de ayudar a sus hijos a hacer las tareas cuando vayan a la escuela.

Las jóvenes gustan de los trabajos no difíciles, como niñeras, en quehaceres domésticos o de meseras. Ninguna se dedica al comercio o a la producción, sobre todo por falta de capitales. Quienes han vivido en zonas rurales prefieren los oficios domésticos que el trabajo en el campo. Al igual que las mujeres de la segunda generación, a estas jóvenes les gusta salir a divertirse. Generalmente han conocido a sus parejas en bailes organizados en el barrio.

Si a las abuelas les preocupaba la subsistencia y encontrar un lugar propio para vivir con sus hijos, a las madres de esta tercera generación ya no. Ahora no luchan por un terreno propio, sino que rentan espacios económicos para vivir y precisamente para costear esos gastos es que necesitan un empleo remunerado. Ya no tienen la alimentación garantizada. Son nativas de zonas urbanas muy pobres, acostumbradas a vivir en asentamientos irregulares, cambiándose de un lado a otro cuando las desalojan o cuando cambian de pareja. A pesar de eso, pueden acceder a la educación pública y administrar su vientre mediante la planificación familiar para planificar la vida, según ellas, mejor que sus generaciones pasadas.

Conclusiones

Al final de esta investigación entregamos los principales hallazgos empíricos en respuesta a la pregunta de investigación planteada inicialmente. Dejamos constancia de que las caracterizaciones asociadas a la maternidad adolescente, generalmente, provienen del discurso público y no de la experiencia individual ni social, que es necesario observar para comprender la acción de los sujetos socializados, en toda su complejidad, como un juego de estrategias entre la estructura y la agencia.

Investigar la maternidad adolescente a partir de la delimitación de la población de estudio por condición etaria, de género, generación y clase social nos ha sido útil analíticamente para comprender que la combinación de estos factores produce diferentes formas de experimentar un mismo fenómeno como la maternidad, destruyendo con ello la concepción homogeneizante con la que se ha observado al embarazo adolescente desde la década de los 80s en América Latina.

Encontramos relevante contrastar el discurso público y la experiencia subjetiva y social porque un discurso que construye mujeres vulnerables en tanto adolescentes, pobres y madres desde el enfoque de riesgos no permite comprender los sentidos que mueven a las mismas mujeres que, desde una reflexividad particular, encuentran un significado diferente en la maternidad que ha sido reprobada por estos discursos oficiales. Los discursos feministas, estatales, biomédicos y psicologizantes desconocen la particularidad de la experiencia y por eso condenan a las madres adolescentes pobres a un lugar de carencia, inestabilidad y subdesarrollo, cuando la maternidad más allá de discurso es experiencia social.

Además, con este estudio confirmamos que no es el embarazo en la adolescencia lo que determina que los proyectos de vida sean 'fallidos' o que no se concreten en carreras profesionales y en una inserción 'exitosa' en el mercado laboral, ni tampoco la condición etaria como un signo de vulnerabilidad e indefinición, sino que es principalmente la posición de clase social la que va demarcando las trayectorias de vida de las niñas y adolescentes, e impidiendo que puedan hacer una serie de inversiones estratégicas a mediano y a largo plazo, que es en lo que, finalmente, consiste un proyecto de vida. Es el vivir en un barrio urbano marginal, el no tener mayores accesos o referentes socioculturales distintos (cuando viven en

lugares socialmente homogéneos) lo que realmente determina sus elecciones, en base a sus condiciones de posibilidad.

No obstante, a lo largo de este estudio comprobamos que la posición de marginalidad, riesgo e incertidumbre en la que están ubicadas estas mujeres, tampoco determina por completo sus formas de construir un proyecto de vida. Por eso, el proyecto de vida requiere ser históricamente situado y ser afín a un contexto y a una estructura de oportunidades distribuidas en el territorio y en los espacios en que son socializadas. De esta manera, atravesamos el discurso público y la concepción de la maternidad adolescente como un problema o una forma de esclavitud, opresión y explotación, situando en el centro a las mismas mujeres que la experimentan, como sujetos dotados de plena reflexividad social.

En el primer capítulo abrimos la discusión sobre la maternidad adolescente como discurso y como experiencia, con el afán de plantear la necesidad de superar aquella escisión entre estos dos espacios, promoviendo una respuesta política diferente frente al embarazo adolescente, una vez comprendidos los contextos históricos y las circunstancias particulares por las que atraviesan las mujeres que son madres durante este período. Incluimos en nuestra concepción de discurso público las construcciones normativas sobre la maternidad que provienen del discurso estatal, médico y especializado, y de los feminismos liberal, marxista y radical.

Introducimos la categoría “generación” para delimitar temporalmente la investigación, favoreciendo el estudio comparativo. Además, otras categorías analíticas como “proyecto de vida”, con la intención de contrastar la forma en que, desde esos mismos discursos, se han construido proyectos de vida legítimos para el discurso público, pero muchas veces ajenos a los anhelos y expectativas de las mujeres madres. Hacemos una crítica a esos proyectos de vida (liberales y psicologizantes) que promueven la capacidad del sujeto de planificar la vida al margen de su condición de clase social y de las características del entorno en que son socializadas.

En el segundo capítulo descubrimos una maternidad cíclica que no oprime, que se experimenta desde la naturalización del cuerpo y desde la biologización de la procreación y la maternidad múltiple. Las mujeres tienen proyectos de vida utilitarios y con sentido práctico que son la familia y el trabajo de subsistencia en el campo, en un contexto de marginalidad rural. Encarnan un ideal de mujeres fuertes, sanas, alegres, sin los vicios de las mujeres

urbanas. La educación no es una prioridad y la planificación familiar no tiene lugar en sus vidas que no están en absoluto planificadas, sino que son cursos de acción más abiertos e impredecibles.

En el tercer capítulo encontramos a la maternidad modernizante como un lugar de transición, ruptura con el pasado (maternidad cíclica) y a la vez persecución del progreso desde los márgenes de la ciudad. Son mujeres que no rechazan ser madres pero que empiezan a incorporar en sus proyectos de vida otras expectativas como la educación, el trabajo extradoméstico y la planificación familiar para controlar la fecundidad. Aparece la noción de un futuro que anhelan, aunque sus circunstancias materiales dificulten su inserción plena en la vida moderna.

También se presentan las transformaciones de la ciudad de Santo Domingo en términos de lo rural y lo urbano y la constitución de lo urbano marginal como escenario para pensar la maternidad de una manera diferente, en relación con el pertenecer a una ciudad intermedia como Santo Domingo, con altos índices de pobreza y con asentamientos irregulares como parte de su modelo de organización espacial y obtención de la vivienda, que es a la vez la manifestación de la desigual distribución del poder en el territorio nacional.

En el cuarto capítulo abordamos la maternidad liberal en la tercera generación de madres adolescentes, haciendo hincapié en las contradicciones que existen entre un sujeto liberal y los contextos de marginalidad urbana en los que realmente se desenvuelven las mujeres que fueron sujeto de este estudio. El discurso liberal plantea un ideal de proyecto de vida en donde la mujer construida desde el discurso estatal como sujeto vulnerable, paradójicamente se convierte en una mujer autónoma, que sabe planificar la vida y establecer un orden de prioridades y jerarquías en donde la educación y el trabajo son indicadores de desarrollo y modernización, a diferencia del embarazo en la adolescencia.

Y aunque la educación sea el principal eje de transformación de los roles de género para estas mujeres, junto con las pautas de socialización en el barrio y en la familia, que llegan más lentamente, es necesario dejar por sentado que el mero acceso a la educación no garantiza la inserción de las adolescentes al mercado laboral formal en donde son rechazadas. La educación, en esta tercera generación, no pasa de ser una cuestión de honor y no llega a ser un mecanismo real de movilidad social. Lo mismo acontece en las generaciones anteriores. No es

suficiente con estudiar y con planificar la sexualidad para tener un solo hijo, porque al final no acceden al empleo que es el impulsor del desarrollo individual y social.

Por otra parte, el estudio comparativo de las generaciones ofrece una visión de movilidad histórica entre cada una de ellas. Esto contribuye al análisis de la maternidad adolescente no como un fenómeno estático sino como una experiencia dinámica que, aunque presenta continuidades a través del tiempo, también experimenta rupturas y transformaciones en donde es posible encontrar la reflexividad del sujeto para conseguir sus objetivos.

Analizando los patrones de similitud entre las tres generaciones, encontramos que a pesar de que se rompe con el modelo universal de la maternidad sacrificada y del amor descendente por los hijos, desde los años 70s, se continúa privilegiando el rol de la maternidad en el proyecto de vida de la mujer de estratos urbano marginales, como un don connatural correspondiente a su papel biológico –Nunca se cuestionan si ser madres o no, sino la edad del primer embarazo, el número de hijos a tener o si tener a los hijos en estado de madresoltería o con pareja– pero este privilegio no implica el autosacrificio, gracias a prácticas como la maternidad y crianza compartidas que, definitivamente, representan una oportunidad de autorrealización de las mujeres en otros ámbitos de su proyecto de vida, al eludir la dedicación exclusiva al cuidado de los hijos.

Para estudios futuros recomendamos, sobre todo en los estudios de género, recibir el aporte de otras ciencias como la sociología o la antropología, para profundizar y complejizar la discusión de la maternidad adolescente. No hacer generalizaciones peligrosas sobre ella, para no caer en teorías separadas del problema de estudio, sino, por el contrario, apostar por estudios históricamente situados, conectando los microprocesos (historia individual) con los macroprocesos (historia social) y cruzando el tiempo biográfico con el tiempo histórico para descubrir los sentidos y significados de cada época.

También se recomienda someter a análisis la variable sexo en todas sus dimensiones, es decir, estudiar la maternidad no únicamente desde el impacto que causa en la vida de las mujeres madres sino también desde la paternidad que, como se ha descubierto parcialmente en esta investigación, influye de manera determinante en la forma en que las mujeres viven la maternidad, sobre todo en una época como la adolescencia. Vale destacar que en estos contextos urbano marginales no es tan grave el hecho del embarazo adolescente, sino el tener

que enfrentarlo solas, es decir, la madresoltería, que pareciera devaluar la maternidad y a las mujeres que la experimentan.

Recomendamos profundizar en el análisis de la maternidad desde la categoría de clase social. ¿Por qué si a lo largo de estos años, al parecer sobre todo para la segunda y tercera generación de mujeres, se ha ampliado la estructura de oportunidades (acceso a educación media, salud pública y al mercado laboral), no se muestra un mayor grado de movilidad social de estas generaciones? Existe una especie de socialización de nuevos modelos de feminidad que parecieran emanciparlas: decrecimiento del índice de fecundidad en la adolescencia, penetración de métodos anticonceptivos en la vida de la mujer moderna, mayores accesos a la educación y al mercado laboral.

No obstante, se evidenció que estos accesos, más que una movilidad social real, proporcionaron a las mujeres únicamente una mejora de estatus, de tipo cultural-simbólico, en palabras de Fraser (2008), un avance en las políticas de reconocimiento más que en las de redistribución a nivel de estructura económica, lo cual, sin duda, deja toda una agenda abierta para futuras investigaciones y para el seguimiento y la intervención a través de la política pública, en aras de obtener información verídica sobre el impacto que tiene la educación pública, por ejemplo, en estos sectores de la población, o el marco normativo que garantiza el acceso a empleo cuando, en la práctica, el ser negras, pobres o madresolteras, estigmatiza e impide su inserción real en estos espacios de la vida social y productiva.

Estos hallazgos pretenden ser una contribución teórica al rebatir el enfoque de riesgos tan usual para la investigación de este tipo de poblaciones (adolescentes, mujeres, embarazadas y pobres). Por el contrario, ofrecemos un enfoque analítico que privilegia el papel del sujeto en la determinación de su propia existencia y en la construcción de sus proyecciones de vida que, evidentemente, van a diferir de las enseñadas como correctas por un discurso público que no se ha aproximado a la realidad concreta de estas poblaciones a las que ubica en un estatus de vulnerabilidad desde su propios y distintos marcos de sentido.

Anexos

Anexo 1. Tablas con tipologías de maternidad adolescente

Tabla 1. Datos base sobre tipología de maternidad cíclica (1970-1990)

Tipo	Trayectoria espacial	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Maternidad y proyecto de vida
MATERNIDAD CÍCLICA	43% de Manabí; 36% de Esmeraldas; y 21% de Los Ríos. 93% de origen rural. Migran por trabajo (64%) y por vivienda (29%), en un 64% se trata de un proyecto familiar. Migración rural o intraurbana de entre 2 y 6 ciudades o barrios antes de Cristo Vive. Forma de asentamiento: 57% por invasión o posesión; 28% en casa de familiares o de terceros prestada.	Madres en quehaceres domésticos (71%). Padres agricultores (57%). Durante la adolescencia, trabajo y labores domésticas (43%); labores domésticas (29%); educación y labores domésticas (21%). Reacción de la familia ante el primer embarazo, normalización (100%).	57% no estudió; 43% estudió la primaria completa o incompleta. 29% tomó cursos de formación prácticos. Tipo de formación básica (43%) y práctica (29%) Estudios por elección propia (14%); porque no había otra opción (14%). 71% en la época la educación no era importante. En quienes estudiaron, deserción escolar por dificultades económicas y logísticas (38%), no tiene representatividad el embarazo adolescente.	57% empezó a trabajar en la infancia, en el campo. 29% considera que no había necesidad de trabajar. 64% no trabajaba, los hombres mantenían el hogar. 71% quehaceres domésticos. 14% en agricultura, ventas y oficios varios como subempleo o de empleo informal.	100% registra un promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja, en un 50% entre 16 y 19 años. 64% no estaba enamorada. 50% entre 6 y 10 años menor que su primera pareja; 43%, de entre 11 y 20 años. Oficio de la pareja: agricultor y oficios múltiples (71%). Violencia en la vida de pareja (86%). 100% no tuvo planificación familiar ni antes ni después del primer embarazo. 86% por rechazo de la pareja; 14% por oposición propia y 14% por desconocimiento o falta de acceso. 86% el parto fue con partera en el campo y 14% en casa, sin ayuda.	86% no existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno. 21% tenían expectativas impedidas por situación económica, falta de apoyo familiar. Primeras expectativas de vida (29%) en preadolescencia, (57%) en edad adulta. 57% primer hijo entre 16 y 19 años. Número de hijos promedio de 6 a 8. Embarazo por naturalización (79%). Embarazo adolescente no un problema (86%). Su entorno lo normaliza (79%) si se tiene pareja, no si se es madre soltera. Estigma (21%) si es en la adolescencia temprana. Para el 93% la vida no cambió después de ser madre.

Tipo	Trayectoria espacial	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Maternidad y proyecto de vida
MATERNIDAD MODERNIZANTE	67% de Manabí; 25% de Esmeraldas; 8% de Los Ríos. 25% de origen rural. Migran 67% por trabajo y 33% por vivienda. 25% por proyecto familiar propio y 75% de sus familiares. Migración rural o intraurbana de entre 4 y 6 ciudades o barrios (75%) antes de Cristo Vive. Forma de asentamiento: 67% en casa de familiares, en terrenos prestados y 25% en terrenos tomados por invasión.	Madres en quehaceres domésticos (58%) y simultáneamente en trabajo doméstico y en comedores (42%). Padres agricultores (75%) Durante la adolescencia, 42% quehaceres domésticos, 33% trabajo y 25% educación y labores domésticas. Normalización de la familia ante el primer embarazo 92%.	67% primaria incompleta; 33%, secundaria incompleta, 25% cursos prácticos en academias. Tipo de formación: 67% teórica y en nivel básico y 42% práctica y en oficios técnicos que eligieron por gusto propio (33%) o porque no había otra opción (42%). Deserción educativa 58% por primera unión de pareja, embarazo y estigma. 33% ya lo había abandonado antes por dificultades económicas y logísticas. 58% consideran útil la educación para tener mayores posibilidades de acceder a un empleo.	75% empezó a trabajar entre 11 y 15 años, como empleada doméstica, niñera (58%) o en otros servicios, desplazando el trabajo en el campo. Un 58% piensa que el trabajo servía para cubrir los gastos de alimentación en la ciudad o para la educación de sus hijos (42%). Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que el hombre mantiene el hogar (33%) o que ubica a los hijos como impedimento (25%). 83% solo se dedicaba a los quehaceres domésticos y 16% al trabajo externo (subempleo) como vendedoras, en comedores y a los quehaceres domésticos.	92% conoció a su primera pareja en el barrio. 42% no estaba enamorada del padre de su primer hijo. 92% promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja. 67% tiene una diferencia de edad de entre 1 y 5 años. Oficio de la primera pareja vendedor o comerciante (58%). 67% empieza a convivir con su pareja entre 16 y 19 años. Violencia en pareja 50%. 100% no tuvo planificación familiar antes del primer embarazo; 58% tampoco después. 67% por rechazo de la pareja. 83% recibió información sobre métodos anticonceptivos en establecimientos de salud pública. 83% parto en establecimientos de salud pública y 17% en casa, sin ayuda.	67% sí existían nociones de "proyecto de vida" en su entorno. 33% no tenía uno propio. 33% empezó a estructurar en adolescencia temprana; 17% en la adultez. Pareja e hijos impiden (58%) continuar proyectos de vida, vivienda propia y trabajo (58%). 75% tuvo primer hijo entre 16 y 19 años. Promedio de 3 a 4 hijos, causa de embarazo, naturalización 67%. Embarazo adolescente no problema (75%). Entorno normaliza (42%) si se tiene pareja. Estigma (58%) en adolescencia temprana. 83% su vida no cambió después de ser madre. Apoyo de familiares en crianza (50%).

Tabla 2. Datos base sobre tipología de maternidad modernizante (1990-2010)

Tabla 3. Datos base sobre tipología de maternidad liberal (2010-2018)

Tipo	Trayectoria espacial	Origen familiar	Educación	Trabajo	Planificación familiar	Maternidad y proyecto de vida
MATERNIDAD LIBERAL	<p>46% de Manabí; 9% de Esmeraldas; 9% de Guayas y 36% de Santo Domingo. 18% de origen rural. Migran 36% por vivienda y 27% por trabajo. Migración rural, intraurbana o interurbana de entre 2 y 3 ciudades o barrios (55%) antes de Cristo Vive. Forma de asentamiento: 73% en casa de familiares y 27% arriendo.</p>	<p>64% madres en quehaceres domésticos y 36% a tareas del hogar y trabajo como empleadas domésticas, comedores, comercio y otros servicios. 36% padres albañiles u otros servicios. Durante la adolescencia, 73% educación y labores domésticas y 18% solo a trabajo. Reacción de la familia ante primer embarazo, frustración y rechazo (64%), normalización (18%).</p>	<p>100% estudió primaria; 18% secundaria completa; 55% secundaria incompleta. 27% está cursando la secundaria. 45% bachillerato en contabilidad e informática; 9% en ciencias generales. 64% ha elegido esas especialidades por no tener otra opción en la oferta académica pública. 64% estudió en modalidad presencial; 9%, a distancia; 18% en bachillerato acelerado y 9% a través de proyecto social. Tipo de formación: 45% práctica, 27%, teórica básica y 27% mixta. Principal objetivo de la educación: acceder a un empleo (55%). 55% abandonó la educación ante primera unión de pareja y primer embarazo por estigma; 27% ya lo había abandonado antes por dificultades económicas y logísticas. Alta incidencia de embarazo adolescente en el colegio, estigma (64%).</p>	<p>45% nunca ha trabajado. 27% empezó a trabajar en la adolescencia temprana y 27%, en la tardía, especialmente en sector servicios (55%), como empleadas domésticas o niñeras. 82% piensa que el trabajo les permitirá ser más libres, tener mayor autonomía en el hogar. Desean trabajar, pese a que sus parejas conservan la idea de que el hombre mantiene el hogar (64%) o que ubica a los hijos como impedimento (18%). Actualmente, la mayoría se dedica a quehaceres domésticos (64%) y a estudiar (27%), simultáneamente. Están 9% en subempleo (vendedoras) y 27% en desempleo.</p>	<p>55% conoció a su primera pareja en el barrio; 27% en el colegio y 18% en otros espacios comunes. 73% sí estaba enamorada del padre de su primer hijo. 64% registra un promedio de entre 0 y 6 meses de noviazgo antes de vivir con su pareja de la que el 64% tiene diferencia de edad de entre 6 y 10 años. El oficio de la primera pareja ha sido de vendedor, comerciante, mecánico o albañil (64%). Empieza a convivir con su pareja 64% entre 12 y 15 años. Problema más destacable de la vida en pareja es que no se tiene tiempo para uno mismo (64%). 82% no tuvo planificación familiar antes de primer embarazo y 91%, sí, después. 55% recibió información sobre métodos anticonceptivos en el colegio y 27% en centros de salud pública. 100% parto en hospitales.</p>	<p>100% sí existen nociones de "proyecto de vida" en su entorno. 18% configura proyecto de vida en infancia y 82% en preadolescencia, antes de primera pareja y embarazo. Algunas lo configuran después de la maternidad, siendo ambos una carga extra para lograr sus metas de vida. 91% de sus familias tienen expectativa de que sus hijas estudien y trabajen. 73% anhela tener un oficio y 27%, ser referente para sus hijos. Tener pareja y embarazo interrumpe el proyecto vital (55%), por estigma social asociado a condición etárea.</p>

Anexo 2. Formato de Entrevista Semiestructurada



FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES FLACSO ECUADOR

El siguiente formato de entrevista semiestructurada para elaborar las historias de vida que serán sustento empírico de mi tesis, ha sido ligeramente readecuado en función de la generación de mujeres a abordar (abuelas, madres o hijas). Todas las preguntas intentan estar orientadas hacia la intersección entre proyecto de vida, género y clase social. Primero, se busca conocer las condiciones de contexto en las que crecieron estas mujeres y luego, su experiencia en torno a la maternidad adolescente en relación con la construcción de sus proyecciones de vida.

ABUELAS, PRIMERA GENERACIÓN

1. HISTORIA DE CONTEXTO Y LAS TRANSFORMACIONES DEL BARRIO

1.1. Características de su vida previa a la migración a Santo Domingo

- ¿En qué ciudad vivían antes?, ¿por qué se fueron de ahí?
- ¿Cuántos años tenía usted cuando eso pasó?
- Cuénteme sobre la vida que dejaba atrás. Su casa, el barrio, sus vecinos, la escuela, su familia, sus amigos. ¿Venían del campo o de la ciudad?
- ¿Por qué eligieron Santo Domingo para vivir?
- ¿Con quiénes vino a vivir acá?
- ¿Cuál fue el primer barrio en donde se asentaron?, ¿cómo era?, ¿por qué se fueron de ahí? (si se fueron)

1.2. Primeras relaciones con el barrio en el que viven actualmente

- ¿Cómo recuerda que era la Che Guevara hace... años?
- ¿Era muy diferente del anterior su nuevo barrio?, ¿cuál les gustaba más?
- ¿Cómo era el barrio?, ¿qué había (calles, puentes, alguna institución)?
- ¿Cómo se transportaban (movilizaban) hacia otros lugares de la ciudad?
- ¿Había algún centro de salud o lugar al que acudían cuando se enfermaban?
- Describa a sus vecinos y en particular, a sus vecinas mujeres. ¿Sabe de dónde venían?, ¿habían muchas adolescentes-jóvenes?, ¿tenían muchos o pocos hijos?, ¿estudiaban, qué hacían? (en su anterior lugar donde vivían, ¿a qué se dedicaban?: estudiaban o trabajaban)
- ¿Había mujeres jóvenes embarazadas?, ¿en qué recuerda que trabajaban las mujeres –y los hombres-?
- ¿Qué hacían las adolescentes-jóvenes del barrio en sus ratos libres?
- ¿Cómo fue su primera casa?, ¿cuántas personas vivían en ella?, ¿les gustaba?

2. MARCOS DE SOCIALIZACIÓN Y PROYECTO DE VIDA

2.1. Familia

- ¿Hasta qué nivel estudiaron sus padres y sus hermanos/as?
- ¿En qué nomás han trabajado sus padres y sus hermanos/as?
- ¿Qué le gustaba hacer o hacía muy bien cuando era niña?

-¿Cómo vivió su adolescencia (etapa comprendida entre los 12 y los 19 años)?
Describa en qué ocupaba su tiempo, recuerdos de la época y añoranzas que tenía en ese entonces para el futuro.

-¿Alguna vez usted deseó tener el trabajo de su mamá/papá o de alguno de sus hermanos?

-¿Cómo eran las mujeres de su familia? (describa: abuela, mamá, hermanas)

-¿Cómo deseaba que fuera su familia en el futuro?

2.2. Educación

-¿Hasta qué grado-nivel de educación llegó? De haber desertado (abandonado), ¿cuáles fueron las razones?

-¿Le gustaba ir a la escuela/colegio?

-¿El tipo de formación que recibía era práctica (con énfasis en el aprendizaje de oficios como manualidades, costura, cocina) o teórica y profesionalizante?, ¿qué opina de ambas, por qué fueron adecuadas o no adecuadas?

-Describa cómo era la escuela/colegio, ¿estaba cerca o lejos de su casa?, ¿cómo eran tratadas sus compañeras mujeres?, ¿había alguna compañera embarazada?, ¿cómo era tratada por los demás?

-¿Soñaba con alguna profesión en especial?

-¿A través de qué medios de comunicación (radio, televisión, internet) recibía información con contenido de educación sexual y reproductiva?, ¿cuál era el sentido del mensaje?

-En la escuela, ¿qué se enseñaba acerca del embarazo adolescente?

2.3. Trabajo

-¿A qué edad empezó a trabajar y por qué?

-¿Para qué cree que sirve el trabajo?

-¿Sus padres consideraban que era más importante estudiar o trabajar?

-¿En qué trabajos se ha desempeñado a lo largo de su vida?, ¿cuál le gustó más y por qué?

-¿Cómo se siente realizando labores domésticas?

-¿El hecho de ser madre joven impedía o dificultaba conseguir un empleo?

2.4. Maternidad y proyecto de vida

-¿Cuántos hijos/as tiene y a qué edad tuvo el/ la primero/a?

-¿Fue la maternidad una decisión propia?, ¿deseaba ser madre?, ¿por qué?

-¿Cómo fue la experiencia de la maternidad?

-¿Cómo siente que la maternidad cambió su vida? Describa su vida antes y después de ser madre

-Cuando usted era adolescente, ¿cómo se veía que una mujer joven se embarazara?, ¿cómo lo tomaban la familia, los vecinos del barrio, cómo era visto en la escuela/colegio/trabajo?, ¿cómo la trataban a usted misma?

-¿Se siente autorrealizada (feliz, completa, satisfecha) como mujer? De no ser así, ¿cuál considera que fue el obstáculo para realizarse?

-¿Cómo era ser mujer en Santo Domingo cuando usted era adolescente?

MADRES, SEGUNDA GENERACIÓN

1. HISTORIA DE CONTEXTO Y LAS TRANSFORMACIONES DEL BARRIO

1.1. Primeras relaciones con el barrio en el que viven actualmente

- ¿Cómo recuerda que era la Che Guevara cuando llegaron?
- ¿Era muy diferente del anterior su nuevo barrio?, ¿cuál les gustaba más?
- ¿Cómo era el barrio?, ¿qué había (calles, puentes, alguna institución)?
- ¿Cómo se transportaban (movilizaban) hacia otros lugares de la ciudad?
- ¿Había algún centro de salud o lugar al que acudían cuando se enfermaban?
- Describa a sus vecinos y en particular, a sus vecinas mujeres. ¿Sabe de dónde venían?, ¿habían muchas adolescentes-jóvenes?, ¿tenían muchos o pocos hijos?, ¿estudiaban, qué hacían? (en su anterior lugar donde vivían, ¿a qué se dedicaban?: estudiaban o trabajaban)
- ¿Había mujeres jóvenes embarazadas?, ¿en qué recuerda que trabajaban las mujeres –y los hombres-?
- ¿Qué hacían las adolescentes-jóvenes del barrio en sus ratos libres?
- ¿Cómo era su casa?, ¿cuántas personas vivían en ella?, ¿les gustaba?

2. MARCOS DE SOCIALIZACIÓN Y PROYECTO DE VIDA

2.1. Familia

- ¿Hasta qué nivel estudiaron sus padres y sus hermanos/as?
- ¿En qué nomás han trabajado sus padres y sus hermanos/as?
- ¿Qué le gustaba hacer o hacía muy bien cuando era niña?
- ¿Cómo vivió su adolescencia (etapa comprendida entre los 12 y los 19 años)?
Describa en qué ocupaba su tiempo, recuerdos de la época y añoranzas que tenía en ese entonces para el futuro.
- ¿Alguna vez usted deseó tener el trabajo de su mamá/papá o de alguno de sus hermanos?
- ¿Cómo eran las mujeres de su familia? (describa: abuela, mamá, hermanas)
- ¿Cómo deseaba que fuera su familia en el futuro?

2.2. Educación

- ¿Hasta qué grado-nivel de educación llegó? De haber desertado (abandonado), ¿cuáles fueron las razones?
- ¿Le gustaba ir a la escuela/colegio?
- ¿El tipo de formación que recibía era práctica (con énfasis en el aprendizaje de oficios como manualidades, costura, cocina) o teórica y profesionalizante?, ¿qué opina de ambas, por qué fueron adecuadas o no adecuadas?
- Describa cómo era la escuela/colegio, ¿estaba cerca o lejos de su casa?, ¿cómo eran tratadas sus compañeras mujeres?, ¿había alguna compañera embarazada?, ¿cómo era tratada por los demás?
- ¿Soñaba con alguna profesión en especial?
- ¿A través de qué medios de comunicación (radio, televisión, internet) recibía información con contenido de educación sexual y reproductiva?, ¿cuál era el sentido del mensaje?
- En la escuela, ¿qué se enseñaba acerca del embarazo adolescente?

2.3. Trabajo

- ¿A qué edad empezó a trabajar y por qué?
- ¿Para qué cree que sirve el trabajo?
- ¿Sus padres consideraban que era más importante estudiar o trabajar?
- ¿En qué trabajos se ha desempeñado a lo largo de su vida?, ¿cuál le gustó más y por qué?
- ¿Cómo se siente realizando labores domésticas?
- ¿El hecho de ser madre joven impedía o dificultaba conseguir un empleo?

2.4. Maternidad y proyecto de vida

- ¿Cuántos hijos/as tiene y a qué edad tuvo el/ la primero/a?
- ¿Fue la maternidad una decisión propia?, ¿deseaba ser madre?, ¿por qué?
- ¿Cómo fue la experiencia de la maternidad?
- ¿Cómo siente que la maternidad cambió su vida? Describa su vida antes y después de ser madre
- Cuando usted era adolescente, ¿cómo se veía que una mujer joven se embarazara?, ¿cómo lo tomaban la familia, los vecinos del barrio, cómo era visto en la escuela/colegio/trabajo?, ¿cómo la trataban a usted misma?
- ¿Se siente autorrealizada (feliz, completa, satisfecha) como mujer? De no ser así, ¿cuál considera que fue el obstáculo para realizarse?
- ¿Cómo era ser mujer en Santo Domingo cuando usted era adolescente?

HIJAS, TERCERA GENERACIÓN

1. HISTORIA DE CONTEXTO Y LAS TRANSFORMACIONES DEL BARRIO

1.1. Primeras relaciones con el barrio en el que viven actualmente

- ¿Cómo recuerda que era la Che Guevara cuando llegaron?
- ¿Era muy diferente del anterior su nuevo barrio?, ¿cuál les gustaba más?
- ¿Cómo era el barrio?, ¿qué había (calles, puentes, alguna institución)?
- ¿Cómo se transportaban (movilizaban) hacia otros lugares de la ciudad?
- ¿Había algún centro de salud o lugar al que acudían cuando se enfermaban?
- Describa a sus vecinos y en particular, a sus vecinas mujeres. ¿Sabe de dónde venían?, ¿habían muchas adolescentes-jóvenes?, ¿tenían muchos o pocos hijos?, ¿estudiaban, qué hacían? (en su anterior lugar donde vivían, ¿a qué se dedicaban?: estudiaban o trabajaban)
- ¿Había mujeres jóvenes embarazadas?, ¿en qué recuerda que trabajaban las mujeres –y los hombres-?
- ¿Qué hacían las adolescentes-jóvenes del barrio en sus ratos libres?
- ¿Cómo era su casa?, ¿cuántas personas vivían en ella?, ¿les gustaba?

2. MARCOS DE SOCIALIZACIÓN Y PROYECTO DE VIDA

2.1. Familia

- ¿Hasta qué nivel estudiaron sus padres y sus hermanos/as?
- ¿En qué nomás han trabajado sus padres y sus hermanos/as?
- ¿Qué le gustaba hacer o hacía muy bien cuando era niña?

-¿Cómo vivió su adolescencia (etapa comprendida entre los 12 y los 19 años)?
Describa en qué ocupaba su tiempo, recuerdos de la época y añoranzas que tenía en ese entonces para el futuro.

-¿Alguna vez usted deseó tener el trabajo de su mamá/papá o de alguno de sus hermanos?

-¿Cómo eran las mujeres de su familia? (describa: abuela, mamá, hermanas)

-¿Cómo deseaba que fuera su familia en el futuro?

2.2. Educación

-¿Hasta qué grado-nivel de educación llegó? De haber desertado (abandonado), ¿cuáles fueron las razones?

-¿Le gustaba ir a la escuela/colegio?

-¿Cómo cree que cambió la educación en los últimos años?

-¿El tipo de formación que recibía era práctica (con énfasis en el aprendizaje de oficios como manualidades, costura, cocina) o teórica y profesionalizante?, ¿qué opina de ambas, por qué fueron adecuadas o no adecuadas?

-Describa cómo era la escuela/colegio, ¿estaba cerca o lejos de su casa?, ¿cómo eran tratadas sus compañeras mujeres?, ¿había alguna compañera embarazada?, ¿cómo era tratada por los demás?

-¿Soñaba con alguna profesión en especial?

-¿A través de qué medios de comunicación (radio, televisión, internet) recibía información con contenido de educación sexual y reproductiva?, ¿cuál era el sentido del mensaje?

-En la escuela, ¿qué se enseñaba acerca del embarazo adolescente?

2.3. Trabajo

-¿A qué edad empezó a trabajar y por qué?

-¿Para qué cree que sirve el trabajo?

-¿Sus padres consideraban que era más importante estudiar o trabajar?

-¿En qué trabajos se ha desempeñado a lo largo de su vida?, ¿cuál le gustó más y por qué?

-¿Cómo se siente realizando labores domésticas?

-¿El hecho de ser madre joven impedía o dificultaba conseguir un empleo?

2.4. Maternidad y proyecto de vida

-¿Cuántos hijos/as tiene y a qué edad tuvo el/ la primero/a?

-¿Fue la maternidad una decisión propia?, ¿deseaba ser madre?, ¿por qué?

-¿Cómo fue la experiencia de la maternidad?

-¿Cómo siente que la maternidad cambió su vida? Describa su vida antes y después de ser madre

-Cuando usted era adolescente, ¿cómo se veía que una mujer joven se embarazara?, ¿cómo lo tomaban la familia, los vecinos del barrio, cómo era visto en la escuela/colegio/trabajo?, ¿cómo la trataban a usted misma?

-¿Se siente autorrealizada (feliz, completa, satisfecha) como mujer? De no ser así, ¿cuál considera que fue el obstáculo para realizarse?

-¿Cómo era ser mujer en Santo Domingo cuando usted era adolescente?

Anexo 3. Fotografías de archivo de cada generación de madres adolescentes



Foto 1. Archivo de 1999. Mujer de 1G de madres adolescentes con sus hijos en Cristo Vive.



Foto 2. Archivo de 2005. Mujer de 2G de madres adolescentes con sus hijos en Cristo Vive



Foto 3. Archivo de 2014. Mujer de 3G de madres adolescentes con su hijo en Cristo Vive

Lista de referencias

- Aedo, Andrés. 2010. “La estratificación social por dentro: proyectos de vida en las clases sociales en Chile”. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 19: 29-52.
- Agudelo, Johana. 2017. “Discursos cruzados sobre la planificación familiar en Ecuador, 1965 – 1987”. Tesis de maestría, Flacso Ecuador.
- Alpízar, Lydia & Bernal, Marina. 2003. “La construcción social de las juventudes”. *Última Década* 19: 105-123.
- Antunes, Ricardo. 2012. “La nueva morfología del trabajo y sus principales tendencias. Informalidad, infoproletariado (in) materialidad y valor”. *Sociología del Trabajo, nueva época* 74: 47-66.
- Badinter, Elisabeth. 2011. *La mujer y la madre: un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Bourdieu, Pierre. 2000. “Las formas del capital”, en *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 2001. “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Poder, derecho y clase social*. Madrid: Palimpsesto.
- Bourdieu, Pierre. 2011. “Estrategias de reproducción y modos de dominación”, en *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brown, Wendy. 2017. “La destrucción de la democracia: la reconstrucción neoliberal del Estado y del sujeto”. En *El pueblo sin atributos*. Barcelona: Malpaso.
- Branciforte, Laura. 2009. “La maternidad: el tránsito desde la tradición a la elección en la edad contemporánea”. Universidad Carlos III de Madrid: 41-52.
- Brito, Roberto. 1996. “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”. *Revista de Estudios sobre Juventud Jóvenes Cuarta Época* 1: 1-7.
- Caballero, Manuela & Baigorri, Artemio. 2013. “¿Es operativo el concepto de generación?”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 56 (enero-marzo): 1-45.
- Carrión, Fernando. 1987. *La urbanización ecuatoriana*. Centro de Investigaciones CIUDAD: Quito.
- Castellanos, et. al. 2007. “Tener un proyecto de vida en la adolescencia reduce el abuso en el consumo de alcohol”. *Cuadernos de medicina en investigación y salud* 2 (julio): 112-121.
- Castells, Manuel. 1974. *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.

- Castro, Ana. 2012. “Familias Rurales y sus Procesos de Transformación: Estudio de Casos en un Escenario de Ruralidad en Tensión”, *Psicoperspectivas*, 11: 180-203.
- Centro de Investigaciones CIUDAD. 1992. *Santo Domingo de los Colorados. Los desajustes del crecimiento*. Ecuador: Asociación Cristiana de Jóvenes.
- Climent, Graciela. 2002. “El derecho a la educación y los proyectos de vida. Perspectiva de las madres de las adolescentes embarazadas de una zona del Gran Buenos Aires”. *La Ventana* 15: 313-353.
- Constitución de la República del Ecuador. 1967. https://www.cancilleria.gob.ec/wp-content/uploads/2013/06/constitucion_1967.pdf
- Constitución de la República del Ecuador. 1979. https://www.cancilleria.gob.ec/wp-content/uploads/2013/06/constitucion_1978.pdf
- CEPAL, Comisión Económica para América Latina. 2014. La reproducción en la adolescencia y sus desigualdades en América Latina. Introducción al análisis demográfico, con énfasis en el uso de microdatos censales de la ronda de 2010. <http://bit.ly/2q21AWx>
- Contreras, Jacqueline (et.al). 1991. *Las niñas mamás*. Quito: ALDHU.
- Dasten, Alfonso. 2017. “Sociedad y Precariedad del Trabajo. Un concepto a pensar desde América Latina”. *Revista Colombiana de Sociología* 40: 27-46.
- De la Concha, Ángeles & Osborne, Raquel, coords. 2004. *Las mujeres y los niños primero: discursos de la maternidad*. Barcelona: Icaria.
- D'Angelo Hernández, Ovidio. 1986. “La formación de los proyectos de vida del individuo. Una necesidad social”. *Revista Cubana de Psicología*, 3: 31-39.
- Di Virgilio, María & Boniolo, Paula. 2011. “Las huellas de la pobreza en la ciudad”, en *Pobreza urbana en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Dirección de Estadísticas Sociodemográficas. 2014. Anuario de Estadísticas Vitales - Nacimientos y Defunciones 2014. <https://bit.ly/2r532Ig>
- Doré, Emilie. 2008. “La marginalidad urbana en su contexto: modernización truncada y conductas de los marginales”. *Sociológica* 67: 81-105.
- Dubet, François. 2010. *Sociología de la experiencia*. España: Editorial Complutense
- Lattes, Alfredo. 1995. *Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Población (CENEP).
- Diario El Universo, 20 de marzo de 2005. “Santo Domingo, tierra de nadie”. <https://bit.ly/2zYEdSD>
- ENSANUD, Encuesta Nacional de Salud y Nutrición. 2012. <https://bit.ly/2kwOag6>

- Enríquez, Pedro. 2011. "El espacio urbano como lugar de marginalidad social y educativa". *Argonautas* 1: 48-78.
- Federici, Silvia. 2010. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.
- Feixa, Carles. 1996. *Antropología de las edades*. México: Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales.
- Flechner, Silvia. 2007. "Simbolización en la adolescencia: la dificultad de devenir adulto". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 104: 201-219.
- Friedan, Betty. 2009. *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Fraser, Nancy. 2008 (2003). "La justicia social en la era de la política de la identidad: redistribución, reconocimiento y participación", en *Revista de Trabajo*, Año 4, No. 6. 83-99.
- Galindo, Camila. 2012. "Análisis del embarazo y la maternidad durante la adolescencia: diferencias socioeconómicas". *Revista Desarrollo y Sociedad* 69: 133-185.
- García, Gloria. 2014. "Embarazo adolescente y pobreza, una relación compleja". *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 77: 13-53.
- García, Juan. 1991. "Sobre el concepto de ruralidad: crisis y renacimiento rural". *Política y Sociedad* 8: 87-94.
- Genolet, Alicia. et. al., 2004. "La experiencia del embarazo en el tránsito de la adolescencia". *Ciencia, Docencia y Tecnología* 28: 51-94.
- Gentili, Pablo. 1998. "La exclusión y la escuela: el apartheid educativo como política de ocultamiento". Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Ponencia.
- Gómez, Sergio. 2001. "¿Nueva Ruralidad? Un aporte al debate". *Estudios Sociedade e Agricultura* 17: 5-32.
- González, Leybiz. 2010. "Género, adolescencia y altas capacidades: Un acercamiento a la afectividad", *Departamento de Filología Inglesa*. Universidad de Huelva: España: 729-749.
- Guchin, Mónica. 2010. "El estado ecuatoriano y las mujeres. ¿Nuevos sujetos de la Revolución Ciudadana?". Tesis de maestría, Flacso-Ecuador.
- Harvey, David. 1977. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Hasicic, Cintia. 2012. "Adolescente, madre y pobre: proyectando un futuro posible". *Question* 33: 184-196.

- Hidalgo, Mauro. 1999. "Reflexiones en torno a la práctica de gestión urbana: el caso de Santo Domingo de los Colorados". En *Ciudadanías emergentes: Experiencias democráticas de desarrollo local*. Ediciones Abya-Yala.
- Ibarra, Hernán, 2007. "Provincializaciones e inercias del ordenamiento territorial". *Revista Ecuador Debate* 15: 5-9.
- Illouz, Eva. 2009. *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- INEC, Instituto Nacional de Estadística y Censos. Resultados del censo 2010 de población y vivienda en el Ecuador. Fascículo Provincial Sto. Domingo. <https://bit.ly/1cxssU2>
- Kaztman, Rubén & Retamoso, Alejandro. 2005. "Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo". *Revista de la CEPAL* 85: 31-148.
- Lahire, Bernard. 2006. "Infancia y adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples". *Revista de Antropología Social* 21: 21-38.
- Lagarde, Marcela. 2014. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Siglo Veintiuno.
- Larrea, Ramiro. 1994. *Criar hijos no es fácil: familia y crianza en sectores populares*. Quito: CEPLAES.
- León, Magdalena. "Políticas neoliberales frente al trabajo femenino Ecuador 1984-1988" en *Antología Género* (Gioconda Herrera Mosquera, compiladora): 227-274.
- Lonzi, Carla. 1970. (2004). *Escupamos sobre Hegel*. México: Rivolta Femminile.
- Llanes, Nathaly. 2012. "Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva". *Sociológica*, 27: 34-51.
- Luna, Milton, 2014. "La educación en el Ecuador (1980-2007)". *Revista Iberoamericana de Educación* 65: 1-15.
- Maffía, Diana. 2003. "Socialismo y liberalismo en la teoría política contemporánea", en *Filosofía Política Contemporánea*: 173-178.
- Mannheim, Carl., Sánchez de la Yncera, Ignacio. 1993. "El problema de las generaciones". *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 62: 193-242.
- Marcús, Juliana. 2006. "Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad". *Revista Argentina de Sociología* 7: 99-118.
- Margulis, Mario & Urresti, Marcelo. 2008. "La construcción social de la condición de juventud": 1-22.
- Massón, Alma. 2015. "Resultados de la estrategia nacional intersectorial de Planificación familiar y prevención de embarazos en Adolescentes (ENIPLA), en la población atendida

- por el Circuito de salud Cristo Vive de Santo Domingo, provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas en 2014, Tesis de maestría, PUCE Ecuador.
- Medan, Marina. 2012. “¿Proyecto de vida? Tensiones en un programa de prevención del delito juvenil”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud* 10: 79-91.
- Medina, Gabriel. 2000. “Embarazo en adolescentes: aproximación social, cultural y subjetiva desde las jóvenes”. En *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- Merino, Carmen. 1993. “Identidad y plan de vida en la adolescencia media y tardía”. *Perfiles Educativos* 60: 21-43.
- Morgade, G. Alonso. 2008. *Cuerpos y sexualidades en la escuela: de la normalidad a la disidencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Muratorio, Blanca. 2005. “Historia de vida de una mujer amazónica: intersección de autobiografía, etnografía e historia”. *Íconos* 22: 129-143.
- Paladines, Carlos. 2015. “Perspectivas de cambio en la Educación Básica y en el Bachillerato. Ecuador: 2007-2013”. *Praxis educativa* 19: 13-31.
- Pereira, Gustavo. 2008. “Sujeto liberal y patologías sociales”. *Areté, Revista de Filosofía* 20: 259-283.
- Pulido de Lalinde, Escobar & Escobar. 1998. “Proyecto educativo: maternidad-paternidad como proyecto de vida de los adolescentes”. *Revista Investigación y Educación en Enfermería* 16: 89-107.
- Quijano, Aníbal. 1967. *Urbanización y tendencias de cambio en la sociedad rural en Latinoamérica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Ragin, Charles. 2007. “El uso de los métodos comparativos para estudiar la diversidad”, 177-212. En *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Roldán, Cándido. 2001. “Desarrollo de adolescentes y jóvenes en zonas de pobreza y marginación”, en *Adolescencia y Juventud en América Latina*, Solum Donas Burak (compilador).
- Sacks, Karen. 1979. “Engels revisitado: las mujeres, la organización de la producción y la propiedad privada”, en *Antropología y Feminismo* (Olivia Harris y Kate Young compiladoras). Barcelona: Anagrama.
- Saletti, Lorena. 2008. “Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad”. *Clepsydra* 7: 169-183.

- Sánchez de la Yncera, Ignacio. “La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de Karl Mannheim”. *Reis*. 62: 147-192.
- Sanhueza Morales, Tatiana. 2005. “De prácticas y significancias en la maternidad, transformaciones en identidad de género en América Latina”. *Revista de Estudios de Género. La ventana* 22: 146-188.
- Scheper-Hughes, Nancy. 1997. *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Editorial S. A. Barcelona: España.
- Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo. 2013. Buen Vivir. Plan Nacional 2013-2017. <http://www.buenvivir.gob.ec/>
- Taillefer de Haya, Lidia, ed. 2011. “Mística de la maternidad y deberes afectivos: un cierto impedimento para el ejercicio de la igualdad”, en *La igualdad: nuevas perspectivas de género en educación, lingüística y filosofía*. Málaga: CEDMA.
- Tavares, Mauricio. 2008. “Elias y Mannheim iluminando los caminos de la investigación sobre juventudes y ruralidades en el Brasil del siglo XXI”. *Simposio Internacional Proceso Civilizador* 11: 612-622.
- Torres López, Víctor & Torres Egas, Víctor. 2009. *Santo Domingo cantón-provincia*. Gobierno Municipal de Santo Domingo.
- Torres López, Víctor. 2017. “Análisis espacial de la pobreza urbana, el caso de Santo Domingo de los Colorados (Ecuador)”. Tesis de maestría, Universidad de Salzburg.
- Torres, Víctor Hugo. 2018. Entrevista personal.
- Varea, Soledad. 2007. “Voces ausentes: maternidad adolescente y violencias en Quito”. Tesis de maestría, FLACSO Sede Ecuador.
- Wirth, Louis. 2005. “El urbanismo como modo de vida”. *Revista Bifurcaciones* 2: 8-19.
- Wortman, Ana. 1992. “Viejas y nuevas identidades de los jóvenes de sectores populares urbanos”. *Nueva Sociedad* 117: 153-158.
- Zaldúa, Graciela. 2009. “Narrativas adolescentes en contextos críticos”. *Anuario de Investigaciones. Facultad de Filosofía UBA* 16: 305-315.